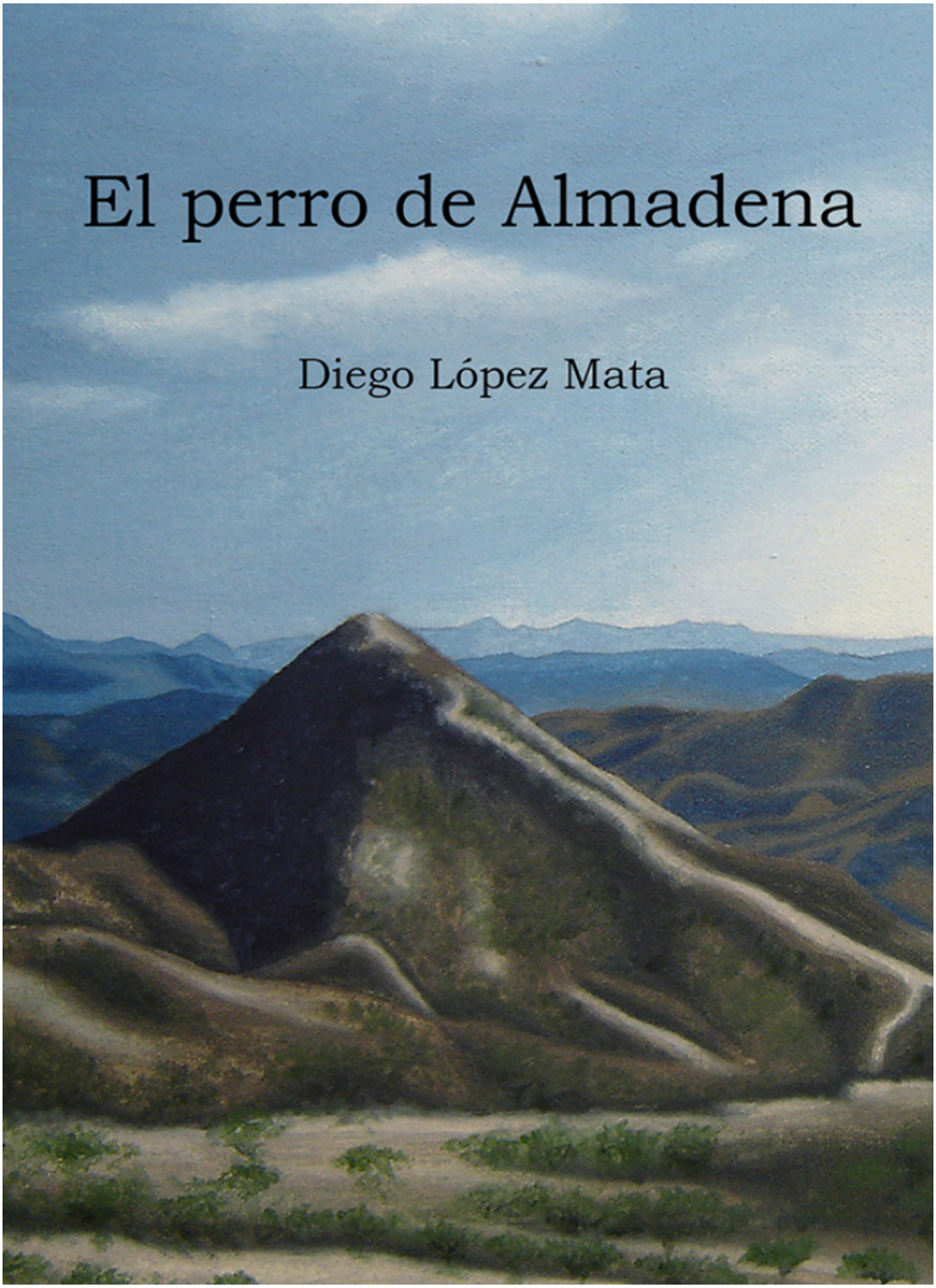
El perro de Almadena

Diego López Mata



Capítulo 1

El perro de Almadena.

Prólogo.

En estos momentos, quizá los más tristes en mucho tiempo para la Tierra Caliente, me gustaría volver la vista atrás para hablarles del Michoacán que conocí y amé de niño y revivir para ustedes la olvidada canción de nuestra tierra, la aventura de cuando éramos campesinos, hombres de a caballo, gente que vivía en la escasez sin considerarla miseria; el tiempo de los dulces sones pirekuas, calentanos y arribeños; cuando nuestro hogar estaba sumergido en la naturaleza, rodeado de belleza y habitado por las plantas y animales más hermosos de la creación.

Esta es la novela a un mundo que fue y que sigue siendo, aunque quede oculto a la mirada, aunque esté cubierto por las tragedias y el infortunio, un mundo que habita en la semilla, esperando resurgir, esperando que luchemos por él hasta despertarlo una vez más.

Libro I. El can mestizo.

Rancho Escondido.

Javier Almadena volvió al rancho después de pasar la mitad de su vida ahorrando cada centavo para comprarlo; conforme se encaminaba a él por la barranca, montado en su caballo, arreando los últimos cebúes hacia su tierra, iba recordando a su padre.

Desde el día en que se marchó había sentido un hueco en el pecho, ahora notaba cómo ese vacío se iba llenando a medida que pasaba más tiempo en su querido rancho.

Luego pensó en su hijo, que se había ido muy enojado hacía un mes, diciéndole:

–No entiendo para qué compraste este lugar, ya estás muy viejo para vivir tan aislado y el trabajo es muy duro para ti. Ya gastaste hasta tu último peso y no te queda nada para contratar ayuda.

–José, éste es mi hogar –replicó Almadena.

Hubiera querido que su hijo le entendiera en silencio, porque en realidad no tenía palabras para expresar el profundo sentido de pertenencia que lo

invadía al simplemente estar aquí.

–Temo que pueda pasarte algo en estas soledades. ¿Es la nostalgia lo que te trajo de vuelta?

¿Cómo explicarle que no se trataba de nostalgia? Que era algo más poderoso que la nostalgia.

– ¿Ves esas zirandas hijo mío? No existen en ningún otro lugar del mundo, sólo en éste, en la Tierra Caliente. Sus raíces gigantescas, que son casi la mitad del árbol, se aferran con todas sus fuerzas a este suelo colorado. Yo soy así. Regresé para pasar aquí todo el tiempo que me quede.

– ¿A eso viniste? –Estalló José furioso– ¡¿A morir?! No cuentes conmigo para suicidarte; regreso a casa y espero que tú hagas lo mismo cuando te vuelva la cordura.

– ¡Espera! –Dijo el viejo aferrándose a su brazo, – permíteme explicarte...

– ¿Qué quieres que entienda? –Preguntó tristemente José. – ¿Que éste lugar siempre fue más importante para ti que mi madre y yo? Eso siempre lo supimos.

–No hijo, no es así, déjame explicarte...

– ¿Qué queda ya por explicar papá? Después de que mamá murió vendiste la casa en que nací y en la que tú y ella vivieron juntos tantos años, vendiste todos sus muebles y sus cosas y te dedicaste a trabajar como un burro para ahorrar bastante y realizar tu único sueño. Y a ella... –Dijo con voz entrecortada por la rabia y el dolor, – no has vuelto a mencionarla nunca más.

El hijo de Almadena se marchó desprendiéndose de su mano con una sacudida, sin querer escucharlo más, pensando que para él no había nada más amado que aquel viejo rancho y que, sin embargo, no sería capaz de trabajarlo él solo y que, eventualmente, regresaría admitiendo su derrota.

Los ojos del viejo, nublados por las lágrimas, contemplaron a su vástago alejarse y dijo quedamente:

–No regresé a morir hijo querido, sino a vivir de verdad el tiempo que me quede. Perdóname por alejarme de ti, pero no he vuelto a sentirme yo mismo desde que me fui de aquí.

La imagen de su esposa se dibujó por un angustioso momento en su mente, hubiera querido decirle que había traído sus restos con él para

enterrarlos en la cima de la mesa, junto a la tumba de su madre. Pero su inmenso dolor aun le impedía hablar de ella.

La soledad no lo amedrentó, emprendió las reparaciones de la vieja casa de varas y colocó recargada contra la pared una guitarra envuelta en un petate que su padre tallara para él y que había llevado consigo toda la vida.

Había vuelto al rancho donde nació, sentía todo el lugar lleno de presencias, mas no era nostalgia lo que sentía; era como si este lugar hubiera estado siempre con él, tan presente y tangible como una parte de su propio corazón. ¿Cómo explicar a su hijo que no había venido aquí a resucitar el pasado, que había regresado para vivir el presente que debió haber vivido toda su vida?

Aquel mes fue muy duro, los años en la ciudad lo habían reblandecido. Sus manos se llenaron de ampollas; por la mañana a veces no escuchaba el canto de los gallos y sus huesos estaban molidos de dormir en el petate después de haberse acostumbrado a las blandas camas.

Pero el viejo en su corazón seguía siendo gente de campo y pronto sus manos se llenaron de callos y se volvieron ásperas y fuertes, la llegada del sol empezó a encontrarlo ya levantado y Almadena se sintió como un pájaro enjaulado, que estirando sus entumecidas alas, vuelve a la libertad.

Sin embargo, el trabajo del rancho era demasiado solitario y pesado. Notaba cómo la diaria faena se iba atrasando y desesperado constataba que él solo no se daba abasto. Se daba cuenta de que a ese paso, no llegaría siquiera a echar la siembra y que él, cual un cenzontle que recobrara su libertad demasiado tarde, era ya muy viejo para volar.

Así, distraído por la preocupación de no poder llevar el rancho, cruzaba la vereda junto a la cañada cuando su caballo resbaló en el musgo de una roca y se precipitó al vacío.

El perro lugareño.

El can mestizo caminaba arrastrando la cola, con las orejas gachas y entristecido. Había estado solo durante muchos años y por un momento no reconoció el sonido del grito de Almadena.

– ¡Auxilio!

El corazón del perro se aceleró, su mente apenas recordaba el sonido de la voz humana, pero sus sentimientos despertaron antes que su memoria

y corrió al borde de la barranca por la que vagaba.

Unos metros más abajo se encontraba aferrado a las raíces de una ziranda y balanceándose al borde del abismo, el viejo y asustado dueño de Rancho Escondido. El can lo reconoció al instante. ¡Almadena! ¡Su viejo amo! Sin titubear se lanzó hacia abajo, decidido a rescatarlo, resbalando entre la roja y fina tierra y las peñas, hasta que logró agarrar con su hocico la gastada camisa del ranchero. Almadena se aferró con ambas manos al pellejo del can lugareño y éste lo jaló poco a poco hacia arriba, con todos sus músculos en tensión y al borde del colapso. El can temblaba y se empeñaba más allá de sus fuerzas determinado a salvar la vida de su amigo, aunque lo hubiera abandonado en este rancho durante tantos años.

Cuando al fin ambos estuvieron a salvo sobre el filo de la barranca se derrumbaron agotados y la mano de Almadena acarició temblorosamente la cabeza del can.

– ¡Gracias! ¡Muchas gracias perrito!

El can lamió su mano con el corazón traspasado de dolor. Lo perdonaba, lo perdonaba por todo el tiempo de abandono y meneaba su cola pensando: –Querido amigo, de todo corazón te perdono.

Después de descansar un rato, al caer la tarde, el ranchero y el perro se encaminaron hacia la humilde casa de varas.

–Y tú perrito ¿De dónde saliste? ¿Qué haces solo en este rancho?

– ¡No me recuerda! –Pensó el can. – ¡Me abandonó y no me recuerda!

El perro lo miró tristemente, rememorando las interminables noches que había pasado sin cerrar los ojos, sintiéndose traicionado, enloqueciendo de dolor y nostalgia por su amo en este rancho perdido en medio de la nada. Todos los días y todas las horas extrañándolo hasta la desesperación, preguntándose por qué lo había abandonado; recordando cuando jugaban, cuando por la tarde salía a cazar chachalacas con Almadena dispuesto a defenderlo hasta la muerte de las fieras. Recordó las noches acurrucado en el petate de su amo pegado a sus pies para darle calor; cuando arreaban juntos al ganado y lo acompañaba en cada momento de su fatigosa jornada… Y a pesar de todo eso, a pesar de todos los años que había estado esperándolo, Almadena no lo recordaba.

El viejo se agachó con dificultad ante el fogón de barro para encender el fuego y vio que ya no tenía leña, en ese instante sintió un lengüetazo en la mano y contempló al perro sentado solícitamente frente a un haz de

varas, meneando la cola.

–Perrito… ¿Tú trajiste la leña?

El can guiñó un ojo y Almadena soltó la carcajada – ¡Debe ser la soledad! –Exclamó– ¡Ya me está afectando!

No había visto a nadie desde la partida de su hijo, y sólo vería gente cuando llevara la cosecha anual y el ganado hasta La Nopalera. Estaba aislado del mundo; para llegar al pueblo, tenía que caminar de sol a sol por una estrecha vereda bordeada de cañadas y voladeros que serpenteaba entre los cerros hasta topar con el río Taracatío, que ni siquiera tenía un mal puente y era imposible de vadear cuando estaba crecido. Y después de cruzarlo, aún había que seguir caminando otra jornada hasta más allá de la ziranda del descanso.

El viejo se sentía feliz por la compañía del can. Después de encender el fuego echó unas tortillas al comal, calentó los frijoles, preparó huevos estrellados sobre las brasas y comenzó a hacer tacos para ambos.

–Nada de tortillas duras y agua para ti amiguito, tú compartirás mi comida y mi petate porque me has salvado la vida.

Después de cenar se echaron a descansar como en los viejos tiempos, acurrucados juntos para darse calor. Almadena se quedó dormido sonriendo, feliz como no se había sentido desde que llegara al rancho, tan dulcemente dormido que la mañana lo encontró aun así y el perro, viendo su rostro tan tranquilo y sereno, no quiso despertarlo y se marchó al establo para adelantar el trabajo de su amo.

– ¡Diablos! –Estalló Almadena al despertarse– ¡Ya es tardísimo y tengo una larga faena por delante!

El viejo echó a correr y al llegar a los establos encontró a la vaca ordeñada y la tinaja llena de leche.

– ¡Ah caray! ¿Qué pasó aquí? –se dijo. Se encaminó a dar de comer a las gallinas, pero éstas se encontraban ya terminando su maíz, gordas y satisfechas. Continuó su ruta y vio que también las chivas y los cerdos habían sido alimentados y atendidos. Así, llegó hasta los potreros, encontrándolos vacíos.

– ¡El ganado! –gritó preocupado y se lanzó corriendo hacia la hondonada. Allí se encontraba el can mestizo arreando a los cebúes, corriendo tras ellos, mordiendo sus corvas cuando se retardaban o brincándoles al hocico para contenerlos, guiándolos vigilante hacia los pastos.

– ¡Recontradiablos perrito! ¡¿Tú hiciste la faena del rancho?!

El perro no contestó y el tembloroso ranchero comenzó a tranquilizarse.

–Debe ser mi imaginación –se dijo.

Juntos siguieron arreando al ganado hasta llegar al pasto. Ya allí, mientras los cebúes pastaban, Almadena cayó en cuenta de que con las prisas y el asombro no había preparado el almuerzo, y dando una patada en el suelo exclamó:

–Tengo que volver a casa para traernos comida.

Ya comenzaba a alejarse con dirección al jacal, cuando el perro corrió ladrando tras él. El viejo se dio vuelta para ver por qué armaba tal alboroto y contempló cómo el can descolgaba con sus fauces el guangoche que traía cruzado sobre el lomo y se lo ofrecía. En su interior, Almadena, asombrado, encontró frijoles, huevos revueltos, una balsa llena de tortillas y un gran guaje repleto de atole.

– ¡Mira que has salido bueno! –dijo feliz el ranchero.

Y acariciando al perro, notó que su hocico se plegaba hacia las orejas formando una gran sonrisa y que una gruesa lágrima resbalaba por su mejilla.

– ¡Ah condenado perrito! ¡Deja de hacer eso que no sé si echarme a llorar contigo o morirme de susto!

El sol iba descendiendo hacia el Cuirindal cuando el ranchero y su perro comenzaron a buscar el ganado. El hombre gritaba y agitaba su arreador mientras el perro ladraba y corría de acá para allá. Poco a poco juntaban el ganado llevándolo de regreso a los potreros. Cuando el último animal entró en ellos, el perro se alzó sobre sus patas traseras para empujar la puerta de golpe con las delanteras y Almadena amarró ésta a la cerca de piedra diciendo satisfecho:

–Hacemos un gran equipo amiguito.

Más tarde, el viejo contemplaba al can dormido y sonriente, agotado por el duro trabajo del día. Rompiéndose la cabeza, trataba de explicarse la maravillosa inteligencia de aquel animal.

–Si no fuera por lo bueno y cariñoso que es este perrito, pensaría que es cosa del Diablo… ¿Y si me estoy volviendo loco? ¿Será que tanta soledad me ha trastornado la cabeza y estoy imaginando cosas? Pero no, eso no

puede ser, las faenas del rancho hechas están, y sé que yo no las hice.

Confundido aún, mas profundamente agradecido, se acostó al lado del perro y se durmió.

Al despuntar el día, comenzaron de nuevo con el trabajo. Al ordeñar, el perro acercaba un banco al ranchero, le llevaba los cubos y luego los vaciaba en la tinaja, arrimaba los costales de olotes y grano para alimentar a las gallinas y anticipándose a sus deseos, trajinaba de acá para allá como si se tratara de un peón.

Pronto llegó el día en que comenzaba la tumba. El can lugareño fue hacia Almadena con hacha y machete entre sus fauces y juntos se pusieron a limpiar el terreno. El perro con el machete en el hocico escardaba la hierba, mientras Almadena con el hacha iba tumbando árboles, arbustos y breñales.

Trabajaban tan bien y tan a gusto juntos, que pronto habían limpiado un buen trecho. Y dándose cuenta de que habían terminado con sus labores antes del mediodía, el viejo fue por su carabina de chispa para ir juntos a cazar huilotas, paitas y chachalacas para acompañar la cena. Se dirigieron al Cascabel, un arroyo al que dichas aves iban a beber.

–Amiguito, antes de que tú llegaras, me sentía muy triste. El trabajo era muy pesado para mí solo y sentía que me volvía loco por no ver a nadie. ¿De dónde saliste?

El perro aulló dolorosamente. Hiciera lo que hiciera, parecía que Almadena estaba empecinado en no recordarlo.

–Ya, ya amiguito –dijo el hombre rascándole las orejas– tú me haces muy feliz y no quiero que aúlles así, no pienses de nuevo en dónde andabas antes o por qué estabas allí si eso te pone triste.

Comenzaba a escucharse el agua cantarina del Cascabel y aquí y allá los graznidos y chillidos de paitas y chachalacas. Ahora caminaban agachados y en silencio, parando la oreja y oteando en derredor. De pronto, el can mestizo se quedó quieto y apuntó firmemente con su cabeza hacia un acebuche. Almadena, siguiendo la mirada del perro, dio con una chachalaca parada en sus ramas, y apuntando cuidadosamente su carabina abrió fuego. El ave se desplomó del árbol, el can se lanzó como una flecha sobre ella y tomándola con el hocico regresó corriendo y la depositó en la mano extendida del viejo.

Continuaron hacia el arroyo y acecharon en silencio. Un rato después una bandada de paitas descendió a beber y Almadena abatió a una de ellas. El perro salió disparado a cobrarla y el hombre, feliz, la guardó en su

guangoche.

Iban de regreso a casa, cuando de nuevo el can apuntó muy tieso con la cabeza hacia una huilota que volaba bajo y Almadena, frotando su cabeza, le dijo:

–No hay que ser avaricioso perrito, con dos aves basta y sobra para nosotros. No hay que andar matando criaturas sin necesidad.

El perro, escarmentado por su glotonería, se dijo que Almadena era un hombre justo y bondadoso. Y emprendió el regreso sin hacer caso ya de las aves que pasaban volando junto a ellos.

Esa noche el can tenía pesadillas. Chillaba quedamente soñando con aquélla otra en que, regresando del monte, llegó a la casa de varas y no encontró a su amo. Esperó preocupado durante horas a que llegara hasta que, desesperado, salió en su busca. Recorrió los corrales, el establo, el potrero, fue al arroyo por si andaba buscando agua y enfiló hacia el monte, esperanzado en que andaría cortando leña, mas no lo halló por ningún lado. Entonces se lanzó corriendo desesperado por todo el rancho aullando desgarradoramente, regresaba a la casa, ladraba y gemía.

Pasó días sin dormir, buscándolo por todas partes sin encontrar su rastro, sin atreverse a alejarse del rancho por si volvía.

Angustiosos aullidos hacían eco entre los cerros, estaba como loco, consumido por su búsqueda inútil, con los ojos desorbitados y ronco de ladrarle al vacío sin recibir respuesta. Y allí se quedó, buscando y esperando todos estos años.

El perro se despertó de pronto, Almadena lo sacudía diciendo:

– ¡Despierta amiguito! ¡Sólo es un sueño! –Y dándole un abrazo, le acarició la cabeza– no estés triste, se me rompe el corazón de oírte aullar así, aquí estoy yo que te querré siempre.

–Pero si ni siquiera me recuerdas –pensó el perro ladeando tristemente la cabeza.

Almadena se quedó abrazando al perro hasta que éste estuvo dormido y ya no tuvo más pesadillas.

–Tú eres mi mejor amigo –le dijo al oído. El perro sonrió entre sueños y su semblante se volvió tranquilo.

Cuando el can abrió los ojos era ya bien entrado el día y contempló a Almadena cosiendo una extraña camisa que tenía las mangas apuntando al frente, el viejo había cortado la mejor de las suyas para hacerle ésta al

perro para que no pasara frío en el invierno.

Las aves, asadas y doradas, yacían sobre el fogón listas para que ambos las desayunaran. El viejo también había estado tallándole juguetes con madera balsa y éstos estaban a su lado sobre el petate.

–Ora sí date gusto –dijo acercándole un plato con la paita asada– de ahora en adelante celebraremos tu cumpleaños este día.

El perro, inmensamente conmovido, agitaba alegremente la cola mientras se daba un atracón.

Aquel can le recordaba mucho a Sultán, pero a Sultán le faltaban una oreja y media cola, y estaba lleno de cicatrices; pensó con alegría que éste podía ser un descendiente suyo, e inspirado en esto soltó:

–Quiero decirte que también te he escogido un nombre.

El can dejó de comer abruptamente y comenzó a gruñir furioso. ¡Él ya tenía un nombre, un nombre que Almadena había olvidado!

El ranchero retrocedía pálido ante el perro amenazante, diciéndole:

– ¡Basta amiguito! Me estás asustando, si no quieres no te pongo nombre.

El perro se tranquilizó y se echó malhumorado sobre el petate. Ese día no salió del jacal y Almadena, apenado, fue a encargarse de las labores del día en solitario.

– ¿Qué le pasará? –Se preguntaba– ¿Por qué no querría que le pusiera nombre?

Cuando terminó de atender el rancho y regresó a casa, encontró al perro aún echado y taciturno. Se acercó a él con sus juguetes en las manos y le dijo:

–Hagamos las paces amiguito. Mira que rete chulos juguetes hice para ti.

Y echó al aire un hueso de madera, arrojando una pelota de trapos al mismo tiempo. Y tanto insistió, que finalmente el can olvidó su enfado y se puso a jugar con él.

Al final del día, salieron juntos a observar la puesta del sol desde los potreros y el ranchero le abrió el alma a su perro, diciéndole con voz suave y triste.

–Fue aquí donde hace muchos años mi padre me dijo que debía irme a estudiar a Zitácuaro, a mi madre nunca la conocí, aunque mi padre me hablaba con tanto cariño de ella y de cómo me esperaba con tanto amor, que siempre he sentido su presencia muy cerca de mí. Papá era muy pobre y nunca pudo ir a la escuela, sin embargo era muy trabajador y con sus ahorros consiguió arrendar este rancho en donde se partió el alma para que yo pudiera estudiar y no tuviera que trabajar un día tan duro como él. Nos queríamos mucho, pero casi no volvimos a vernos. Como él no sabía escribir, tampoco podíamos enviarnos cartas.

Almadena estaba llorando y su amigo, conmovido, lamía su cara enjugando sus lágrimas. Pensaba que su viejo amo estaba senil y confundido, pues él recordaba que las cosas no habían pasado así.

–Compré este rancho para venir aquí a recordarlo, a mirar el lugar en el que mi padre había trabajado tan duro para labrarme un futuro.

Por la noche el can sin nombre no podía dormir y salió de la choza para contemplar pensativo la luna. Estaba seguro del afecto que su viejo amo le tenía, pero no podía explicarse, lo cual lo atormentaba, por qué no lo recordaba ni las cosas absurdas que contaba. En el pasado parecía haberlo querido tanto como ahora, y sin embargo lo había abandonado, lo había olvidado. Por eso temía que pasara de nuevo y no podía disfrutar con tranquilidad la alegría de tenerlo de vuelta.

–Almadena –pensaba– ¿Por qué te fuiste sin mí?

A lo largo de los días continuaron con la tumba. La parcela iba poco a poco despejándose, amo y can trabajaban codo con codo. Almadena instruía entre tanto a su amigo en las labores del rancho y le contaba cómo cuando era niño había aprendido todo esto trabajando con su padre y los ojos se le nublaban de nostalgia.

–No me hagas caso perrito –decía limpiándose las Lágrimas de un manotazo– sólo soy un viejo con demasiados recuerdos.

Pronto quedo limpio el terreno, y los amigos satisfechos y sudorosos juntaron los abrojos y los llevaron a un cobertizo detrás del jacal para usarlos como leña y pastura.

Terminada la tumba Almadena se encaminó al monte armado con su carabina y acompañado de su perro para celebrar.

–Vamos a armar una buena corrida, yo acechare aquí en la cañada y tú me echas a los animales.

El can remontó alegremente el cerro encontrando pronto el rastro de un jabalí, y siguiéndole la pista lo azuzaba y lo dirigía a la posición de su

amo. Éste escuchó acercarse los ladridos del can lugareño y el alboroto de la bestia asustada y preparó su tiro apuntando el arma a los matorrales; pero antes de que pudiera disparar el jabalí se le echó encima y embistiéndolo con sus colmillos le hirió el pecho. Su perro salió disparado detrás de él y brincando por el aire lo agarró por el hocico y ambos rodaron por el suelo revolcándose y mordiéndose furiosos; después del primer choque se separaron y comenzaron a dar vueltas acechándose mutuamente con las fauces chorreando sangre hasta que, sin previo aviso, se abalanzaron uno sobre otro, la fiera mordió el lomo del can, mas éste se escurrió ágilmente por debajo de la bestia consiguiendo morderla por la garganta, y sacudiendo su cabeza fieramente le arrancó la vida.

Aunque la herida del ranchero no era muy grave, el dolor y la pérdida de sangre lo hicieron desmayarse. Al recobrar el sentido yacía en su petate, el perro desgarraba trapos con sus dientes y aplicándolos a su herida había conseguido detener la hemorragia.

Almadena llamó afectuosamente a su can y tanteo con cuidado su esbelto y pinto cuerpo, sorprendiéndose mucho de que estuviera completamente ileso.

El viejo, debilitado, se echó a dormir. Cuando despertó se encontró con el jabalí burdamente despellejado y descuartizado por los dientes del can, y despaciosamente fue cocinándolo en el fogón.

Por algunos días, el Ranchero no pudo salir del jacal. El can se ausentaba largos periodos de la choza, pero siempre volvía para asomar su hocico por la puerta y revisar si su amo se encontraba bien, le traía agua del arroyo en un guaje; y leña, maíz, frijoles y todo lo que necesitara en su guangoche.

El viejo, aunque mejoraba día con día, estaba muy preocupado por la marcha del rancho. El tiempo para sembrar se estaba pasando, y si no lograba hacerlo antes de las lluvias estaría arruinado. Al sentirse mejor salió a la parcela para intentar salvar la cosecha y encontró al can arrastrando penosamente el arado con los dientes, terminando de arar el terreno.

¡La tierra estaba lista para la siembra!

Almadena y su perro fueron a la troje por las tarecuas y las semillas y llenando sus guangoches con ellas regresaron a la parcela. El viejo sostenía la tarecua entre sus fuertes manos mientras el can apresaba con firmeza la suya entre los dientes y juntos fueron abriendo los huecos, echando las semillas y cubriéndolas, y felices y molidos de cansancio siguieron trabajando hasta la noche.

La visita de un amigo.

Una tarde después de la faena llegó al rancho Don Zamudio, el anciano padrino de Almadena; había sido aguamielero toda su vida en un rancho vecino. Era famoso por su gran imaginación y por los fantásticos cuentos que relataba; aunque él sostenía, sin que nadie le creyera, que todo lo que contaba era verdad. Sus historias estaban llenas de fantasmas y aparecidos y a menudo figuraba en ellas un siniestro personaje al que llamaba el enemigo y que aparentemente era el diablo.

Almadena le tenía mucho cariño porque era él quien le había regalado los primeros libros de texto para ir a la escuela y porque había sido el mejor amigo de su padre.

– ¡Padrino! –exclamó lleno de contento al verlo aparecer a lo lejos sobre su mula cargando dos tinajas de aguamiel.

El ranchero corrió feliz a abrazarlo y le preguntó:

– ¿Cómo has estado?

–Pues así así, la lucha con el enemigo se pone cada vez más encarnizada. La trae contra mí desde que una vez la gente del pueblo lo apaleó por mi causa…

Almadena, que sabía que si no llevaba pronto la conversación hacia otro lado, Don Zamudio podía continuar hablando del aparecido durante horas, lo interrumpió:

– ¿Y qué hace por estos rumbos padrino?

–Vine a darte la enhorabuena por la compra de Rancho Escondido, haz realizado el sueño de todos los Almadena, de tu padre, de tu madre y tuyo. ¡Felicidades! –dijo abrazándolo.

Entonces el perro lugareño, que estaba en los corrales, se acercó a los viejos con curiosidad, y juntos se encaminaron a la casa de varas a cenar.

Mientras el perro echaba las tortillas al comal y calentaba los frijoles en el fogón de barro, haciendo al mismo tiempo huevos estrellados sobre las brasas; Don Zamudio servía tres sendos jarros de aguamiel poniendo uno de ellos en el suelo para el can, y sin mostrar la menor sorpresa ante las increíbles habilidades del perro empezó a conversar como si nada.

–Les traje estas barricas de mi mejor aguamiel para que les endulcen la

vida, con el trabajo que deben de tener por aquí las necesitarán.

–La verdad es que sí, apenas nos damos abasto. –Dijo el ranchero distraído, pensando en cuanto tiempo le llevaría al aguamielero reparar en que era el can mestizo quien preparaba la cena.

–Tu padre estaría muy orgulloso, han hecho un gran trabajo en el rancho, los animales en los potreros lucen muy bien cuidados, y las parcelas, aunque las vi solo de lejos, parecen muy bien sembradas.

–Muchas gracias padrino, por fin he cumplido mi promesa, he regresado como el dueño de esta tierra y aquí me quedaré. Aun me duele –agregó melancólicamente, – haber estado tantos años lejos. Mi papá me faltó muy pronto y tuve que pasar la mitad de mi infancia en un hospicio. Sólo ahora, después de toda una vida de sacrificios y nostalgia he conseguido volver. No debió haberme alejado de él.

–No seas muy duro con él ahijado, yo sé cómo te quería. Cuando te mandó a estudiar fuera lo hizo porque pensaba que así te daba un mejor futuro.

–No Pretendo censurarlo, yo mejor que nadie sé cuánto se esforzó. Aún recuerdo con cariño cuando trabajábamos juntos y me enseñaba a cuidar de la tierra. –Evocó sonriente el campesino.

–Sí, Juan Luis Almadena fue el mejor ranchero que he conocido, sabía escuchar las voces de la tierra, era callado e infatigable. Montado en su alazán parecía volar más veloz que el viento, ¿recuerdas como enlazaba las paitas al vuelo con su reata nomás por diversión?

Los amigos reían, aunque furtivas lágrimas surcaban sus mejillas al recordarlo.

–Sí, tengo sesenta y siete años, y aunque solo los primeros seis los pasé a su lado, siento como si nunca se hubiera ido. Sobre todo ahora que estoy aquí; percibo su presencia por todas partes, como si formara parte de Rancho Escondido.

–Por cierto que tú eras su viva imagen y también un excelente jinete. ¿Sigues montando así?

–Ja, ja, ja, –se rió el ranchero. – La verdad es que no lo sé, perdí mi caballo al poco tiempo de llegar aquí, desde entonces no monto.

– ¿Cómo dices?

–Mi caballo resbaló en la barranca, yo alcancé a agarrarme de las raíces de una ziranda. Fue entonces cuando mi perro me salvó. Así nos

conocimos…

El can entre tanto terminaba de preparar guacamole en el molcajete y acercó los platos a los amigos.

–Por cierto Don Zamudio, –señaló Almadena ansioso de ver la cara de su padrino cuando reparara en ello. – ¿Ya notó que fue el perro quien cocinó?

–Sí hombre. No te preocupes, estoy seguro de que se limpió las patas y procuró no tirar babas en la comida.

El ranchero se carcajeó feliz.

– ¡Ah Don Zamudio! ¡Siempre tan excéntrico! ¿Entonces no le sorprende que mi perro sepa cocinar?

–Nooo. Si eso ya lo sabía. Y no es ni con mucho la habilidad más increíble de este animalito –dijo sumergiendo media tortilla en la olla de frijoles y llevándosela a la boca.– Y la verdad es que… –dijo mientras guiñaba un ojo pícaramente hacia el can.– Sin afán de ofenderlo… Su sazón no es nada del otro mundo. Lo que sí es sorprendente es la habilidad con que caza coyotes, yo le estoy muy agradecido porque una vez en mi juventud me salvó la vida. –Agregó mientras se agachaba a rascarle la panza.

Almadena lo miraba incrédulo, con la edad Don Zamudio se ponía cada vez más loco, pero deseando tomarle un poco el pelo preguntó:

– ¿Y de dónde se conocen?

–Ay ahijado, ¿para qué te cuento? Después de todo ni me vas a creer, nadie nunca lo hace y ya tengo bastante tratando de convencer a la gente de mi pueblo de las acechanzas que nos tiende el enemigo. Creo que será mejor que la historia de tu perro la averigües tú solo. Nomás voy a decirte que es el mejor perro que podrías tener.

Entonces Zamudio notó que se hacía de noche y dijo:

–Ya es hora de marcharme.

–No Don Zamu, ya es muy tarde y además con tanta plática no hemos ni tocado el aguamiel. Quédese esta noche y mañana lo acompaño hasta el río.

Entonces los dos viejos amigos empuñaron sus jarros y entrechocándolos brindaron por la prosperidad del rancho dando sendos tragos al dulce néctar. Mientras, el can, que no había puesto atención a la plática y no se había enterado de nada, se relamía los bigotes ante su jarro vacío

esperando a que le sirvieran por segunda vez.

– ¡Condenado! –Exclamó el aguamielero notando al fin su jarro vacío y volviéndolo a llenar. – ¡Sigues tan glotón como siempre!

El perro sonrió y Almadena intrigado preguntó:

–De pura casualidad. ¿No sabe el nombre de mi perro?

– ¡Ah Javier! ¡Si yo te lo digo no cuenta! Ya es muy tarde, vamos a dormir.

Por la mañana el ranchero acompañó a su viejo amigo hasta el Taracatío, y a pesar de lo largo del camino y de su insistencia no pudo sonsacarle el nombre del can mestizo.

–No importa. –Pensó al verlo alejarse. – Seguro era tan solo otro de sus cuentos.

La primera lluvia.

Almadena y su perro estaban una mañana en el corral cuando contemplaron una sombra a lo lejos que se cernía sobre ellos paulatinamente cubriendo el cielo, las nubes densamente cargadas se acercaban arrastradas por un viento fresco y húmedo. Ambos corrieron emocionados a la parcela, y cuando ésta se encontraba ante su vista, se desató el chaparrón.

El corazón de los amigos palpitaba al ritmo de la lluvia, el olor de la tierra mojada los embriagaba, era el aroma más delicioso que percibieran jamás. La vida parecía derramarse sobre el rancho en forma de gotas de lluvia. Resonaba el repiqueteo alegre y cantarín del aguacero golpeando suavemente sobre la corriente del arroyo, los montes a lo lejos se veían velados por la cortina gris del agua, la casa de varas relucía limpia por el temporal, el aguacero bañaba las hojas de los árboles y entre sus ramas las aves empapadas buscaban refugio bajo el sediento follaje y se sacudían vigorosamente. Las gallinas en los corrales corrieron a esconderse bajo el tejaban, los cerdos en el chiquero jugaban contentos en el fango, los cebúes, calados hasta los huesos, agitaban sus colas resignados en los potreros, los tejones y armadillos se dirigieron presurosos a sus madrigueras y bajo las zirandas de troncos gigantescos y densísimo follaje buscaban amparo los venados y otros animales que no tenían otro refugio. Pero el can y su amo corrían y saltaban alegres por entre los charcos con el corazón embargado de alegría, con las cabezas vueltas hacia arriba y la boca abierta bebiendo el agua que caía del cielo, escuchando el timbal de los truenos lejanos, se tomaban de las manos y

dando vueltas bailaban de contento.

El agua corría entre los surcos de la parcela despertando a las semillas que yacían en su cuna de tierra, y poco a poco germinaron las plantas de maíz y de frijol.

Sus siembras verdeaban y crecían saludables y hermosas; en los potreros, chiqueros y corrales los cebúes, los cerdos, las chivas y las gallinas engordaban a ojos vistas. Los dos amigos trabajaban empeñosos, contentos y satisfechos al ver con orgullo los primeros frutos de su incesante labor.

Una noche, sintiéndose feliz por un día bien empleado y por la promesa de un buen año en el rancho, Almadena por fin desanudó el viejo petate y desempolvó la guitarra que le hiciera su padre. Hacía años que no tocaba porque no se sentía feliz, y así no le daban ganas de hacer música. Pero ahora volvía a estar contento, afinaba las cuerdas y le guiñaba los ojos al can mestizo que meneaba la cola y ladeaba la cabeza contemplándolo intrigado. Al fin sonaron las primeras notas y Almadena, inspirado, improvisó un hermoso canto a la amistad entre ellos. El perro, conmovido y con lágrimas en los ojos, pronto se unió a él, entonando bellas y sentidas melodías de ladridos y aullidos. Y todos los sonidos del rancho, el chirriar de los grillos y el croar de las ranas, el canto de las aves que amodorradas y hechizadas despertaron en las ramas: Clarines, mulatos, primaveras, calandrias y cenzontles, se unió a la música acompañando el dulce rasgueo de la guitarra y a todas las voces suaves y profundas de los animales. La canción de Almadena y su perro creció en ternura y culminó en quebrados sollozos de alegría. Y todos los animales del monte, respetuosos del gran sentimiento de amistad que hendía el aire como un lamento mitad humano y mitad canino callaron de golpe. Y todo fue silencio, y la luna conmovida brillaba con más fuerza en el firmamento y los armadillos, los jabalíes, los tejones, las criaturas del campo, las gallinas, los cebúes, los cerdos y todos los animales del rancho lloraban dulcemente esa noche. Y todo fue quietud. Y Almadena y su perro se quedaron dormidos abrazados casi sin darse cuenta.

Al llegar la aurora se levantaron como sonámbulos, apenas podían creer que todo aquello no fuera un maravilloso sueño, mas la guitarra yacía aun allí dando testimonio de que anoche en realidad había ocurrido.

Almadena y su perro trabajaban felices y en silencio, atesorando ese momento de amistad como algo sagrado. Los días siguieron pasando y el rancho bien atendido siguió prosperando, hasta que un día comenzaron los problemas.

Lluvia de desgracias.

Estaban ordeñando la vaca cuando el can escuchó un sonido extraño que venía de los potreros y alarmado se lanzó corriendo hacia allá. Almadena extrañado lo vio partir y casi enseguida escuchó sus ladridos furiosos, el viejo se apresuró al jacal para tomar su carabina y un machete y se dirigió a los potreros a todo correr. Allí se encontraba un grupo de seis hombres a caballo robando su ganado. En aquel momento, su perro se prendió a la bota de uno de ellos logrando desmontarlo y Almadena tomó puntería derribando de un tiro a otro asaltante. Los bandidos furiosos abrieron fuego contra Almadena y éste se guareció de un salto tras la cerca de piedra de los potreros llamando preocupado al can:

– ¡Amiguito! ¡Deja que se lleven el ganado! ¡No arriesgues tu vida!

Pero el perro, furioso, seguía acosando a los salteadores y Almadena cargó velozmente su carabina y siguió disparando para ayudarle en la lucha.

El perro atacaba tan veloz y frenético que los bandidos parecían no verlo venir, lo que les causaba grandes estragos. Furiosos se dirigieron al jacal y le prendieron fuego, entonces la ira del can sin nombre no conoció límites y arrojándose sobre otro de los atacantes brincó muy alto, hasta su garganta, y éste cayó muerto de su caballo. En ese instante, un tiro de Almadena derribó a otro de ellos y los dos ladrones restantes emprendieron la huida gritando:

– ¡Vámonos! ¡Este maldito rancho está hechizado!

Mientras los ladrones se alejaban, Almadena y su perro corrieron al arroyo por agua para intentar detener el incendio. Desafortunadamente, el Cascabel estaba muy lejos y cuando finalmente echaban el agua a la casa, ésta se evaporaba en el aire antes de tocar siquiera las feroces llamas. Los amigos iban y volvían exhaustos cargados de agua, pero no podían contener el incendio que pronto se extendió a los corrales. Una gallina envuelta en llamas aleteaba desesperada, y volando sobre el enrejado extendió el fuego a su paso por los chiqueros. Entonces ambos dejaron momentáneamente de combatir el incendio para salvar a los animales. El can mestizo dejo caer los cubos de agua que llevaba en el hocico y apresando la malla del gallinero entre sus mandíbulas la sacudió ferozmente hasta arrancarla y las gallinas asustadas se desperdigaron en todas direcciones. Su amo entre tanto corría a abrir los chiqueros que ya ardían; al desamarrar la puerta los cerdos y las chivas salieron en tropel apartándola de golpe y aplastando cruelmente al viejo contra la cerca. Amo y perro se encaminaron maltrechos hacia el potrero con toda la velocidad que podían; el viento llevaba las chispas y el pasto seco ardiendo que se desprendía del techo de la casa de varas hacia allí, haciendo que comenzara a arder por varios puntos. Los cebúes enloquecidos embestían brutalmente la cerca de piedra, no tenían tiempo de rodear los potreros, por lo que saltando la barda se internaron entre

los animales enfurecidos por el dolor y el pánico, tratando de sortear los afilados cuernos que desgarraban sus cuerpos llenándolos de largas y punzantes heridas. Por fin, Almadena, empapado en sangre, consiguió llegar hasta la puerta de golpe y arrojándose sobre ella comenzó a desamarrarla; mas en el preciso instante en que lograba abrirla, una bestia con su pelambre ardiendo y enloquecida por el sufrimiento se abalanzó reparando hacia él estrellándosele de lleno, abriendo la puerta de par en par y derribándolo frente a ella. Los cebúes presos del pánico se abalanzaron en estampida hacia esa única y providencial salida. Y cuando estaban a punto de aplastar al viejo, su perro logró llegar hasta él poniéndosele encima de un brinco, interponiendo su cuerpo para protegerlo, recibiendo las pisadas y las coces de las reses despavoridas, aullando de dolor y desesperación mientras arrastraba con gran dificultad y paso a paso a su amo fuera del camino de la estampida.

A pesar de sus heridas y dolor Almadena y su perro se pusieron en pie tambaleantes y siguieron combatiendo el incendio, el ranchero rasgó su camisa y empapándola en el agua del bebedero la dividió en dos y la ató sobre su boca y la de su amigo.

Se arrastraron penosamente hasta la troje para tomar palas y azadones y armados con ellas echaron tierra frenéticamente sobre las llamas. Las chispas surcaban el aire incrustándose ardientes sobre las heridas en el torso desnudo del viejo, mas a pesar de ello no se detuvieron a descansar ni a dormir y siguieron empeñados en apagar el fuego. Así los sorprendió la noche, pasó y llego la aurora hasta que finalmente lograron sofocar el incendio. El rancho yacía en ruinas. Y ambos, temblorosos, debilitados y cubiertos de cenizas, lloraban por todo su trabajo perdido. Agotados y llenos de pesar, cayeron exhaustos entre los escombros y durmieron todo el día y toda la noche.

El perro despertó al clarear el alba y excavando entre las brasas fue sacando hachas, sierras, palas, azadones, y demás herramientas. Al despertar, el viejo se encontró rodeado de ellas y con su perro contemplándolo con mirada firme y decidida.

–Tienes razón amiguito, reconstruyamos el rancho.

Y sin esperar siquiera a recuperarse y curar sus heridas comenzaron a limpiar los escombros que iban juntando en montones a la orilla del rancho, cuando finalmente el lugar estuvo limpio, se encaminaron al monte a cortar árboles para reconstruir la casa de varas, los corrales y el establo. Los tiempos eran muy duros, además de reconstruir el rancho debían cazar, buscar fruta, miel silvestre e ir por agua para procurarse el sustento. Trabajaban sin descanso desde la salida del sol hasta bien entrada la noche. Como los animales habían huido, ellos mismos y un par de caballos de los ladrones, que habían encontrado vagando, debían

arrastrar penosamente los troncos desde el monte.

Las manos del viejo estaban llagadas de blandir el hacha y el pobre perro sentía sus huesos molidos por la yunta que usaba para ayudar a trasladar los troncos. Mas, a pesar de todo, seguían trabajando duro, alentados por su amistad y la meta común de salvar el rancho y quedarse juntos.

Un día, finalmente tuvieron suficiente madera y comenzaron a levantar la casita. El viejo, los caballos y el perro irguieron los horcones sobre los que ésta se sostendría y construyeron una escalera de carrizo para poder levantar las paredes y el techo. El perro pronto aprendió a subir por ella y con los dientes ayudaba a entretejer y amarrar las varas de las paredes a los troncos. Cuando todas las paredes y la estructura de dos aguas estuvieron listas, las cubrieron con barro y fueron a cortar pasto seco con la guadaña para poner en el techo. Acto seguido, se pusieron a levantar las cercas de los corrales y el establo, a reparar la barda de piedra del potrero que se había derrumbado a medias y a construir un fogón de barro y ollas para la casa. También cortaron palmas y yute con las que tejieron petates, guangoches y costales. Y gracias a su trajinar inagotable, tuvieron lista la reconstrucción en poco más de un mes.

–Amigo, hemos reconstruido el rancho, afortunadamente nuestras siembras no han sufrido daños, pero todos los animales andan perdidos en el monte y la guitarra que me hizo mi padre se ha quemado –dijo tristemente el viejo.

A continuación, Almadena, montado en uno de los caballos de los bandidos, fue al monte acompañado de su perro y emprendieron juntos la búsqueda de los animales para traerlos de vuelta a los potreros. El viejo y su can cabalgaban airosos internándose en lo más profundo de los cerros, brincando de loma en loma y avanzando cuesta arriba y cuesta abajo por las cañadas, las veredas bordeadas de desfiladeros y los terrenos más inaccesibles del rancho.

El perro se lanzaba como un relámpago sobre el ganado y tomando la delantera a los animales les cerraba el paso brincándoles a la cara y de un mordisco los hundía hasta el suelo para detenerlos, o los arreaba mordiéndoles las corvas. Entre tanto, Almadena, como si tuviera veinte años, galopaba sobre los animales cual una tempestad a toda velocidad, los rodeaba y los azuzaba revoleando el arreador y con su reata enlazaba con certero tiro a los fugitivos. Así, entre ambos, fueron juntando a los animales y llevándolos rumbo a la hondonada.

Allí, una noche, los sorprendió la tormenta. Los relámpagos herían el cielo con fuerza y los animales inquietos y empapados eran contenidos a duras penas por el ranchero y su perro. De repente un relámpago gigantesco rugió en medio del ganado, descargando su brutal golpe sobre un alto y robusto bonete, abriéndolo por la mitad, derribándolo y mandando miles

de astillas volando entre los cebúes, y éstos, enloquecidos de terror, salieron corriendo en estampida hacia la barranca.

Almadena, rabioso, montó de un brinco a su caballo y seguido del can se lanzó a interceptar al ganado, ambos saltaron sobre el filo de la barranca y galoparon cuesta abajo enloquecidamente por una pendiente casi vertical para cerrar el paso a los animales. Frente a ellos se abría el abismo, y a sus espaldas la estampida resonaba de tal modo que los furiosos truenos de la tormenta eran acallados por ella.

Allí se dieron vuelta y esperaron firmes como una roca el violento y terrible choque con la estampida. Almadena espoleó su caballo y azotó frenéticamente el arreador contra los cebúes enloquecidos de miedo, y el can mestizo brincó al hocico de los animales hundiéndoselos hasta el fango con sus poderosas mandíbulas. El empuje de las bestias los hizo retroceder hasta que las patas traseras del perro y del caballo resbalaron peligrosamente al filo del abismo, pero Almadena y su perro aguantaron la brutal embestida y saltando por encima de las reses que se despeñaban, las azotaban y mordían conteniendo su embate. Hasta que lenta y renuentemente los cebúes se detuvieron, y dando media vuelta enfilaron de nuevo hacia la hondonada.

Al amanecer Almadena montaba como un muerto, sólo su fuerza de voluntad lo sostenía. Afortunadamente, el agotado ganado se dejó conducir dócilmente hasta los potreros.

Al llegar a casa el ranchero se derrumbó fatigado y enfermo en su petate y toda la vejez del mundo pareció caer de golpe sobre él.

El perro se encargó del rancho, salió a cazar las gallinas, trayéndolas una a una, ilesas, entre sus fauces. Poco a poco fue recuperando a las chivas y a los cerdos.

Entre tanto, el viejo recobraba lentamente las fuerzas, cuidado solícitamente por el can, que infatigable le traía maíz, frijoles, huevos y algunas aves en el guangoche; y agua desde el Cascabel en guajes terciados sobre su lomo.

Finalmente el ranchero se recuperó del todo y volvió al trabajo.

Almadena constató sorprendido que los animales, aunque flacos, habían sobrevivido y sido recuperados casi todos.

Conmovido, e infinitamente agradecido hacia el can sin nombre, el viejo pensaba que sin su ayuda el rancho se habría destruido y él mismo habría muerto diez veces. Comenzó a sentir que su perro era una bendición, un regalo, un guardián que su padre le había enviado y, sin saber por qué, algo en el can mestizo parecía traerle de vuelta el recuerdo de su amado

viejo.

El ganado comenzó a engordar de nuevo y con el par de caballos su trabajo se hizo más llevadero y fructífero, trayendo de nuevo la prosperidad para su rancho, las lluvias continuaban y el frijol y el maíz crecían hermosos y densos.

Mas, una noche comenzó a soplar un viento frío del norte y con él llegó la helada. La dolorosa mordida del fresco los despertó en medio de su sueño y preocupados fueron a revisar las parcelas. En ellas, las hojas de la siembra amarilleaban quemadas por el frío. Los amigos espantados pusieron manos a la obra inmediatamente, fueron por los caballos al establo. El can sin nombre brincó al lomo de uno de ellos, acomodándose en la silla y guiñando un ojo a su amo, y éste riendo quedamente le dijo:

–Amigo mío, has hecho tantas maravillas que el que sepas montar apenas me sorprende.

Y marcharon juntos hacia el monte, armados de hachas y machetes para traer leña y palmas. Se internaron en la espesura y comenzaron a cortar troncos, ramas secas y hojas verdes de palma. Almadena miraba atónito cómo el perro se las arreglaba para subir los haces de varas con su hocico y sus patas a lomos de los caballos.

Llegaron apresuradamente a la parcela con las primeras cargas de leña, y repartiéndolas en numerosos y pequeños montones entre los surcos les prendieron fuego. Y tomando las palmas que habían traído Almadena abanicó las fogatas para darle calor a las plantas atacadas por la helada. Entre tanto, el perro tomó en sus fauces las bridas de los caballos y se los llevó al monte a seguir trayendo leña. Iba y venía con cargas y más cargas mientras el viejo seguía alimentando las hogueras y abanicándolas con las palmas para contener los efectos del frío.

Cuando se juntó una considerable cantidad de leña comenzaron a relevarse el uno al otro, y por una semana, descansando apenas, echados entre los surcos de la parcela, alimentaron las hogueras día y noche hasta que pasó la helada.

Cansados contemplaban los estragos en la parcela un mediodía. La cosecha ya no sería magnifica o abundante, pero todos sus cuidados podían hacer que aún fuera buena.

Pronto los maizales se llenaron de mazorcas y los frijoles comenzaron a echar unas hermosas vainas. El viejo y su perro comenzaron a coger elotes tiernos en sus guangoches para redondear sus comidas, asándolos y cubriéndolos de crema y queso que fabricaban con la leche de la vaca y

de las cabras.

Satisfechos miraban madurar la cosecha, mas las desgracias aún no habían terminado para ellos.

Una tarde notaron que la belleza de su siembra mermaba, y acercándose a examinar las plantas, notaron apurados que los maizales se habían cubierto de gusanos eloteros y los frijoles de gorgojos.

El can sin nombre empezó inmediatamente a quitar los gusanos con su hocico, mas su amo le indico:

–Amigo mío, para combatir estas plagas necesitamos aceite y polvo de higuerilla. Tú te encargaras de buscar las higuerillas, las traes al terraplén de la casa, las pones al sol y cuando estén bien secas las mueles sobre el suelo hasta hacerlas polvo y se lo echas al frijol donde veas gorgojo, yo entre tanto llevaré unas reses a la Nopalera para venderlas y comprar aceite para los gusanos.

El perro se internó en el monte para buscar las higuerillas y colocándolas sobre la roja y fina tierra las puso a secar, afortunadamente las lluvias habían pasado y las plantas secaron muy pronto con el sol y procedió a molerlas, y llevando el polvo al sembradío lo echó con regularidad sobre el gorgojo. Mientras su amo se ausentaba el can también se hizo cargo de alimentar y cuidar a los animales así como de las demás faenas del rancho.

Por su parte Almadena tomó un par de reses del potrero y fue arreándolas hacia la Nopalera.

El ranchero y los animales caminaron durante horas por el matorral secano. El viejo iba ojo avizor por la vereda bordeada de cañadas. Los asustados cebúes apenas se atrevían a caminar, por lo que tenía que arrearlos y azuzarlos continuamente, aunque cuidando de no espantarlos para que no se despeñaran. Avanzaba lenta y penosamente; pese a haber salido muy de madrugada a la puesta del sol apenas consiguió llegar al río. Allí, sus peores temores se confirmaron, el Taracatío estaba muy crecido por las recientes lluvias y en ese punto era imposible vadear sus caudalosas aguas.

El viejo se encaminó río abajo hacia la laguna, esperaba que allí las aguas estuvieran bajas y calmas para poder cruzarlas. Anduvo toda la noche por la orilla del río y contempló el amanecer hermoso y dorado extenderse por la laguna en completa calma y allí por fin el ranchero y sus reses pudieron cruzar.

Apresurando el paso, consciente de que el tiempo apremiaba, remontó el río y para la noche ya se encontraba en la ziranda del descanso. Aquella

vez el viejo siguió de largo y con un nuevo amanecer llegó molido hasta la Nopalera. Allí vendió el par de cebúes, se dirigió a la tienda y con parte del dinero compró tres grandes tinajas de aceite que amarró firmemente a su caballo.

Emprendió el regreso sin detenerse a descansar. A lo lejos, sobre los cerros, por lo alto del río, contempló las nubes negras cerrarse y comenzar a diluviar. Almadena aflojó la rienda de su caballo y espoleándolo se lanzó a galope tendido metiendo su mano entre dos tinajas para que no entrechocaran y se rompieran.

Con su mano machacada por los golpes, siguió cabalgando decidido a ganarle a la crecida, no tenía tiempo de llegar a la laguna, la crecida llegaría allí antes que él y la haría invadeable, tenía que cruzar el río caudaloso sobre el camino. Con esto en mente logró llegar a todo correr hasta el río y sin detenerse, espoleó a su caballo que echándose al agua comenzó a nadar con dificultad por la rápida corriente, y al llegar a la mitad del mismo sintió el trueno de la crecida caer sobre él revolcándolo. Con gran trabajo el caballo trataba inútilmente de ganar la orilla opuesta. El viejo aferraba las tinajas dispuesto a soltar su vida antes que el aceite cuando distinguió una forma pinta y veloz como el rayo que brincaba hacia él. Era su perro, que tomando en su hocico las riendas del caballo, nadaba tirando con toda su fuerza mientras a ratos el agua embravecida los hundía completamente. Avanzando metro a metro, lograron al fin ganar la orilla, habían perdido una tinaja pero con suerte dos serían suficientes.

El perro había contemplado la lluvia sobre el Cuirindal y temiendo que la crecida agarrara a su amo en el río, había corrido a toda velocidad llegando allí en unas cuantas horas y a tiempo para salvarlo.

Una vez en el rancho, después de tomar un ligero almuerzo y una siesta, llevaron el aceite a la parcela y comenzaron a echarlo a los gusanos. Allí estaba también el polvo de higuerilla, que había sido aplicado a los frijoles con tanto tino, que éstos estaban ya casi libres de gorgojo. Todos los días el par de amigos vertía el aceite y el polvo de higuerilla sobre la parcela hasta que, en poco tiempo, lograron acabar con las plagas y de nuevo contemplaron sus siembras erguirse sanas y orgullosas al atardecer.

Los amigos veían su parcela estragada, la cosecha tal vez sería apenas suficiente, pero estaban felices y satisfechos pues su arduo trabajo aún les permitiría mantener dignamente el rancho.

La visión del monte.

Había llegado la calma, aún faltaba un par de semanas para cosechar y los animales estaban gordos en los establos. Ahora tenían tiempo de jugar de nuevo, de salir de caza y pasear por el rancho. Iban a nadar en el arroyo

por las tardes, emprendían largas caminatas a pie y a caballo, y en una de ellas subieron al cerro de la Mesa, desde donde contemplaron orgullosos la hondonada del rancho, sus hermosas parcelas doradas quebrándose en sienas y ocres destacando sobre la fértil tierra colorada, los animales numerosos con sus crías en los potreros y la humilde belleza de su casa de varas cubierta con pasto seco que parecía coronar con oro su sencilla cabeza, el aire transparente, el cielo azul intenso y los cerros rodeando majestuosos al Rancho Escondido como si quisieran proteger su campirana hermosura para siempre.

Los dos amigos contemplaban la tierra trabajada por sus manos escuchando el dulce cantar de mil pájaros distintos: mulatos, clarines, cenzontles, gorriones, jilgueros y primaveras entonando una sinfonía de adoración al campo, el furtivo armadillo corriendo repentinamente de un agujero a otro, los graznidos de paitas, chachalacas, huilotas y calandrias, los alegres colores de los pájaros adornando la espesura de zirandas amarillas, prietas y plateadas de enormes raíces retorcidas cual manos crispadas aferrándose amorosamente a la tierra, los pericos devorando el fruto de los bonetes, el tímido venado abrevando a la orilla del Cascabel con su eterno y rítmico campaneo acuático y el atronador timbal del río a lo lejos, los montes cubiertos de sirián, madroño, guaje, tepeguaje, capiro, acebuche y demás árboles, arbustos y plantas maravillosas, el gruñido malhumorado del tejón, los mangos, anonas, platanares, mameyes y guayabos salvajes cubiertos de golosinas que tal vez acompañarían su cena con miel silvestre esta noche.

¿Cómo no amar un mundo de maravillas como éste y desear que exista para siempre, para que ambos amigos puedan gozar de él hasta su muerte y después de ella hasta la eternidad?

El hermoso Rancho Escondido, escondido del mundo para que en su lejanía quizá sea respetado como algo remoto y sagrado al que no llegará jamás la absurda devastación de los asentamientos humanos.

Solos los dos con la conciencia del deber cumplido en la calma antes de la cosecha, para que al fin aquí pueda existir eternamente el afecto que rebasa lo meramente humano, lo puramente animal, y se desarrolle en la amistad profunda entre un perro y su amo, entre un hombre y su tierra, entre la tierra y todo lo que está vivo y que desde esta cima se extiende sobre el mundo desde el rancho más escondido de la tierra, hasta que esta comunión alcance a todas las almas de los animales y las plantas colmándolas de alegría ante la maravillosa obra de Dios, y un hombre y su perro puedan salir de sí mismos para contemplarla y contemplarse entretejidos en ella.

Y a pesar de todo, ese momento maravilloso que parecía vislumbrar la eternidad debía terminarse. Mas lo que habían contemplado y entendido ese día, ese amor total que sentían, jamás lo olvidarían, seguiría anclado

en ellos como la sabiduría eterna de sus almas que rebasa cualquier percepción y cualquier conciencia, y un hombre y su perro se contemplaban llorando el uno al otro sin tener que decirse inútiles palabras, porque en su mutua comunión con todo lo que existe habían atendido la llamada del creador a través de la naturaleza, y esta los acompañaría y los guiaría para siempre.

Llegó la tarde y sus hermosos colores transfiguraron aquella belleza que sin embargo nada había perdido, transformándose sin mermar, jugueteando con los colores danzantes del sol agonizante. Y el cielo se puso oscuro y se cubrió con un millón de estrellas y las lechuzas, los pájaros nocturnos, el lejano aullido del coyote, el rugido del puma en la montaña, los plateados y azules de la noche, el canto de los grillos y el croar de las ranas, les demostraron que la noche es tan hermosa como el día y que aunque todo cambie, sigue manteniendo su belleza. Porque esa noche, aún después de caer dormidos, fue una de las más felices de sus vidas.

Cuando amaneció, Almadena y su perro se miraron a los ojos conscientes de haber compartido una revelación maravillosa.

–Qué bueno que no hables –pensó Almadena– pues lo que vivimos ayer está más allá de las palabras.

Y regresaron al rancho henchidos de felicidad para preparar la cosecha.

La Cosecha.

El viejo y el can sin nombre comenzaron con los preparativos para levantar la siembra.

Almadena instruía a su perro, que lo escuchaba atento y maravillado, en las faenas del campo; feliz de poder transmitir a alguien la vieja sabiduría campirana de su padre.

–Eres como otro hijo para mí – decía el hombre lleno de orgullo.

Construyeron plataformas de varas, eloteras y tamices para separar el maíz y el frijol en el terraplén, frente a la casa de varas. El ganado estaba gordo y robusto y apartaron una yunta de cebúes y prepararon a los caballos para las cargas. Revisaron y remendaron los costales y se encaminaron afanosos a las parcelas.

Una vez allí, recorrieron los surcos con los guangoches colgando del cuello, arrancando las vainas enteras de frijol que iban llevando hacia los caballos y los bueyes cargándolas terciadas sobre éstos en grandes anegas. Repitieron esta labor varios días con los dedos llenos de cortes y de ampollas hasta que finalmente dieron cuenta de esta tarea. Y

amontonando las anegas de frijol en el terraplén emprendieron la cosecha del maíz. Llegaban muy de mañana a la parcela equipados de sus guangoches y verduguillos con los que cortaban las hojas de la mazorca, que luego desprendían y echaban en el guangoche. Cuando éste se llenaba, vertían su contenido en los costales formando anegas que, al fin de la jornada, cuando el sol se ponía, terciaban sobre los animales para llevarlas al terraplén a secar.

El duro trabajo los llenaba de satisfacción y agotamiento, era muy bonito ver cómo secaba el maíz frente a la casita de varas. Almadena se enjugaba el sudor y su perro jadeaba, y entonces el viejo solía decir:

– ¡Mira qué chula nuestra cosecha que tanto empeño nos ha costado! Todo lo bien habido se disfruta más amiguito.

Y el can, conmovido por sus sencillas palabras, trabajaba aún más contento. Por lo que al poco tiempo los dos amigos se dispusieron a desgranar el frijol.

Echaban las vainas de los costales en plataformas de varas y procedían a varearlos, Almadena con la rama entre sus manos y el perro con la suya entre los dientes arremetían contra las vainas hasta que éstas se abrían y el frijol caía de ellas. Hecho esto, ponían el grano sobre un tamiz y lo escogían para meterlo en las anegas ya limpio, las amarraban y las llevaban a guardar al granero, y con el abrojo del frijol formaban pacas que llevaban a la troje para la engorda de sus animales.

Al terminar esta labor, los amigos comenzaron a desgranar las mazorcas secas en eloteras y a llevar anegas de maíz hacia el granero, los olotes restantes los llevaban a la troje para alimentar a las aves de corral.

La cosecha resultó decente, les alcanzaba para sembrar y vender una buena parte de ella, con provecho, en la Nopalera. Su última labor fue limpiar el terreno con azadones y recoger el rastrojo que también transportaron a lomo de bueyes a la troje para usarlo más tarde como pastura.

Acto seguido, separaron a los animales gordos de sus reproductores y las crías para llevarlos a vender al pueblo.

Ya todo estaba listo, cargaron a los cebúes con la cosecha y Almadena y su perro emprendieron el viaje hacia el pueblo.

Viaje a la Nopalera.

El camino era difícil y lento. El viejo iba a caballo tras las reses y el perro corría del frente a la retaguardia, según hubiera que arrear o frenar a los animales. Iban con calma y cuidado, pues la estrecha vereda los obligaba

a conducir el ganado con prudencia para que éste no se despeñara.

A la puesta del sol hicieron alto, encendieron una buena hoguera para ahuyentar a las alimañas y tomaron turnos para hacer guardia contra los coyotes y los pumas.

Así, avanzaron lento pero seguro hasta llegar al río en tres jornadas. Allí los esperaba otra muestra del rencor y la malicia humana.

Los dos bandidos que habían escapado al asalto de Rancho Escondido, ansiosos por vengar la muerte de sus cuatro hermanos fallecidos en el frustrado ataque, acechaban al viejo para robarlo y matarlo.

Una veintena de hombres a caballo comandada por los dos bandoleros salió detrás de ellos, y aprisionándolos contra el río abrieron fuego. El can sin nombre salió disparado hacia ellos y Almadena galopó veloz entre las reses con dirección al río y el perro al ver huir a su amo arremetió contra los malhechores para darle tiempo de escapar.

Los dos jefes tronaron en carcajadas y gritaron:

– ¡Ahora sí te llegó tu hora viejo miserable! ¡Así te queríamos agarrar! ¡Lejos de tu rancho embrujado!

Los ladrones encabritaron sus caballos saboreando y prolongando el momento de su venganza, cuando uno de ellos, el que reía con más fuerza y maldad, cayó de su caballo con el rostro herido por las fauces de un can. Los asaltantes abrieron fuego en todas direcciones mientras uno tras otro seguían cayendo de sus caballos, arrastrados por las mordidas del perro.

Los bandoleros cargaron furiosos disparando sus armas que sonaban como mil truenos, cuando, a la orilla del río, se escuchó el prolongado silbido de Almadena llamando a su perro para que volviera presto a su lado, ya con él en brazos azotó fieramente al ganado con el arreador, y éste, asustado, salió en estampida rumbo a los bandidos que trataron de darse vuelta y salir cabalgando; pero ya era tarde. Los golpes, silbidos, chasquidos y gritos que soltaba Almadena como un poseso cayeron sobre ellos arrastrando la masa de cebúes, que sin darles tiempo de escapar, los aplastó completamente.

El viejo desmontó de su caballo y revisó a los jinetes caídos, sólo había un sobreviviente, un hombre con el rostro desfigurado por los dientes del can sin nombre y con una pierna aplastada y deshecha por las pezuñas de las reses, quien gritó furioso al ver acercarse al ranchero:

– ¡Me vengaré! ¡Maldito viejo del demonio! ¡Te juro que me vengaré!

Al oír aquella amenaza, el perro se abalanzó sobre él para rematarlo, mas el ranchero lo contuvo con su brazo y le dijo:

–Amigo mío, éste ya no puede hacernos daño, no lo lastimemos sin necesidad.

Y el viejo lo cargó sobre su hombro, lo montó en su caballo y lo llevó con ellos a la Nopalera para que atendieran sus heridas.

Almadena cruzó el río con su perro y sus animales, llevando del bozal a su caballo con el maltrecho bandido tendido sobre la silla. Caminaron sin pausa hasta llegar a la ziranda del descanso pasándola de largo mientras el viejo pensaba:

–Otra vez será, ahora no podemos detenernos.

Y siguieron andando hacia el pueblo, pues convenía que el magullado bandido fuera atendido cuanto antes.

Al llegar a la Nopalera, casi a la media noche, el grupo se dirigió a casa del médico y allí dejaron al herido.

–Señor Doctor, aquí le dejo estos pesos para que cuide de este hombre. Lo encontré tirado al lado del camino, junto al río.

El malhechor herido tomó a Almadena del brazo, acercó con dificultad su boca al oído del viejo y siseó con odio:

–Mejor quiero la muerte que tu piedad, mátame ahora o te pesará. Sin una pierna y con el rostro destrozado ya no quiero vivir.

– ¡Basta! –Contestó Almadena– yo soy un hombre de paz y ya he causado demasiada muerte, no me pidas que cargue también con la tuya en mi conciencia.

El viejo salió a la calle seguido de su perro y angustiado le habló así:

–Sé que este hombre jamás nos dejará en paz, pero no puedo matarlo ni entregarlo a la justicia. ¡Dios mío! –Gimió llevándose las manos al rostro– ¿Te acuerdas de lo que entendimos aquella vez en la cima de la Mesa? Y a pesar de eso, hemos matado a diecinueve hombres…

Se dirigieron al mesón en medio del silencio y pasaron la noche en vela, atenazados por los remordimientos.

Al día siguiente, pasmados por el dolor, llevaron lo que quedaba de las reses y la cosecha a vender.

La mitad de los animales había muerto en la estampida y por los balazos de los cuatreros, y tres cuartas partes de la cosecha se había perdido pisoteadas por el ganado. Con lo que sacaron de la venta apenas les alcanzaría para no morirse de hambre.

La noche oscura del alma.

Después de vender la cosecha y los animales, Almadena y su perro se dirigieron atormentados a la Iglesia y el viejo penetró en ella gritando con voz quebrada por los remordimientos:

– ¡Padre, Padre! ¡Queremos confesarnos! ¡Hemos matado a diecinueve hombres!

El viejo Cura salió alarmado por el griterío y exclamó:

– ¡Silencio! ¡Más respeto para la casa de Dios! Cuéntame con calma qué pasó.

–Ayer matamos a diecinueve hombres, más otros cuatro que matamos en el rancho –contestó Almadena en un lamento.

– ¿Tú y quién los mataron? –preguntó el Cura impactado.

–Yo y mi perro –dijo el viejo señalando al can que aullaba lastimosamente a su lado.

El Cura se puso furioso pensando que se burlaba de él y levantando su bastón lo descargó con ira sobre la cabeza de Almadena vociferando:

– ¡Largo de aquí blasfemo! ¡Vete y no regreses!

Y a bastonazos sacó al viejo de la iglesia cerrándole la puerta de golpe en sus narices.

Almadena y el perro arañaron el portón de la Iglesia llenos de dolor, pidiendo perdón, hasta que cansados y con las manos sangrantes comprendieron que era inútil. Y derrotados y tristes, emprendieron el camino de regreso a Rancho Escondido.

Caminaban cabizbajos cuando empezó a llover, parecía que hasta el cielo los maldecía. El paisaje lucía gris como sus almas, enfangado, triste y silencioso con el silencio horrible del vacío. Iban ya sin carga alguna sobre ellos o sobre el caballo, ligeros y libres los cuerpos, pero con los corazones pesados como piedras que quisieran arrastrarlos hacia abajo hasta

hundirlos tan profundamente en el fango que atravesaran la tierra entera hasta llegar a las entrañas del infierno.

El viejo regresó desesperado hasta la Iglesia y allí sacó de su bolsillo los pesos de plata que parecían quemar su mano cual si fueran las treinta monedas por las que Judas vendió a Jesús, y asqueado las arrojó en las escaleras del Templo.

La lluvia empapaba sus cuerpos como la sangre empapaba sus conciencias. ¿Qué había sido de esa hermosa visión? Ahora todo era una desesperación tan negra como la noche más oscura del alma, marchaban enfangados hacia el rancho cual si se dirigieran al hocico repugnante de un coyote, caminaban como fulminados por el trueno, andando bajo el cielo encapotado sin notar si era de día o era de noche. Pasaron por la ziranda del descanso sin descanso. Ni en el momento más terrible de su faena, ni en las plagas, las heladas, el incendio, las heridas, los implacables arreos y la preocupación por el destino del rancho, habían sentido una desesperación tan negra como ahora.

Cruzaron el río, insensibles a sus heladas aguas, como si éste fuera incapaz de ahogarlos más de lo que los ahogaba ese nudo que atenazaba sus gargantas. Volvían asesinos y derrotados al rancho más escondido del orbe, para que en medio de la nada pudieran hundir su cabeza hasta el fondo de la roja tierra para ocultarse para siempre de la luz y el mundo. Las cañadas y los desfiladeros se abrían a su paso como si caminaran sobre el filo de una guadaña prestos a despeñarse para siempre, contemplaban la hondonada como un pozo vacío y negro, los cerros eran colmillos fracturados y el rancho una boca negra y hambrienta que los esperaba para devorarlos. Y ellos marchaban a su condena, arañados por los árboles desnudos y espinosos del final del otoño, y tan horrible como parecía el paisaje, no lo era más que la profunda culpa que los embargaba.

Pasaron por los potreros, el establo y el corral, todo estaba en silencio, como si todos los animales y todo lo vivo les diera la espalda y se marchitara para no tener que florecer para ellos, como si todo el rancho oliera la sangre que los impregnaba.

Cansados y derrotados cayeron como piedras en el petate, por primera vez alejados el uno del otro, como si cada cual fuera un reflejo del crimen del otro y no pudieran soportar su mutua cercanía. Esa noche continuó la pesadilla, tan sin cambio alguno que no sabían si estaban dormidos o despiertos.

Invierno.

Durante el invierno hay poco qué hacer en Rancho Escondido. No es tiempo para sembrar, los animales han sido vendidos casi todos y los que

quedan aún no han comenzado a reproducirse; El granero y la troje están repletos de pastura de los remanentes de la cosecha, por lo que no hay necesidad de llevar el ganado a la hondonada.

Esta es una época para efectuar reparaciones en el rancho, para dar mantenimiento a los aperos y construir nuevos. Pero Almadena y su perro apenas se ocupan de hacer lo mínimo indispensable, se están comiendo el grano que es para sembrar, han comenzado a comerse uno que otro de sus animales reproductores y el rancho sin futuro vegeta y agoniza. Quizá para la primavera quede poco que criar o sembrar.

El rancho se muere porque el viejo y su perro no han podido perdonarse.

Estos tres meses de escaso trabajo, pasan con la lentitud del ocio y de la angustia, Almadena guarda silencio y su perro ha dejado de buscar su compañía. Sólo dejan el jacal para alimentar y atender brevemente a sus animales. El tiempo se prolonga en el interior de la casa, los amigos, juntos pero lejanos, yacen uno a cada orilla del petate, incapaces de brindarse mutuo consuelo. Sólo queda la esperanza de que este tiempo lento les haya dado ocasión de curar sus heridas.

Primavera en Tierra Caliente.

El monte se cubre de dalias, magnolias, orquídeas, clavellinas, madroños, laureles, colas de león, casahuates, guácimas, amapolas y maravillas; llegan de nuevo los cantos armoniosos de las aves, la riqueza del cenzontle, el trino de la primavera y el mulato, el gorjear de la calandria y la dulce melodía del clarín En los corrales, establos y potreros comienza el ruidoso cortejo de los animales y la vida continúa. El perro mira de nuevo a su amo con dulzura, sus ojos le dicen que en su rancho cohabita lo bello y lo terrible, que no todo es bueno o malo, sino que ambas caras de la moneda coexisten juntas en el corazón de su tierra y en el de ellos. Le dice que además de las muertes existe la bondad, que han vivido juntos tragedias y alegrías y que ha llegado el momento de aceptar ambas y seguir adelante.

–Amigo mío –solloza el viejo– tienes razón, perdido en mi desesperación no supe ver que aún tenía tu cariño. Disfrutemos de nuestras alegrías y suframos nuestras penas. Matamos a mucha gente, pero a uno lo salvamos y lo perdonamos, aceptemos pues que somos imperfectos y capaces de hacer el bien o el mal y de decidir por cuál de ellos lucharemos.

Aunque quizá ya era tarde para salvar el rancho, Almadena y su perro pusieron manos a la obra, lastimados en parte, en parte agradecidos. Cuidaron mucho de los animales y del grano para la siembra y no volvieron a comerlos. Salían por las tardes a cazar, a buscar capires, mangos, ciruelas, mameyes, anonas, bonetes y demás frutos que nacían

salvajes en el monte, a revisar los árboles en busca de panales con miel silvestre. Procurándose así el sustento para no cargar más a su rancho herido. Y éste sobrevivía y se afianzaba. Los animales comenzaron a multiplicarse y las semillas yacían tranquilamente en el granero.

Llegó la época de sembrar y los amigos se llevaron a los caballos para ayudarlos en la tumba. Escogieron con cuidado el lugar para la parcela, Almadena probaba con la boca la roja tierra y chupándose un dedo lo levantaba al aire para encontrar un lugar protegido del viento que fuera el idóneo para su siembra. Cuando lo hallaron, emprendieron inmediatamente la faena con hacha, machete y azadón, seguidos por los caballos en los que iban terciando la maleza. Ahora eran más hábiles como equipo, se habían compenetrado tanto, que cada uno hacía rendir más el trabajo del otro. Eso y la ayuda de los caballos hicieron la tumba mucho más rápida que el año pasado y la tierra pronto estuvo limpia.

El viejo y su can, frente a frente, trazaban surcos, cada uno guiando a un caballo tirando de un arado. De manera que esta labor también fue más veloz y los surcos más altos y rectos.

Una vez hecho esto transportaron las semillas y las tarecuas sobre los lomos de sus animales y comenzaron la siembra. Cavaban cada agujero con gran cuidado de que su profundidad fuera adecuada y depositaban con sabiduría y tiento cada semilla para sacar el mayor provecho de su escasa provisión.

Los animales en corrales, establos y potreros seguían teniendo crías y su número lentamente comenzó a recuperarse Los amigos los llevaban a pastar a la hondonada y alegres atendían al ganado mientras esperaban las lluvias que se retardaban.

El último triunfo.

Una mañana encontraron los potreros llenos de sangre, faltaban dos becerros. Buscaron rastros de lo ocurrido y dieron con las huellas de un puma. Estrecharon su vigilancia en el potrero y entonces el felino atacó los corrales llevándose varias gallinas.

Pronto se dieron cuenta que entre los dos no se daban abasto para vigilar y seguían perdiendo animales; así que los amigos, preocupados por la lluvia que tardaba y por la pérdida de animales, cuyo número apenas empezaba a recuperarse, se internaron en el monte para cazar al puma.

El perro seguía su rastro desde los potreros trepando entre los matorrales y husmeando el suelo con el hocico, seguido por Almadena con su carabina presta y el machete ceñido a la cintura. Se desgarraban la piel entre arbustos y espinas buscando el cubil en lo más alto y recóndito del monte. Por fin dieron con él. El felino no estaba, Almadena subió a una

parota a contraviento del cubil y esperó con la carabina entre sus manos acechando su regreso.

–Ten cuidado amigo mío –indicó al can, – ocúltate entre los arbustos para que no te vea.

Mas, el puma regresó a su guarida por detrás de los amigos muchas horas después, con el viento soplando de ellos hacia él y ni el perro ni su amo no lo sintieron venir, mientras que la fiera se había dado cuenta perfectamente de su presencia.

El puma se acercó sigilosamente a la parota sobre la que Almadena cabeceaba de sueño trepando en silencio por su tronco, hasta que ya muy cerca del viejo, saltó sobre él derribándolo de la rama. El perro reaccionó inmediatamente echándose sobre el felino y arrancándole su presa. Éste volteó furioso azotando las garras contra las costillas del can. Almadena los miraba sin atreverse a disparar por temor de herir a su amigo, y arrojando su carabina al suelo tomó el machete, y levantándolo por detrás del puma, lo descargó sobre su cabeza. En ese momento los animales en lucha rodaron por el suelo y la afilada hoja sólo alcanzó a llevarse de un tajo la oreja del felino, que furioso giró extendiendo sus zarpas hacia la garganta del ranchero. Las garras pasaron rozando su cuello, pues en el último instante el perro consiguió morderlo por la cola y sujetarlo. Almadena descargó de nuevo su machete hiriéndolo en el pecho, mas el gato se debatió exasperado arrancando el arma de manos del ranchero y consiguiendo zafarse de las fauces del can, sus garras se estrellaron de lleno contra la cabeza del perro, derribándolo. Éste, con sus últimas fuerzas, tirado panza arriba en el suelo, aferró por la garganta al león de montaña, que rabioso hundió a su vez los colmillos en la del can, y ambos sacudieron las cabezas ferozmente desgarrándose mutuamente en un mar de sangre. El viejo se encontraba desarmado, más sintiéndose desesperado ante el trance mortal en que se encontraba su amigo, desarraigó una pesada e inmensa roca del suelo y la estrelló con todas sus fuerzas contra el cráneo del puma, rompiéndoselo en mil pedazos y terminando con él.

Almadena se acercó temblando a su perro inconsciente buscando heridas en su cuerpo, y terriblemente asustado, comprobó que no tenía ninguna.

El ranchero tenía sólo algunos arañazos y cuando el can despertó, arrastraron juntos el cadáver del felino hacia la casa.

–Amigo mío ¿Cómo es posible que no estés herido? –Preguntó incrédulo el viejo.

Su perro se encogió de hombros y meneó la cola.

– ¡Ja, ja, ja! –estalló Almadena– Tienes razón ¿A quién le dan pan que llore? Estás bien y eso no hay que cuestionarlo.

En la casa despellejaron al puma poniéndolo a asar en el fogón y el viejo aseveró guiñando un ojo:

–Carne es carne, él se comió nuestro ganado y nosotros nos lo comeremos a él.

Salaron la carne sobrante de la fiera y con ella vivieron algunos días, lo que les ayudó a dejar a sus animales recuperarse.

Pero las lluvias no venían, cada mañana el ranchero oteaba preocupado el cielo transparente y azul. Su perro lo miraba triste con las orejas gachas y la cola entre las patas. Cada día de sequía oscurecía más el ánimo de Almadena y resecaba más la tierra de las parcelas.

–Ya no va a llover amigo –resonó la voz pastosa y ronca del viejo. – ¡No sé para qué gasté mis ahorros de toda la vida en este rancho maldito! Con razón mi padre murió arruinado aquí cuando yo tenía siete años, este lugar no le dio ni para que yo terminara la escuela, este rancho lo mató y nos separó cuando yo aún era un niño. Y yo que vine aquí –gimió Almadena– para recuperar una parte de la vida que no tuvimos juntos. ¡Aquí murió mi madre al parirme! Si no hubiera estado perdida en medio de la nada quizá un doctor podría haberla salvado. Este lugar me arrebató a mis padres y mi vida, y ahora también quiere arrancarme la existencia.

El ranchero tomó un hacha y comenzó a derribar cercas y paredes, rugiendo de impotencia y desesperación, mientras su perro lo contemplaba llorando asustado e infinitamente triste.

Cuando Almadena, agotado por el dolor, cayó dormido, el can sin nombre salió a la noche, y con mucho esfuerzo reparó los estragos que había causado la furia de su amo. Al amanecer, el perro se marchó al arroyo y lo contempló pensativo, calculando la fuerza del agua, la pendiente y la distancia, y una vez que hubo trazado su plan comenzó a cavar con sus patas a la orilla del Cascabel.

Día y noche el perro excavaba mientras Almadena, desanimado, preparaba el equipaje para marcharse para siempre de Rancho Escondido.

Una semana después, cuando el ranchero había acabado de subir sus cosas a la carreta y terminaba de uncir los caballos a ella, llegó el perro. Almadena sin hacer caso de nada no había reparado en su ausencia. El perro, lleno de barro, tiró con los dientes de la camisa de su amo y éste,

renuente, lo siguió hasta la parcela.

Un largo y profundo canal se perdía a lo lejos, venía lleno de agua que regaba las siembras cuyos retoños empezaban a brotar.

Almadena estalló en llanto y cayó de rodillas abrazando a su perro y exclamando entre sollozos:

– ¡Amigo mío! ¡Eres como mi padre! A pesar de todo él nunca se dio por vencido. –Y tomando en brazos a su agotado amigo lo llevó hasta el jacal.

Esa noche el viejo soñó con su padre, que con lágrimas en los ojos lo contemplaba orgulloso.

–Sigues aquí hijo mío, poco a poco vas descubriendo el amor por la tierra y te afanas con cariño en hacerla fructificar.

–Pero padre –contestó Almadena en su sueño– si desde que llegué no he obtenido nada de este rancho, si no fuera por la ayuda de mi perro ya lo había arruinado o me habría muerto.

Su padre rió dulcemente y replicó:

–Hijo, yo también tuve ayuda y a pesar de eso morí antes de que pudieras acabar la escuela.

El ranchero sintió cómo su sueño se rasgaba y escuchó el grito lejano de su viejo:

– ¡Cuida del perro, quiérelo mucho!

La luz de la mañana despertó a Almadena y se puso a pensar en su propio hijo. Se querían mucho, pero él estaba lejos haciendo su vida, siguiendo su propio camino, ya no lo necesitaba, ahora tenía una familia y una profesión que él le había dado con cariño.

–Amigo mío –dijo al can– mi hijo es gente de ciudad, nada sabe del campo ni le interesa. A mí en cambio, a pesar de haberme marchado de aquí con seis años, éste me robó el corazón para siempre. No importó que haya pasado más de sesenta años en la cuidad, nunca pude olvidar que este era el lugar al que en verdad pertenecía. Por las noches no podía dormir sin el canto de los grillos, el croar de las ranas, el ulular del tecolote y el rumor de las aguas cercanas. Algo me faltaba sin la tierra entre mis manos, contemplando sólo el concreto aprisionando gris e implacable la tierra roja y palpitante. Fue creciendo en mí el sueño de tener un día un rancho, el rancho escondido y olvidado de mis más tiernos años. Mi hijo es gente de ciudad y sus perros son mascotas mimadas, no sabe lo que es un verdadero perro de trabajo, un amigo cuya vida

depende de ti como la tuya de él, mi hijo es gente de ciudad y aunque me ama, no me comprende y piensa que soy un viejo loco que ha gastado todos los ahorros de su vida para venir a morir en este rancho. Sólo mi padre y tú me han comprendido.

– ¿Comprendido? –Pensaba el can– entiendo cómo te sientes, pero nada de lo que dices tiene sentido…

–No compré este rancho para morir en él, lo compré para realizar finalmente mi destino y actuar como lo que he sido toda mi vida, un campesino.

Y pensando en su hijo Almadena comenzó a tallar una guitarra para él, una como la que en cierta ocasión le hiciera su padre. Y que serviría un día para recordarle sus orígenes y unir a las tres generaciones.

El par de amigos salió muy alegre a realizar la faena del día, los animales seguían teniendo muchas crías y éstas crecían y engordaban. El rancho estaba de nuevo bien encaminado, mas eso no era lo esencial. Lo más importante era despertarse todas las mañanas con el canto del gallo, cuidar de los animales, atender a las siembras y sentir que juntos realizaban una labor que amaban, sentir la vida palpitante y frágil del rancho alimentarse con su afán, entretejerse en el paisaje y bañarse en el arroyo, conocer el monte para amarlo y profesar afecto a todas las plantas y animales que compartían con ellos este rincón del mundo. Los frutos de la tierra eran en realidad la felicidad y comunión que sentían entre ellos y hacia ella. La tierra amada acrecentó sus frutos y por fin levantaron una magnífica cosecha. Los animales se multiplicaban y engordaban y el amor a la tierra se vio finalmente correspondido por el amor de la tierra hacia ellos. Y como si fuera una fiesta dorada transcurrió el otoño, llenándolos de granos dorados puestos a secar al sol, de tesoros infinitos de maíz en los que se sumergían y nadaban como si fueran los seres más acaudalados de la tierra bañándose en oro.

La revelación del monte se acrecentó y se desbordó, y habiendo amado a la tierra se convirtieron en dignos de ser amados por ella y el agua prístina del arroyo los lavó de todas sus culpas cual si fueran bautizados de nuevo. Todo el rancho se convirtió en belleza, pasaban los días y este sentimiento de felicidad no remitía, percibían su lugar en el universo cerniéndose a la tierra, tan cerca de ella finalmente que a través de ella fueron bendecidos y se encontraron de nuevo tan cerca de Dios que distinguían casi el entramado inextricable de su creación y escuchaban su voz en el millar de acentos de aves y animales y el susurrar del viento entre las ramas, para que al fin un día yazcan dormidos embriagados de felicidad. Y la amistad y el logro de un hombre y su perro, que no pudieron dañar el clima, ni las plagas, ni la sequía, ni las fieras, ni la adversidad, ni la tristeza, ni la más negra miseria, caiga al fin herida por el machete que sostiene un hombre cojo y con el rostro desfigurado, más

desfigurado por su macabra risa que por las fauces de un perro, y que descarga dos veces brutalmente sobre Almadena carcajeándose como un demonio enloquecido.

– ¡Te lo dije viejo maldito! ¡Te dije que me vengaría!

Entonces el perro despertó de golpe y desencadenado hizo trizas al atacante. Aullando de dolor comprendió que su amigo necesitaba un médico y que él solo no podría salvarlo.

El viejo herido contempló asombrado al can sin nombre mientras esculcaba en el arcón desesperado y sacaba de él un lápiz y un papel.

– ¿Qué haces amiguito? –preguntó débilmente Almadena al perro que echado en el suelo parecía garabatear una carta.

–Escribo al doctor de la Nopalera explicando cómo estás para que venga a salvarte.

– ¡¿Sabes hablar?! –preguntó el viejo sorprendido.

El perro sonrió dulcemente y replicó mientras seguía escribiendo:

–Sería muy extraño que sabiendo escribir no supiera hablar ¿No te parece?

El viejo, que perdía mucha sangre a causa de sus heridas, por primera vez dudó seriamente de la realidad y se preguntó si no se habría vuelto loco.

– ¿Quién eres perrito?

– ¡Tú sabes mi nombre! –Aulló furioso el can– fuiste tú mismo quien me bautizó después de salvarme de morir en las fauces de los coyotes cuando era un cachorro. ¿Por qué no me recuerdas? He salvado tu vida incontables veces. ¡Tú eres lo que más he querido en este mundo! –gimió dolorosamente el perro– y un día, sin siquiera decirme adiós, me dejaste. Me abandonaste a mi suerte en este rancho en donde estuve esperándote todos estos años, y ahora ni siquiera me recuerdas.

–Amigo mío –replicó dulcemente Almadena– hace muchos años, mi padre era el arrendatario de este rancho, pero un día en que llegaban los peones para llevar la cosecha y los animales a la Nopalera, fue mordido por una serpiente de cascabel que se escondía en un costal, perdiendo el conocimiento. Los hombres, intentando salvarlo, se lo llevaron a toda prisa. A mitad del camino mi padre recobró la conciencia y preguntó desesperado por su amado perro, hizo todo lo que pudo por convencer a los peones de que regresaran por ti, pero no le hicieron caso creyendo que deliraba por el veneno. Lo llevaron a casa del médico y enviaron por mí a

Zitácuaro. Apenas alcancé a despedirme de él y en sus últimas palabras, me pidió como última voluntad que regresara al rancho a buscarte y a cuidarte. Nunca te olvidó, se murió y ya no pudo volver por ti. Esa noche, al morir mi padre, me encaminé hacia aquí. Pero a mitad del trayecto, los vecinos, que habían notado mi huida, me agarraron y me llevaron de vuelta a Zitácuaro, en donde me metieron en un hospicio y no me dejaron salir hasta cumplir los dieciocho años.

El perro aulló desgarradoramente, tomó la carta con el hocico y se lanzó como un rayo hacia la Nopalera. Atravesó la vereda bordeada de barrancos sin dejar de correr y cruzó el río crecido sin detenerse ni descansar hasta llegar a la casa del doctor. Desesperado, se azotó contra la puerta hasta echarla abajo, se apresuró a la habitación y saltó sobre el lecho del médico despertándolo y depositó la carta entre sus manos.

Éste comenzó a leerla y gritó a su criado:

– ¡Ensilla los caballos, vamos a Rancho Escondido a recoger a Almadena que está herido!

El perro salió corriendo como una exhalación para decirle a su amigo que aguantara, que la ayuda estaba en camino. Corría con todas sus fuerzas, con la lengua colgando completamente fuera del hocico y llegó finalmente ante Almadena que ya agonizaba.

–Muchas gracias amigo mío –dijo el viejo al ver a su can sin aliento– pero ya es tarde, siento que me muero. Apenas tuve fuerzas para escribirle esta carta a mi hijo –agregó mientras estrujaba un papel en su mano.

El perro se derrumbó a su lado en un montón de huesos antiguos y blanqueados y Almadena los abrazó con los ojos llenos de lágrimas y dijo con su último aliento:

–Descansa en paz Sultán, muy pronto me reuniré contigo y juntos iremos con mi padre.

Libro II. Los Almadena.

Paloma.

El corazón de Paloma estaba lleno de sueños, desde el mostrador de la única tienda de la Nopalera miraba a lo lejos entre los cerros sintiéndose sofocada. Recibía a los clientes con un libro abierto frente a ella, leyendo en sus ratos muertos las aventuras de mil personajes de novela.

Era muy instruida, había estudiado con gran cariño y empeño en el colegio de Zitácuaro, mas, al morir sus padres había tenido que dejar la escuela y

venir a trabajar en la tienda de su tío.

En este pequeño pueblo alejado del mundo y donde casi nadie sabía leer, la muchacha no había hecho amigos; reservada y soñadora daba la impresión a los vecinos de ser soberbia.

Un día, cuando se encontraba leyendo un libro sobre un borracho andariego, llegó a la tienda un joven y fuerte campesino que llevaba a vender la cosecha de su patrón.

–Buenas tardes señorita, le traigo el grano de la hacienda de los López.

Paloma levantó los ojos de su libro y dijo:

–Muy bien señor, mi tío me dejó el dinero y el encargo de recibirlo. ¿Es usted Don Almadena?

–Almadena a secas –dijo riendo Juan Luis. – Sólo soy un peón de la hacienda. Por cierto –preguntó curioso. – ¿Qué está leyendo con tanto interés?

–La vida inútil de Pito Pérez. ¿Lo conoce?

– ¡Pues claro! El buen Hilo Lacre. ¡Todo un personaje! –Comentó sonriente. – Era muy borracho el pobre, y en sus últimos días agarró la repugnante manía de cargar con un esqueleto al que presentaba como su esposa. Pero era muy bueno y un gran contador de historias, me temo que si mi amigo Zamudio no tiene cuidado, puede acabar como él.

Paloma lo miraba boquiabierta.

– ¡¿Cómo?! ¿Acaso me está diciendo que lo conoció?

–Sí.

–Yo le preguntaba por el libro, pero es un gusto encontrar a alguien que lo trató en persona. ¿Su vida fue realmente como en la novela?

– ¡Ah señorita! –Respondió Almadena muy colorado. – Eso no lo sé.

–Si quiere puedo prestarle el libro, y cuando lo lea ya me dirá.

Almadena apenado replicó:

–Me da mucha pena decirlo. Pero no sé leer, siempre fui muy pobre y no pude ir a la escuela.

–No se apene, que eso no es ningún pecado. Si quiere puedo leerle un poco después de cerrar la tienda y ya me dará usted su opinión.

– ¡Muchas gracias! –Dijo contento el ranchero. – Aquí estaré.

A la puesta del sol, sentados en una banca del jardín junto al kiosco, Paloma leía la novela a Juan Luis. Éste estaba maravillado de que en un montón de hojas delgadas se encontrara aquel fascinante relato. Así fue oscureciendo poco a poco hasta que se hizo imposible seguir leyendo y los grandes y brillantes ojos de la muchacha se posaron sobre los del joven y le preguntó:

– ¿Qué le parece?

–Es muy hermoso… No encuentro palabras… –Almadena reía y balbuceaba feliz. – ¿Todo eso está escrito allí?

–Así es.

–Usted me muestra un mundo nuevo y más rico, me encantaría poder verla y escucharla muchas veces más, su voz es dulce como los violines de los sones.

– ¡Gracias! –Dijo Paloma sonrojándose. – Pero aún no me ha dicho usted que opina…

–Sólo puedo decirle que la historia que me contó, aunque maravillosa, está incompleta, es la visión que tuvo de él uno de tantos que lo conocieron. En la vida de Jesús Pérez Gaona hubo muchas más cosas, la verdadera riqueza de su historia sólo puede encontrarse en los corazones de toda la gente que lo conocimos y estimamos, en el interior de las cosas que él amaba, en su tierra y en su relación profunda con todo lo que le rodeaba. Ni Pito Pérez, ni ningún otro hombre, cabe en un libro.

–Apenas puedo creer que no sepa leer. Tiene usted alma de poeta.

– ¿Qué es un poeta? –preguntó Almadena curioso.

–Un poeta es alguien como tú –dijo ella. – Que puede percibir el corazón de las cosas.

Los jóvenes se acercaron lentamente y entrelazaron sus manos casi sin darse cuenta. Sentían cómo sus rostros ardían mientras sus miradas se encontraban brillando entre las sombras. Querían prolongar ese momento, pero se quedaron sin palabras ni ideas y soltando suavemente sus manos se dijeron adiós.

La muchacha yacía en su cama con los ojos abiertos, sentía una felicidad inmensa y absurda que no la dejaba dormir.

–Juan Luis Almadena –suspiraba. – ¿Qué me hiciste?

Lejos de allí, en su humilde cuarto de la hacienda, el joven también yacía despierto sobre su petate.

– ¿Estás dormido Zamudio? –preguntó Almadena a su amigo al tiempo que le propinaba un codazo en las costillas.

–Ya no. –Respondió el aguamielero despertando sobresaltado. – La próxima vez que me agarre la noche en la Nopalera me voy a casa de mi tía. – Musitó dándole la espalda y tratando de volver a dormir.

– ¿Conoces a Paloma?

– ¿La sobrina de Don Melchor? ¡Seguro! ¡Es la muchacha más bonita e inteligente del pueblo! Desde que quedó huérfana se vino aquí a trabajar en la tienda de su tío. Antes creo que estudiaba en Zitácuaro. ¿Acaso te gusta?

– ¿Crees que tenga una oportunidad con ella?

– ¡Claro que no!

– ¿Por qué lo dices? –preguntó Almadena angustiado.

– ¡Para que no vuelvas a despertarme en medio de la noche con preguntas absurdas! –Bufó Zamudio. – Ya duérmete y deja dormir. Si de veras la quieres, ella te corresponderá.

El ranchero siguió despierto, escuchando los ronquidos de su amigo y pensando en Paloma.

–Yo ya no soy yo.

¿Podría ser que ella se fijara en él? ¿Sin nada que ofrecerle? ¿Sin saber siquiera leer y escribir?

El joven sudaba frío por la angustia y sin poder dormir tomó su guitarra y se encaminó al pueblo y bajo la ventana de Paloma entonó una canción improvisada con voz muy queda, suave y plena de sentimiento.

Paloma, tras esa loma,

vente conmigo que en oriente el alba asoma,

Paloma, de tu amor cantan las aves exhalando un grato aroma.

Se entreabrió la flor.

Paloma, si eres bonita,

pues nada le hace por bonita yo te quiero.

Allí te espero Paloma,

Porque eres amapolita nacida en el mes de enero.

Que si me sabes querer yo jamás te he de olvidar,

Si me sabes comprender siempre fiel te he de amar mujer,

Porque he de amarte hasta el morir.

¡Ay trigueña! Si eres chiquita,

pues nada le hace por chiquita yo te quiero.

Allí te espero Paloma para formarte tu nido…

La muchacha sonreía en su lecho mientras Almadena se marchaba alegremente sin mirar atrás. No la había visto, pero había desahogado su corazón, desgranando con su guitarra todo lo que sentía por ella.

El ranchero aparecía a todas horas por la tienda aprovechando cualquier excusa o encargo que le permitiera pasar por allí, todos los días se internaba en los campos a buscar las flores más hermosas y sembraba de dalias, magnolias y clavellinas todos los lugares por los que la muchacha transitaba. Y el tiempo que no pasaba junto a ella lo empleaba trabajando a lomo partido en la hacienda.

Paloma seguía leyendo sobre su mostrador, pero frecuentemente perdía el hilo pensando en Almadena cuando le hablaba del campo, pintándolo con palabras tan hermosas, que ardía en deseos de conocerlo.

Poco tiempo después, el joven la invitó a dar un paseo por los montes y Don Melchor estuvo de acuerdo en dejarla ir, siempre y cuando él los acompañara.

–Almadena es un muchacho trabajador y bueno sobrina, y quiero

asegurarme de que siga siéndolo.

Los tres salieron de paseo una mañana, y al llegar a la ziranda del descanso hicieron alto para tomar un refrigerio que Paloma había preparado.

– ¡Delicioso!– Exclamó Juan Luis mientras le entraba con fe a los tacos.

Don Melchor estalló en carcajadas, la verdad es que la bazofia de la muchacha era incomible; mas al joven aquellos alimentos medio calcinados le sabían a gloria, porque estaban preparados por las manos de su querida Paloma.

Después de darse un buen atracón continuaron su camino. El paisaje se hacía más bello conforme se alejaban del pueblo, la tierra roja en contraste con el tupido verde de la espesura, las retorcidas y coloridas raíces de las zirandas surcando las rocas como venas palpitantes. Todo aquello era mucho más hermoso de lo que Paloma imaginaba, Almadena señalaba las plantas y los animales y hablaba de ellos con gran cariño, cual si le presentara a sus amigos más viejos y queridos.

El joven se movía por el monte como un pez en el agua, lleno de sabiduría y de amor, brillaba enmarcado por su tierra como los árboles del terruño, que sólo pueden desarrollar todo su esplendor en este suelo colorado.

Y Paloma, aunque ella no lo notaba, resplandecía cual dalia adornando la floresta. Por fin se desprendía de su mundo de libros y de maravillosas historias ajenas y ficticias y se sumergía en su propia vida, en su propia aventura.

Cuando llegaron al río, Don Melchor, agotado, se dio por vencido y les dijo jadeando de cansancio:

–Confío en ustedes muchachos. Yo me regreso para la Nopalera. No lleguen tarde.

Los jóvenes siguieron el curso del Taracatío bajo la sombra fresca de bonetes y parotas, embelesados por el canto de cenzontles y primaveras. A lo lejos se distinguía la plateada extensión de la laguna. Allí vadearon sus aguas bajas y tranquilas y enfilaron por el descuidado sendero que se adentraba entre los cerros y cañadas y lo recorrieron durante varias horas.

Y al llegar a la cima de la Mesa, una vista maravillosa se abrió ante ellos; completamente aislada del mundo, bordeada por cerros altos y verdes plegándose sin fin entre la lejanía, con el sol descendiendo tras el Cuirindal y bañando con su dorada luz las bellas ruinas de un rancho abandonado. Entre los cantos de las aves y del viento, se escuchaba el

distante repiqueteo de un arroyo y el fragor de la cascada de la taza.

–Ese de ahí es Rancho Escondido –dijo Almadena. – Acabo de arrendarlo, y si tú quieres casarte conmigo, será nuestro hogar.

Juan Luis había dicho palabras muy sencillas. No era así como ella había soñado este momento durante toda su vida, formándolo de fragmentos extraídos de las historias de amor que había leído. Mas, en ninguno de sus sueños había una mirada tan límpida y henchida de amor como la que Almadena le dedicaba con toda su alma, encendida con todos los verdes de la espesura, reflejando el azul del arroyo y del cielo, inflamada con el rojo de la tierra colorada, pendiente de sus labios con toda su esperanza reconcentrada y su vida pendiendo en vilo en espera de la respuesta.

– ¡Sí Juan Luis de mi corazón! –exclamó echándose a sus brazos. Y juntos recorrieron el rancho soñando extasiados con el futuro.

Cuando regresaron a la Nopalera era ya tardísimo y Don Melchor los esperaba muy molesto en la puerta de la casa.

– ¿Qué horas son estas de llegar?

–Disculpe usted Don Melchor. Vengo de mostrarle Rancho Escondido a Paloma, lo he arrendado y vengo a pedirle la mano de su sobrina.

Don Melchor los miró muy sorprendido, mas al darse cuenta de lo felices que lucían también él se puso feliz, y dándoles un fuerte abrazo los invitó a cenar.

Paloma se quedó en casa de su tío preparando su ajuar y Almadena se marchó al rancho con su amigo Zamudio para efectuar reparaciones y hacerlo habitable. Construyeron una cerca de piedra para los potreros. Marcharon al monte a cortar árboles y con ellos levantaron cercas para los corrales, construyeron un establo y graneros y en el medio de todo erigieron una hermosa casa de varas con techo de pasto seco y un fogón central de barro. Además, fabricaron tarecuas, arados, mangos de repuesto para verduguillos, machetes y demás herramientas y tejieron numerosos guangoches y petates de yute y palma.

Zamudio hacía todo aquello por amistad, aunque para no ofender a su amigo aceptó que éste le pagaría su trabajo tan pronto como levantara la primera cosecha.

Cuando todo estuvo listo, Paloma y Juan Luis se casaron en la pequeña Iglesia de la Nopalera. La ceremonia fue muy sencilla, sólo asistieron a ella Don Melchor, Zamudio que era el padrino y un puñado de amigos y

parientes de los novios.

En vez de fiesta y luna de miel, la pareja se marchó después de brindar con aguamiel y abrazar a sus seres queridos, a arrear el ganado y llevar el grano que habían comprado hacia Rancho escondido.

A pesar de todo los esposos se sentían felices y emocionados, su pequeña casa de varas les parecía un palacio, y a la luz del fogón y de la luna, entre el canto de las cigarras, los tecolotes y las ranas, pasaron su noche de bodas.

La muchacha estaba poco acostumbrada a las rudas labores del campo, pero Almadena era comprensivo y paciente. Jamás la dejó moler el maíz encorvada sobre el metate a ella sola, el ranchero trabajaba al parejo con su esposa en todas las actividades del rancho, porque sabía que las labores domésticas comúnmente ejecutadas sólo por las mujeres, eran en ocasiones más pesadas que las labores del campo. Así que hacían juntos todo trabajo sin distinción de género.

Con ternura fue instruyéndola poco a poco en el lenguaje de la tierra, de la siembra y del cuidado a los animales, mientras ella a su vez le enseñaba a barrer, zurcir, lavar, hacer el nixtamal y cocinar.

Con tanto trabajo, Paloma tenía poco tiempo para leer y sus libros acumulaban polvo encerrados en su viejo arcón, mas ahora comenzaba su verdadera vida. Aislados en aquel rancho perdido no necesitaban a nadie más que el uno al otro, trabajaban codo con codo, paseaban por el campo en sus ratos libres, se bañaban en el cascabel e iban juntos de caza. Pronto la muchacha se convirtió en una menuda amazona que acompañaba a su marido, montada a caballo, a arrear el ganado; juntos desbrozaban la tierra, la araban, sembraban, cuidaban de sus plantas y levantaban la cosecha. Su amor iba acrecentándose con la comunión de sus labores.

El tiempo pasaba y el fruto de su esfuerzo se hacía evidente; con la primera cosecha pagaron a su amigo Zamudio y ahorraron algo de dinero. Había muchas pérdidas de camino a la Nopalera cuando llevaban el producto anual a vender, muchos animales y algunas mulas cargadas de grano se despeñaban por el accidentado camino. Mas a pesar de ello su trabajo alegre y constante hacía prosperar el rancho y para el segundo año habían ahorrado una buena cantidad.

Zamudio los visitaba con frecuencia y les llevaba noticias de los alrededores, que recorría todo el tiempo debido a su oficio de aguamielero. Le gustaba visitar a sus amigos porque al verlos tan felices algo de esa alegría se le pegaba, y regresaba siempre sonriente a su

tierra.

Por fin un día, su felicidad, que parecía no poder ser más grande, se hizo completa. Paloma contempló a su esposo con sus grandes ojos rebosantes de dicha y acariciando su vientre le dijo:

–Juan Luis, vamos a tener un hijo.

Almadena tomó su vientre entre sus manos y besándolo loco de alegría espetó:

–Si es niña le pondremos Paloma como a ti, y si es niño me gustaría que se llame Javier como tu padre.

Los esposos se abrazaron y se besaron llenos de ilusión, el rancho iba muy bien, y si todo seguía así, pronto tendrían un buen ahorro y podrían comprar este lugar en el que eran tan felices, formando así un patrimonio para su pequeño.

Paloma entonces se volvió más bella que nunca; su mirada resplandecía cuando hablaba de su hijo durante horas con su marido. Los esposos esperaban con ansia a su bebé, y desde antes de nacer le cantaban dulces canciones y le hacían muchos cariños amándolo por encima de todas las cosas.

–Nuestro pequeño será instruido como tú –decía Almadena. – Lo enviaremos a Zitácuaro a la escuela y podrá leer todos los libros maravillosos que trajiste contigo.

Entonces Paloma sonreía y abriendo su viejo arcón les leía a ambos a la luz del fogón, sentada muy derecha sobre el petate, y Almadena apoyando la cabeza en sus rodillas acariciaba con una mano su vientre prominente.

Pese a las protestas de Juan Luis, Paloma seguía trabajando en el rancho. Su esposo quería que se cuidara y descansara, pero ella sabía que su trabajo hacía falta para que pudieran comprar el rancho para su hijo y seguía trajinando como siempre, sin hacer caso a las objeciones de su marido.

A veces se sentía muy cansada y un ligero malestar se apoderaba de ella, entonces sentía una punzada de dolor, pero por no preocupar a su esposo y no gastar en el doctor los ahorros que un día emplearían en comprar el rancho, no le decía nada.

Su embarazo seguía su curso y ella seguía poniéndose cada vez más hermosa, a Almadena le dolía el corazón de tanta felicidad y agradecía a

Dios y le pedía que sus vidas continuaran así por siempre.

Un día, el ranchero notó preocupado que una ligera palidez iba apoderándose de su esposa, mas ella le aseguró que se encontraba bien y siguió trabajando.

Poco tiempo después, una noche durante el octavo mes del embarazo de Paloma, Almadena despertó al sentirse mojado. La luna entraba por la ventana alumbrando con su pálida luz el charco de sangre sobre el que yacían el ranchero y su esposa inconsciente.

– ¡Paloma! –Gritó mientras la movía suavemente.

Su amada no despertaba. Aterrorizado, la tomó en brazos para llevarla al médico de la Nopalera, mas al querer levantarla, ésta gimió de dolor despertándose y un copioso río de sangre manó de ella. Desesperado se dio cuenta de que no debía moverla y de que no resistiría el viaje hasta el pueblo, y llorando la depositó nuevamente sobre el petate con gran cariño y cuidado.

–Amor mío –susurró ella mientras con su débil mano le acariciaba la mejilla enjugando al tiempo sus lágrimas. – Siento que me muero. De ésta ya no me salvo.

La sangre seguía corriendo sin control empapando el suelo.

–Vas a estar bien –decía Almadena sin creerlo el mismo. Y abrazándola sollozante la besaba. – Todo estará bien.

–Mi vida –dijo ella tomando el machete que yacía en el suelo junto ella. – Yo ya no tengo esperanza. ¡Por favor salva a nuestro hijo!

Y depositando la hoja en manos de su esposo, repitió con todo su corazón:

– ¡Por favor! ¡Salva a nuestro hijo!

En su mirada suplicante, Almadena contemplaba el amor inmenso de su esposa por su hijo nonato. Su corazón se rompía en mil pedazos; pero no podía hacerlo, no podía matar a su esposa adorada.

– ¡Sálvalo! –gritó con todas sus fuerzas. Y dejando caer la cabeza yació muerta entre sus brazos.

Y entonces, estremecido por los sollozos, acercó el oído a su pecho. Su corazón ya no latía. Con mano temblorosa acercó el machete a su vientre y abriéndolo de arriba abajo arrancó a su hijo de las muertas entrañas, y abrazándolo con toda su ternura en medio de un dolor insoportable,

escuchó el débil llanto y la respiración entrecortada de su bebé.

Amarró el cordón umbilical y lo cortó, su hijo se veía azul y respiraba con gran dificultad, tenía que llevarlo inmediatamente al doctor.

– ¡Te juro que lo salvaré! –dijo acariciando tiernamente la frente de su esposa muerta.

Y arropando a su pequeño, montó a caballo y partió galopando como una tempestad enloquecida rumbo a la Nopalera.

Padre e hijo.

Juan Luis regresaba a Rancho Escondido con su hijo en brazos después de casi un mes en el hospital de Zitácuaro. Conforme se acercaba a su casa de varas sentía con más claridad el dolor de su inmensa pérdida. Su esposa ya no estaba allí, Jamás vería a su pequeño ni lo abrazaría. Lo había amado y deseado tanto, y ni siquiera lo conocería.

–Yo te querré por los dos –dijo Almadena acariciando tiernamente a su bebé. – Tu madre te amaba tanto… Soñaba con jugar contigo y en darte un brillante futuro. Yo te hablaré de ella y de su cariño por ti, de cómo te entregó su vida y me dio la fuerza y determinación para salvarte. Ojalá que a través de mis recuerdos puedas conocerla y quererla como ella te quiso a ti.

El ranchero sangraba por dentro, pensaba que si hubiera cuidado de Paloma como debía, él y su hijo no la habrían perdido. Sentía deseos de morir y condenarse, de ser terriblemente castigado por haber traído a Paloma al rancho a vivir y morir en la soledad y en la miseria.

–No te di mas que trabajos y sufrimiento –pensaba. – ¿Por qué te casaste conmigo? ¿Con un bruto que no sabe ni leer ni escribir y que sólo te ofreció trabajar de sol a sol durante el resto de tu vida? Hasta cuando estabas embarazada te partiste el lomo como una mula y eso te mató.

–No –reflexionó amargamente Almadena. – Yo te maté. Te vi pálida y cansada y no te lleve al médico y te permití seguir trabajando.

– ¡Paloma! –Rugió desgarradoramente. – ¡No merecía tu amor y no merezco tu perdón!

El bebé estalló en llanto asustado por el grito de su padre y éste lo contempló confuso y arrepentido, y enjugando sus lágrimas dijo:

–No debo atormentarme. Ahora tengo que cuidar de ti. Te amo más que a nada en el mundo y te prometo que te daré todo lo que no pude darle a tu madre. Aún nos queda un rancho que ganar y juntos lograremos ser sus

dueños algún día.

Mas, el dinero que tenía ahorrado se había agotado con las cuentas del hospital y aun había tenido que pedir prestado a su amigo Zamudio para el entierro de su esposa. Éste se había llevado a cabo tiempo atrás. Acompañado sólo de Zamudio, Don Melchor y el Cura, había recogido el cadáver de Paloma para llevarlo a la cumbre de la Mesa. Allí la habían enterrado mientras su hijo se encontraba aun en el hospital.

–Desde aquí se divisa todo el rancho mi amor –dijo Juan Luis. – Desde aquí siempre verás a nuestro hijo.

Almadena y su pequeño proseguían su camino a casa. Desde la Mesa la luna resplandecía sobre ellos cual la mirada vigilante de una amante madre y esposa. Aquella luz parecía reconfortar sus corazones y al llegar al pequeño jacal de varas pasaron su primera noche tranquila en semanas.

El hecho de haber ayudado a su esposa en las labores domésticas resultó providencial para que Almadena pudiera cuidar a su bebé, lo cargaba en el guangoche llevándolo consigo a todos lados. Traía además una cabra amarrada a un lazo siempre tras ellos con cuya leche lo amamantaba. Así cargado le resultaba muy difícil llevar a cabo las faenas del rancho, además tenía que darle leche a su hijo, limpiarlo, cambiarlo y atenderlo cada pocas horas, interrumpiendo su trabajo. Por las noches dormía de manera intermitente, desvelado por los amorosos cuidados que brindaba a su hijo. Para colmo todos los gastos que habían tenido habían puesto el rancho en apuros obligándolo a trabajar más duro, de modo que el ranchero no tenía un momento de reposo y siempre estaba agotado.

Había decidido llamar Javier a su pequeño, como el padre de su esposa, mas nunca tenía ocasión de ir al pueblo a bautizarlo.

Por fin una tarde llegó Zamudio acompañado del Cura y encontraron al ranchero haciendo la tumba con su pequeño a cuestas.

– ¡Juan Luis! –gritó su amigo haciéndolo brincar de susto. – Como veo que nomás no bautizas a tu niño te traje el bautizo al rancho. ¡Yo seré su padrino!

Almadena contempló conmovido a su sonriente amigo y dándole un fuerte abrazo dijo:

– ¡Muchas gracias Zamudio! ¡Ahora seremos compadres!

Los amigos y el Cura se dirigieron al Cascabel y allí, bajo la fresca sombra de las zirandas, mecido por el canto de clarines, mulatos y primaveras, la semilla del alma del bebé fue sembrada y regada con las aguas de la

tierra caliente y echó las primeras raíces que lo atarían tan profundamente a este lugar. Padre e hijo sentían la presencia amorosa de Paloma; y el pequeño, dulcemente sostenido por los brazos de su padre, sonrió por vez primera bajo las aguas de su bautizo.

Javier creció amamantado por los animales del rancho, bañándose en la luz de su arroyo, cernido a la tierra colorada cual si de ella hubiera brotado, asimilando su voz al canto diurno de los cenzontles, clarines, mulatos, jilgueros, calandrias y primaveras. Comiendo el elote tierno de las parcelas, las frutas de los bonetes, nísperos y capires y embriagándose con la miel silvestre y el aguamiel de los magueyes. Entretejiéndose al paisaje de cerros cubiertos de madroños, parotas, zirandas y acebuches; navegando con la imaginación entre cañadas y voladeros sin fondo. Nunca se sintió huérfano, su madre vivía para él a través de las historias de su padre y su corazón se inundaba de ternura cuando contemplaba la lejana cumbre de la Mesa.

Tan pronto pudo caminar empezó a seguir a su padre por el campo con un pequeño guangoche, que éste le había tejido, terciado sobre su hombro; echando olotes, grano y agua a las chivas, gallinas y cerdos. Montaba en la cabeza de silla de Juan Luis imitando su arreador con un trozo de lazo mientras éste conducía a los cebúes a pastar a la hondonada.

Crecía fuerte, robusto y saludable, escuchando con atención los consejos de su padre y aprendiendo con cariño la sabiduría de la tierra.

Para su segundo cumpleaños ayudaba a su papá de firme y el rancho empezaba a pasar menos apuros. El pequeño montaba a cerdos y chivas e iba acostumbrándose a los animales mientras se reía divertido con sus reparos.

El infante jamás notó que vivían en la miseria, no le pesaba trabajar de sol a sol ni dormir sobre un petate. La opulencia de la naturaleza lo deslumbraba. Padre e hijo daban largos y alegres paseos por los montes y Javier iba instruyéndose en el nombre de las plantas y animales, en sus particularidades y costumbres.

Juan Luis le enseñaba los llamados de las aves, los cantos de los pájaros, los frutos silvestres comestibles, a nadar en el arroyo, la dirección de los vientos, a orientarse en el monte con el sol, la luna y las estrellas, la forma y color de las nubes que cargan lluvia, los secretos de la tierra, el mejor momento para sembrar y a escoger el mejor lugar para hacerlo, a manejar el azadón, el arado, el machete, el verduguillo y todas las herramientas de trabajo, a tallar las maderas del monte, a derribar árboles, a cortar leña y a encender el fuego cuando ésta estaba húmeda.

Por fin, cuando su pequeño fue lo bastante alto y fuerte, lo montó a lomos de un potro que estaba arrendando para él y comenzó a pasearlo por el

cabresto.

El pequeño fue aprendiendo junto con su potro, mientras uno se convertía en jinete el otro se hacía a la rienda.

Para su cuarto cumpleaños Javier se había transformado en un pequeño centauro y en un ranchero tan bueno como su padre, juntos habían comenzado a levantar el rancho, y para finales de ese año el niño ayudó por primera vez a llevar el ganado y la cosecha para la Nopalera.

Entre los dos lograron vigilar mejor la caravana, experimentaron menos pérdidas y lograron una buena ganancia.

Trabajando juntos habían resucitado el sueño de comprar Rancho Escondido algún día.

El niño seguía creciendo feliz bajo la orgullosa mirada de su padre, alegre trabajador y hábil. El ranchero sentía como si la mirada de Paloma los contemplara agradecida desde el cielo.

Juan Luis compró una carabina de chispa para su hijo y comenzó a llevarlo con él de caza, juntos emprendían provechosas correrías por los montes, volviendo cargados de animales con los que redondeaban sus comidas. Cuando terminaban temprano las faenas del rancho iban a nadar y a jugar en el arroyo y a veces seguían su cauce hasta la cascada de la Taza y allí competían en arrojo lanzándose temerarios clavados.

A menudo los visitaba Zamudio y los tres cenaban a la luz del fogón, entonando sones alegremente, platicando de Paloma y tomando sendos vasos del aguamiel que el compadre siempre traía consigo. Y en algunas noches particularmente tenebrosas, el aguamielero se aclaraba la garganta y narraba espeluznantes historias de muertos, aparecidos o hasta del mismísimo Demonio.

Zamudio los quería mucho. Los Almadena lo sorprendían y lo llenaban de alegría, siempre tan felices en medio de tantas dificultades, desgracias y miseria. Luchando siempre sin darse por vencidos.

Padre e hijo eran de costumbres frugales, se levantaban con el sol y trabajaban de firme hasta la noche. Y gracias a esto habían logrado levantar el rancho. Por fin todo andaba bien y comenzaban a formar un pequeño ahorro.

Una noche en que cenaban juntos frente al fogón el pequeño pidió una historia como las que contaba su padrino, mas Juan Luis pensó que ya estaba bueno de historias de terror y comenzó a narrarle con nostalgia

una de las hermosas leyendas que Paloma le leía.

Cuando el ranchero terminó de contarla, su pequeño, maravillado por la hermosa historia le preguntó lleno de curiosidad:

– ¿Dónde oíste ese cuento?

–Tu mamá nos lo leía cuando estaba esperándote.

– ¿Y de dónde sacó mamá ese cuento tan bonito?

–De los libros de su arcón –respondió Juan Luis.

El niño abrió fascinado el viejo baúl de su madre y sacó los libros hojeándolos con gran interés.

– ¿Hay más historias tan bellas como esa? ¿Me puedes contar una?

Juan Luis siguió platicándole una tras otra todas las que recordaba, mas el pequeño deleitado quería seguir oyendo.

– ¿Esas son todas?

–No, allí hay muchas más que tu mamá no tuvo tiempo de leerme o que no recuerdo.

– ¿Puedes leerme las demás?

–Lo siento Javier, no puedo.

–Si ya te cansaste de leer puedes enseñarme y yo las leo.

–No sé leer mi pequeño –dijo Juan Luis avergonzado.

Con dos gruesas lágrimas escurriendo de sus mejillas Javier exclamó:

– ¡Me hubiera gustado tanto poder leer los libros de mamá!

El Ranchero lo miraba desolado, frente a él se planteaba una decisión difícil. Podía enviar a su hijo a estudiar cuando cumpliera seis años, pero entonces, además de los gastos de la escuela, se quedaría sin ayuda para trabajar y ya nunca podrían comprar el rancho.

Juan Luis Almadena.

Juan Luis meditaba tristemente sentado en la cima de la mesa. Pese a que nunca había ido a la escuela y no sabía leer ni escribir poseía un espíritu profundo y sensible, llevaba toda su vida como campesino y estaba

preocupado por el futuro de su hijo, sabía bien que éste amaba la vida del campo, mas a pesar de todo su todo su esfuerzo, siempre habían estado a un paso de la miseria.

Quería algo mejor para su hijo, enviarlo a Zitácuaro a la escuela para que tuviera oportunidades y opciones que él no había tenido.

Se preguntaba qué haría sin él para ayudarlo en las labores del Rancho, su hijo había salido bueno para el trabajo, a pesar de su corta edad era duro e infatigable.

Padre e hijo nunca habían hablado mucho, sembraban la tierra o cuidaban a sus animales trabajando al unísono en perfecta armonía cual si sus almas fueran una sola. En estas soledades era más elocuente el silencio que todas las palabras cariñosas que pudieran decirse, cada gesto, cada sonrisa, cada labor realizada en común expresaba su amor completamente.

–Ayúdame a decidir mi Paloma querida. Nuestro hijo nunca te conoció, pero se cuanto lo querías, la mirada se te iluminaba cuando hablabas de él y te llevabas las manos al vientre como queriendo abrazarlo. ¿Qué hubieras querido tú para él? ¡Ay Paloma! ¿Por qué te nos fuiste tan pronto?

Cuando Juan Luis regresó ya era casi de noche, Javier estaba en los potreros encerrando al ganado después de llevarlo a pastar en la hondonada, y su padre tomándolo por el hombro le dijo:

–Tenemos que hablar.

– ¿De qué papá?

–Ya tienes seis años, es momento de que empieces a estudiar y he pensado en mandarte a Zitácuaro a la escuela.

–Pero si apenas nos alcanza para vivir –replicó Javier.

No te preocupes por eso, trabajaré más duro que nunca y nos apretaremos el cinturón – dijo Juan Luis sonriendo dulcemente.

–Pero allá no conozco a nadie. Además, ¿cómo podrás llevar el rancho sin quién te ayude? Bien sabes que no podemos pagar peones.

–Hijo, si no te vas a estudiar vas a vivir siempre como yo; ignorante y en la miseria. Por favor, déjame ofrecerte lo que yo nunca tuve.

–Para mí nuestra vida no es miserable, yo soy muy feliz trabajando el

rancho contigo.

–No hijo, no. Este lugar no es nuestro y en cuanto al patrón se le ocurra puede sacarnos de aquí; Tú tienes que estudiar para labrarte un futuro.

–Pero yo quiero quedarme aquí –insistió Javier.

–Por favor hijo, ve a estudiar ahora y regresa un día, no como peón o arrendatario, sino como dueño de Rancho Escondido.

–Me voy pues papá, y te prometo que un día ésta tierra será nuestra.

Y regresaron juntos a la casa para empacar las cosas de Javier.

Lo que su padre no se había atrevido a decirle, era que tendrían que gastar todos sus ahorros en la escuela y que debido a esto, el sueño de poder comprar el rancho estaba muerto para siempre.

Una mañana llegó al fin el día en que debía irse a estudiar, Juan Luis lo llevó a caballo hasta la Nopalera y le informaron en la tienda que tenía que comprar libros, libretas y demás útiles para la escuela, mas ya habían gastado todo el dinero en la inscripción y la pensión de Javier.

– ¡Hola compadre! –gritó Don Zamudio sorprendiéndolos,– vine a desearle mucho éxito a mi ahijado en sus estudios y a traerle unos libros y cuadernos viejos y otras cosillas que me quedaron de cuando fui a la escuela, espero que le sirvan. ¡Por cierto que este pequeño es tu vivo retrato!

–Sé sincero Zamudio, ¿cómo te enteraste?

– ¡Ah mi compadre tan orgulloso! Pues por el bocón de Don Melchor el de la tienda que se la pasa anunciando que ya le llegaron los útiles para el inicio de clases.

–De veras que no sé si puedo aceptarlo…

–No te metas compadre que no te estoy dando nada, este es un regalo que traigo para ti Javier –dijo abrazando a su ahijado. – Se acerca tu cumpleaños y como no voy a poder ir a visitarte a Zitácuaro, quise darte mi regalo ahora.

– ¡Muchas gracias padrino! –dijo Javier emocionado, tomando en sus manos los libros de texto y cuadernos que, aunque viejos y usados, eran los primeros que tenía.

Entonces, padre e hijo se dieron un fuerte abrazo y Javier se marchó con

rumbo a Zitácuaro.

– ¡Ya di la verdad compadre! –Exclamó el ranchero, – que en la tienda vi tus tinajas de aguamiel y Don Melchor me dijo que las cambiaste por útiles usados.

–Bueno, pues si tanto quieres oír la verdad pon más atención, porque ya te la había dicho: ¡Don Melchor es un chismoso!

El par de amigos estallaron en carcajadas y se despidieron todavía riendo.

Almadena volvía al rancho cabalgando por la barranca pensando en su vástago:

–Te me vas hijo querido, vuela alto mi pequeño.

Iba enfrascado en estos pensamientos cuando tropezó con el gruñido sordo de los coyotes, una jauría de ellos atacaba a un cachorro pinto, el perrito lleno de heridas se defendía ferozmente pese a su juventud, y Juan Luis, acicateado por la imagen de su hijo, brincó de su caballo desenfundando el machete y se lanzó sobre las fieras ahuyentándolas. El cachorro estaba mal herido, y levantándolo con cuidado se lo llevó a casa para curarlo. Allí lavó sus heridas mientras el perrito gruñía enfurecido y le tiraba mordidas.

Después de las curaciones echó unas tortillas duras y agua en un cazo de barro y lo puso frente al can, mas éste volteaba la cabeza sin querer comerlas. Juan Luis muerto de risa acercó varias veces el plato al hocico del perro, que insistía en sacarle vuelta y no querer comer.

– ¡Mira que eres delicado perrito! –Dijo carcajeándose. – Está bueno.

Entonces Almadena tomó algo de su propia comida y la sirvió al perro, que inmediatamente comenzó a comerla glotonamente; el ranchero lo observó divertido hasta que el cachorro, satisfecho y amodorrado, se echó sobre el petate del ranchero y se quedó dormido en un instante.

Éste lo miró atónito y exclamó:

– ¡Condenado perro tan confianzudo! ¡Hasta el petate quieres! ¡Pareces un Sultán!

Mas, enternecido por el animalito herido, se compadeció de él y se acostó a su lado con cuidado para no despertarlo.

Y desde ese momento el perro quedó bautizado como Sultán.

Pasaban los días y el can fue restableciéndose. El cachorro era una pesada carga para Juan Luis, ya que sólo quería comer de lo bueno y, con su hijo estudiando, era ya demasiado gasto. Así que el ranchero lo llevó a la Nopalera cuando estuvo completamente recuperado, para buscarle dueño.

Primero fue a la tienda de Don Melchor y le preguntó:

– ¡Tío! ¿Cómo está? ¿No sabrá de alguien que quiera un perrito y pueda cuidar bien de él?

– ¡Pues mira qué casualidad! –Exclamó con una sonrisa. – Ya se viene el cumpleaños de mi hija y ella quiere un cachorro.

Y acercándose a examinar al perro continuó:

–Pero éste está re feo, está muy flaco y lleno de cicatrices, todo pinto y corriente. Nadie lo va a querer.

Almadena se marchó muy triste de la tienda y a la salida tropezó con su compadre, que andaba vendiendo aguamiel por ser día feriado.

– ¡Compadre Almadena! ¿Cómo te va?

–Así así amigo mío, ando muy preocupado porque estoy muy apretado con los gastos de la escuela de mi hijo y además recogí a este cachorro, lo ando regalando porque no puedo mantenerlo. ¿De casualidad no lo querrás tú? Yo sé que eres muy bueno y lo cuidarías bien, en serio que el perrito es bien cariñoso.

–Ya se ve que sí –dijo Zamudio mientras jugueteaba con él, y me encantaría hacerme cargo… pero… no sé si te he contado que cosas muy extrañas pasan en mi pueblo, creo que el Diablo anda mezclado en todo esto y no quisiera llevar a este animalito a un pueblo embrujado y peligroso.

El ranchero sonrió olvidando sus preocupaciones por un momento y replicó:

– ¡Ay compadre! No creo que quede una persona en toda tierra caliente a la que no se lo hayas contado. Pero dime ¿Cómo te ha ido?

–Pues verás compadre, el condenado aparecido dejó ir una plaga contra mis magueyes y estoy batallando con la colecta de aguamiel. ¿De casualidad sabrás de algún lugar con buenos magueyes para ir a

recolectarlo?

–Pásate por el rancho uno de estos días, el Cuirindal está repleto de magueyes jugosos. Me despido compadre, voy a seguir buscándole acomodo a Sultán.

–Gracias compadre, por allá te caigo pronto.

Almadena siguió recorriendo el pueblo de arriba abajo todo el día, tocando en cada puerta y ofreciendo al cachorro. Mas en todos lados se reían de él.

–Pero si le falta una oreja y un pedazo de rabo –se quejaban las gentes, – además cojea. ¿Cómo anda regalando ese despojo de animal?

–Es que lo atacaron unos coyotes –explicaba Almadena, – pero es muy cariñoso.

Mientras lo ofrecían sin que nadie lo aceptara, Sultán acabó por darse cuenta de su terrible aspecto y de que, a pesar de estar lleno de amor y lealtad, nadie se quedaría con él ni lo querría. Y al pasar por un charco, el cachorro se quedó petrificado contemplando su reflejo: flaco, pinto y surcado de cicatrices donde ya no crecía el pelo, parecía un grotesco rompecabezas o una vieja colcha hecha de retazos blancos y negros, con un muñón aserrado brutalmente allí donde debía haber estado su oreja y con el rabo trunco a la mitad. No pudo resistirlo más, se dejó caer al suelo y sus ojos se inundaron de lágrimas.

Almadena notó la profunda tristeza del perro y tomándolo amorosamente entre sus curtidas manos le dijo:

–Vámonos de aquí pequeño, yo cuidare de ti, no tengo mucho qué ofrecer, pero al menos te daré mucho más cariño que este hatajo de gente miserable.

El can mestizo, profundamente conmovido, se juró a si mismo que correspondería su amistad, que ayudaría y protegería a su amo hasta su último aliento. Y comenzó a poner mucha atención en las labores del rancho para averiguar la manera de ser útil.

Así, el perro fue creciendo allí; alto, delgado pero correoso, fuerte, ágil y resistente. Jamás se le quitó lo feo, mas para su amo Sultán siempre fue hermoso, pues debajo de ese exterior terriblemente herido podía ver el corazón más agradecido y leal, lleno de amor por él, que le había salvado la vida, acogiéndolo y cuidándolo como a un hijo.

Mientras Sultán se desarrollaba fue pasando el primer año escolar de Javier, su padre estaba agobiado con los gastos del colegio y para colmo

tenía que compartir su escaso alimento con Sultán; que pese a su buena voluntad era joven e inexperto, y no sabía hacer nada para ayudar en las faenas del campo.

La fortuna pareció ensañarse aún más con ellos, y una noche los coyotes entraron al corral y se llevaron varias gallinas.

Almadena desesperaba porque no podía permitirse más pérdidas y se tiraba de los cabellos mientras su perro lo miraba, triste y preocupado, cuando hacía guardias nocturnas frente al corral estragado.

Una noche en que el ranchero parecía más cansado que nunca, con las grandes ojeras como surcos sobre su rostro intranquilo, Sultán puso la pata sobre su pierna y mirándolo a los ojos esbozó una sonrisa que más parecía la mueca de un espantajo, con un tajo profundo y abierto que siempre enseñaba sus molares; mas para Almadena, acostumbrado a hablar muy poco, bastaba este pequeño y tierno gesto para entender que el can se ofrecía a cuidar él sólo del corral esa noche para que él pudiera descansar, y dándole palmadas en la cabeza le dijo:

–Gracias amigo, voy a casa a dormir un poco.

Más tarde, mientras Sultán cuidaba del corral, volvieron los coyotes. Un par de ellos se acercaba furtivamente, y el can paralizado por el miedo recordó cuando un grupo de éstos lo había atacado, desfigurándolo y dejándolo cojo; las fieras se aproximaban gruñendo, quería defender los animales de su amo pero temblaba de terror y las patas se le doblaban solas, sentía como si sus cicatrices se abrieran de nuevo, y su oreja y rabo mutilados palpitaban dolorosamente.

Con las orejas gachas y el rabo entre las patas, Sultán se hizo a un lado y corrió cojeando a ocultarse.

Al llegar el día el ranchero encontró las rejas del gallinero hechas pedazos y el interior de éste lleno de sangre y plumas. Faltaban dos gallinas.

Siguió revisando el lugar preocupado por su perro y lo encontró escondido bajo un guacal y aun temblando de miedo.

Éste salió arrastrándose por el suelo y cuando el ranchero iba a reprenderlo por su cobardía reparó en lo triste y avergonzado que lucía, por lo que cambiando de idea le dijo para consolarlo:

–No te preocupes amigo mío, ya aprenderás a cuidar mejor de los animales; aun eres muy joven y pequeño, ya te volverás más fuerte.

Entre tanto, Javier estudiaba con gran éxito en Zitácuaro, extrañaba mucho a su padre y a la vida en el campo, pero se esforzaba al máximo

para aprovechar la oportunidad que le brindara su padre con tanto sacrificio. Trabajaba con empeño y gusto como lo hacía en el rancho, era generoso y alegre y pronto se ganó el primer lugar de la clase y el afecto de sus compañeros y el de su profesor, quien supo leer la buena voluntad que animaba el corazón del niño.

Mas, pasaban los días y la colegiatura no llegaba, pues la pérdida de animales había puesto en apuros a su padre.

Por fin un día, el director, cansado de esperar la mensualidad del niño, llamó a su profesor y le dijo:

–Como esto siga así tendremos que darlo de baja.

–Señor –replicó el maestro, – Javier es un niño muy bueno y el mejor alumno que tengo, déjeme encargarme de este asunto.

Asintiendo pensativamente el director contestó:

–Lo dejo en tus manos.

Cuando el ranchero vio llegar al maestro de su hijo se puso rojo de la pena.

–Disculpen ustedes, los coyotes me mataron muchas gallinas y este mes no he tenido dinero para la mensualidad, pero les prometo que pronto me pondré al corriente.

–Eso ni me importa ni me incumbe…

Almadena se sintió desfallecer, ni con todo su esfuerzo había sido capaz de darle a su hijo esta oportunidad, estaba lleno de dolor y vergüenza.

–…a lo que yo vine es a decirle que su hijo es el mejor estudiante de la escuela y a pedirle que nos deje becarlo.

El campesino sonrió henchido de gratitud, y estrechando con fuerza la mano del maestro le dijo:

–Dios se lo pague amigo mío, siempre contará con nuestra amistad y tendrá abiertas las puertas de este rancho.

El maestro se alejó feliz con el dinero que Almadena había acabalado a duras penas para la pensión de su hijo, veía al padre lleno de orgullo y cariño por su vástago, sintiéndose lleno de dicha y energía, decidido a darle una educación.

–Ésta buena gente es muy trabajadora y noble –pensaba lleno de satisfacción, – merecen lo que hice por ellos y muchísimo más.

El ranchero por su parte también había comprendido la bondad del profesor.

–Vino a pedirme que aceptara una beca; lo hizo así para no humillarme. ¡Tiene un gran corazón!

Mientras Javier aprendía las primeras letras, a contar, sumar y restar, Juan Luis decidió llevarse a Sultán a pastorear el ganado para que fuera enseñándose.

El can corría alegremente junto al caballo de su amo, decidido a finalmente serle útil. El ranchero agitaba ocasionalmente el arreador sobre las reses que se desplazaban perezosamente rumbo a la hondonada.

– ¡Ora pues amiguito! –Le gritó juguetón a su perro. – Échales unos ladridos para que se apuren.

El can lleno de entusiasmo se abalanzó sobre los cebúes ladrando desaforado y el ganado asustado echó a correr en estampida.

– ¡Basta Sultán!– Gritaba Almadena desesperado.

Pero el perro, al ver a los cebúes alejarse, corrió aún más rápido y su amo, galopando tras ellos a toda velocidad y viéndolos acercarse al cerro gritó con todas sus fuerzas:

– ¡Córtales el paso antes de que entren al monte!

El can mestizo corrió con todas sus fuerzas y adelantándose al ganado se colocó en el camino de la estampida, mas asustado por el estruendo de las pezuñas que hacía cimbrar la tierra bajo sus pies se echó a un lado en el último momento. Entonces las reses acabaron de desbalagarse y se internaron por el monte en todas direcciones.

Las lágrimas corrían por el rostro de Almadena que no había conseguido hacer nada.

– ¡Ay Sultán! –Gritaba desesperado el ranchero. – ¡Jamás encontraré al ganado a tiempo para pagar el arrendamiento del rancho! ¡Nos echaran de aquí y tendré que sacar a Javier de la escuela!

El corazón del perro se desgarró en su pecho, acababa de costarle su hogar y el futuro de su hijo al hombre que había salvado su vida y le

había dado su amor y un techo.

El can se internó en el monte aullando de dolor, sintiéndose un inútil; peor que eso, un estorbo y una calamidad.

– ¡Sultán! –Gritó Almadena. – ¡No te vayas! ¡Comenzaremos de nuevo en otro lugar! ¡Tú también eres parte de la familia!

Pero el perro había tomado ya una resolución y no volvió.

Con el hocico pegado al suelo seguía la pista de las reses entre la espesura, corría veloz, sin hacer caso del dolor en la vieja herida de su pata. Alcanzó a los fugitivos al borde de un claro, casi volando, con la lengua colgando completamente fuera de su hocico, logró adelantarlos. Y cerrándoles el paso ladró con todas sus fuerzas. Los cebúes redujeron el paso, todos menos uno, un inmenso toro corría hacia él con la cabeza baja y los cuernos apuntándole para embestirlo, mas Sultán aguantaba firme como una roca pensando:

– ¡Jamás volveré a fallarte amigo querido!

Y cuando ya tenía al toro casi encima, en el último momento, espoleado por la desesperada situación de su amo, que dependía de él para conservar el rancho, el perro lugareño pegó un gran salto hacia la cabeza misma de la bestia apresando su testuz con sus fuertes mandíbulas; y dando vueltas en el aire ambos cayeron a tierra. Sultán se levantó de un brinco con el pelambre del lomo erizado, gruñendo como un demonio, con su terrible hocico escurriendo sangre. Y las reses redujeron aún más su paso, hasta que al llegar cerca de él, se detuvieron completamente.

Entonces comenzó a correr en amplios círculos, ladrando, lanzando leves dentelladas, rodeando el ganado y juntándolo poco a poco, encaminándolo de nuevo a la hondonada.

Al caer la noche, Almadena regresaba cabizbajo a su casa, se sentía totalmente derrotado, no había logrado dar con su can ni con una sola res. Mas al llegar al potrero escuchó el ladrido alegre de Sultán que estaba ya dentro de él y acompañado por todo su ganado. ¡Las reses se veían repletas! ¡El condenado hasta las había llevado a pastar!

Y el ranchero tomó con sus manos las patas de su perro y juntos comenzaron a bailar y brincar de gusto.

– ¡Amigo mío! ¡Qué bueno que estás bien y que volviste!

El primer año desde que Javier se fuera a la escuela seguía avanzando y cada vez estudiaba con más ahínco. Mientras, en el rancho Sultán se hacía cada vez más fuerte e inteligente, el continuo trabajo ejercitaba su pata y

había dejado de cojear.

La época de la siembra llegó, el perro cuidaba de los animales mientras su amo se ocupaba de la parcela, y un día de esos, mientras Almadena araba la tierra, llegó con los toneles de aguamiel despedazados y chorreando sangre sobre su mula, el compadre Zamudio.

Sultán lo vio venir a lo lejos perseguido por una jauría de diez coyotes. Y pegando carrera se interpuso entre las fieras y él. Las reconoció al instante, eran las mismas que meses atrás lo habían desfigurado, sus viejas cicatrices temblaban y pulsaban, pero esta vez de rabia. Muchas cosas habían pasado desde entonces y ya no era el perro indefenso al que atacaron. Sin pensarlo dos veces se abalanzó sobre ellos y se desató un huracán de dentelladas. Las fauces de las alimañas pasaban rozando los miembros de Sultán pero éste hurtando el cuerpo lograba esquivarlas. Ahora era fuerte, ágil y mucho más valiente. Los coyotes trataron de rodearlo, pero el can pasó entre ellos mordiendo la pata de uno y quebrándosela, otro le tiró una mordida a su única oreja pero Sultán brinco a un lado y tomando revancha le arrancó la oreja de cuajo. Entonces los demás animales se le echaron encima, mas el perro saltó muy alto y cayó tras ellos, y atacándolos por la retaguardia mutiló la cola de otra fiera.

El perro hacía prodigios de valor y destreza, pero eso no podía durar, eran demasiados para él solo y conscientes de su ventaja se abalanzaron sobre él. Mas en ese momento, Zamudio, algo recuperado, les echó la mula encima atropellándolos y alejándolos de Sultán, dos fieras mas yacían fuera de combate con sus patas aplastadas. El aguamielero, agotado por la pérdida de sangre, cayó de su montura y dos bestias se arrojaron sobre él. Sultán se debatía entre tres coyotes tratando de salvar al amigo de su amo y revolcándose entre ellos se mordían unos a otros sin orden ni concierto, pero era inútil, no podía llegar a tiempo, una alimaña abrió su hocico y brincó a la garganta del aguamielero, mas este alcanzó a interponer su brazo y el coyote lo mordió allí, entonces la segunda bestia se acercó a su garganta mientras la otra lo tenía inmovilizado mordiendo su antebrazo.

Sultán hizo un último y heroico esfuerzo, abalanzándose sobre el animal que se interponía entre él y Zamudio, mordiéndolo en el rostro y vaciándole un ojo. Pegó un salto directo a la cabeza de la fiera que se hallaba sólo a centímetros del cuello del amigo de su amo. Pero en el aire, en medio de su salto, un par de mandíbulas feroces lo detuvieron; y mientras caía alcanzó a ver cómo las fauces de la fiera se abalanzaban abiertas sobre la garganta del aguamielero, mas en un instante la mandíbula superior del animal salió volando por el aire cortada por el agudo filo de un machete.

Almadena había acudido a todo correr al oír el estruendo lejano de la batalla. Y dando patadas y sablazos le cortó la pata al animal que mordía a su perro.

Ahora eran tres contra tres, el animal que mordía a Zamudio lo había soltado y éste estaba de nuevo en pie empuñando su machete.

El ranchero notó que ninguno de los coyotes estaba muerto aunque todos estaban terriblemente heridos y suponiendo que aquella era la venganza de su can exclamó:

– ¡No los mates compadre! ¡Vamos a darles un buen escarmiento!

Los coyotes, acobardados, se dieron media vuelta y echaron a correr, mas Sultán brincó a las patas traseras de uno de ellos quebrándoselas a mordiscos, mientras Almadena lanzando un tajo certero cercenó la cola de otro y el compadre Zamudio no queriendo ser menos, arrojó su machete contra el último de ellos que ya se alejaba, atravesándolo de parte a parte y dejándolo muerto en su sitio

– ¡Compadre! ¿Qué te dije?

–Perdón compadre, pero pues ya se me iba y nomás se me ocurrió aventarle el fierro y se me pasó la mano.

Los coyotes entre tanto se alejaban cojeando y aullando de dolor. Después de ese terrible escarmiento no volvió jamás a verse uno por el rancho.

–Compadre –dijo Zamudio riéndose. – Más te vale que esos magueyes tan jugosos y abundantes que dices crecen por aquí sean de veras una maravilla.

Y cayó al suelo desmayado.

El aguamielero pasó algunos días recuperándose en casa de su compadre. Más tarde platicaron extensamente sobre el inusual comportamiento de los coyotes.

–No entiendo por qué nos atacaron Zamudio, los coyotes casi no cazan de día y rara vez actúan juntos en grupos tan grandes. Pero lo que más me intriga es que suelen tenerle miedo a la gente y procuran no acercársele.

–Esto debe ser cosa del enemigo compadre.

– ¡Qué enemigo ni que charros cornudos compadre! ¿No te habrás

golpeado la cabeza al caer de tu mula? –dijo riéndose Almadena.

–Te lo digo en serio compadre, en mi pueblo pasan cosas muy raras y no me cabe duda de que en eso anda metido el Diablo.

– ¡Pues yo te digo en serio que el aguamiel es para venderlo compadre! Si te lo sigues tomando va a acabar secándote la mollera.

–Tú dirás lo que quieras mi amigo, sobre todo después de salvarme la vida, pero yo me sé lo que me sé.

–Olvídalo compadre, tú sabes cuánto te estimo y no vamos a discutir por eso, mejor te doy unas tinajas para que recojas harto aguamiel y te presto a mi perro para que te guíe, yo me voy a seguir sembrando.

Y así Zamudio se marchó al monte con Sultán, jugando con él y haciéndole hartos cariños, pues le estaba profundamente agradecido. Y después de llenar sus tinajas a rebosar y pasar por la casa de su amigo para brindar juntos con el aguamiel, se fue de regreso a su tierra para vender el dulce néctar.

Así llegó y pasó el tiempo de la cosecha hasta que fue el momento de llevar el producto de sus tierras a la Nopalera y recoger a Javier para pasar las vacaciones en el rancho.

Los peones de don Melchor llegaron una madrugada para ayudar a Juan Luis y a su perro a llevar la cosecha. Era en dicho punto donde había siempre mayores pérdidas; el ganado y el grano solían menguar considerablemente en el accidentado y largo viaje hacia el pueblo, los animales y las mulas cargadas de maíz y frijol se despeñaban a lo largo de la sinuosa vereda que cortaba los montes entre barrancas y desfiladeros, se ahogaban tratando de vadear el río Taracatío, o se extraviaban entre los cerros. En algunas ocasiones habían perdido en este viaje más de la mitad de la cosecha.

Sultán, que estaba al tanto de todo esto, trotaba del frente a la retaguardia vigilando toda la caravana, cuidando de que los animales no se rezagaran ni adelantaran, acudiendo presuroso a morderles las colas para tirar de ellos y evitar que se despeñaran, devolviéndolos sanos y salvos al sendero. En el río el can mestizo ayudaba a pasar a los animales nadando bajo las bestias que desfallecían, les sostenía las cabezas en alto con su propio cuerpo, tiraba con los dientes de los que se llevaba la corriente y los llevaba a la orilla. De esta manera, ocurrió por vez primera, como si fuera un milagro, que todo el producto del rancho llegó intacto hasta la Nopalera.

Había sido un año magnífico, los vecinos salían a sus puertas y ventanas para contemplar el desfile triunfal de numerosas y gordas reses, cerdos,

chivos, gallinas y montones de mulas cargadas de pesadas anegas de maíz y frijol, transitando por la calle, diestramente dirigidas por el mejor y más inteligente perro pastor que habían visto en su vida, el mismo can mestizo que habían rechazado y del que se habían reído por su aspecto deplorable. Don Melchor desde su tienda contemplaba al grupo, encantado por la actuación de Sultán.

– ¡Almadena! –exclamó feliz. – ¡Qué magnífica cosecha!

Entonces desde la tienda salió Javier corriendo y le dio un gran abrazo a su padre. Y comenzaron a hablar sobre sus respectivas experiencias en el rancho y en el colegio, la gente se formó en corro alrededor de los Almadena y Juan Luis comenzó a narrar la historia de su perro, que entretanto jugaba feliz con Javier, porque estaba encantado de conocerlo. Contó cómo lo había salvado de los coyotes y lo había llevado a casa para curarlo, de cómo poco a poco el can mestizo fue volviéndose más fuerte y hábil, hasta que él solo había logrado detener una estampida y recobrar a su rebaño perdido en los cerros, llevándolos después a pastar, en el transcurso de una sola tarde; de la batalla con los coyotes en la que había salvado a su compadre Zamudio y finalmente, de que en el peligroso viaje que acababan de realizar había cuidado tan bien de la caravana que no habían perdido ni un solo grano de maíz.

– ¡Ya deja de hacerme la competencia compadre Almadena! –gritó la risueña voz de Don Zamudio, que era famoso por ser el más grande y fantástico contador de historias de tierra caliente.

El aguamielero abrazó a Almadena, a su ahijado y hasta a su perro y dijo a continuación:

– ¡Los felicito a todos! ¡Por sus logros en el rancho y en la escuela!

Y sirviendo aguamiel a sus amigos, aquello se convirtió en una alegre verbena popular.

De pronto se escuchó la voz de Don Melchor que gritaba:

– ¡Te doy a mi semental cuarto de milla por tu perro!

– ¡¿Qué?! –Tronó otra voz– ¡Eso es un robo! ¡Yo te ofrezco un tiro de bueyes!

– ¡Mi recua de mulas!

Y de repente se escuchó un griterío de ofertas por Sultán. Mas Almadena levantando las manos acalló las voces diciendo:

–La mejor oferta por Sultán la hice yo hace mucho tiempo, ofreciéndole mi amistad a cambio de la suya.

Y la fiesta continuó sin contratiempos, pues la gente comprendió que Almadena jamás vendería a su amigo.

Más tarde pasaron a la tienda a recoger el dinero de la cosecha y a comprar libros y libretas nuevos para sustituir los útiles usados que les regalara Zamudio.

Aquellas vacaciones fueron un hermoso sueño, el futuro por fin les sonreía. Javier pegaba brinco sobre las reses echadas aguantándoles dos o tres reparos y luego saltaba al suelo echándose a correr por el puro gusto de hacerlo.

Iban todos juntos a bañarse en el cascabel o a cazar. A veces llegaban hasta la cascada de la taza y allí competían con sus mejores clavados, los días pasaban volando entre largos paseos al Cuirindal o a la Mesa, canciones, cenas a la luz del fogón y alegres charlas sobre el futuro. Si las cosas seguían así, llegaría pronto el día en que podrían comprar Rancho Escondido. Todos sus sueños parecían hallarse al alcance de sus manos, Juan Luis enseñaba a su hijo los dulces sones calentanos y juntos componían tonadas acerca del amor filial, la amistad y el campo.

Y durante las noches, a la luz de una vela, mientras su hijo dormía, el ranchero tallaba en secreto su regalo de navidad.

Finalmente, cuando ya se acercaba la nochebuena, trajeron entre los tres piedras de colores, ramas hermosas, musgo y heno de los cerros, y tejieron con mimbre varias figuras para armar con todo ello un bellísimo nacimiento, colocando entre los pastores la figura de un perro en honor a Sultán.

Y llegó la noche de navidad. El ranchero desenrollando un petate, sacó de el una hermosa guitarra de suave y estrecha cintura.

–Toma hijo, es para ti.

Y juntos entonaron los cantos de pastores para el niño Jesús. Javier tocaba la guitarra y su padre cantaba, pronto se les unieron los desafinados aullidos de Sultán. Y la voz de Paloma, la madre de Javier, bajó desde el cielo envolviéndolos a todos con su amor y dulzura, y una hermosa estrella, acercándose a la tierra, se asomó por la ventana, y entrando en la casa de varas se posó brillando sobre la cuna del niño Jesús del nacimiento.

Aquel tiempo feliz pasó muy pronto y llegó el momento en que Javier tuvo

que despedirse de su padre y de Sultán y volver a la escuela.

El ranchero se sintió más triste que nunca, por fin la prosperidad había llegado al rancho y su hijo ya no estaba allí para compartirla, aquel tiempo maravilloso en que cantaban, jugaban y hacían las labores del campo juntos, sólo hacía que ahora se sintiera más solo.

– ¡Ay Sultán! Si al menos supiera escribir no tendría que pasar casi un año sin saber de mi hijo.

El can lo miraba triste, notaba cómo cada día extrañaba más a su vástago y el profundo dolor que sentía al no poder mandarle ni recibir cartas.

Juan Luis, alejado del mundo y de su hijo, hablaba cada vez más con su perro y éste, con el tiempo y gracias a su cariño, llegó a comprender cada palabra que le decía. Lo escuchaba hablar de su amor por su hijo, por su esposa muerta, por el campo y su tierra. Notaba el orgullo, la nostalgia y la soledad en su voz cuando hablaba de Javier y de sus éxitos en la escuela. Lo escuchaba cantar con el corazón desgarrado y se conmovía con la sencilla poesía de las canciones de la tierra caliente.

Y un día Sultán reparó en los libros del curso pasado dejados allí por el pequeño; sabía, por lo que les había oído decir, que aquellos libros, al igual que las cartas que Almadena deseaba mandar, estaban llenos de palabras. Quizá con ellos podría aprender a escribir y podría mandar cartas para su amo.

Por fin, una tarde después de acabada la faena del día, se marchó al monte con los libros para estudiar en secreto; los abrió y se sintió abrumado por el galimatías de garabatos que tendría que desentrañar.

Con el paso del tiempo comenzó a notar que bajo los dibujos de casas, árboles y animales yacían signos que formaban palabras, y asociando estos con la voz de su amo llegó a descifrar el sonido de los signos y poco a poco fue aprendiendo a leer y escribir. Pasaba sus horas de ocio internado en la espesura, echado de panza estudiando sobre un libro abierto. Tomaba ramas con sus torpes garras y su hocico para escribir sobre la tierra roja las letras y las palabras, imitando en voz baja, con su inhábil lengua de can, los sonidos humanos. De este modo también fue aprendiendo a hablar. El amor por su amigo humano lo había hecho llegar más lejos de lo que ningún otro perro había ido nunca.

Aquel año fue acercándose a su fin, hasta que un día en que estudiaba en el monte se dio cuenta de que por fin estaba listo, sabía lo suficiente para mandarle cartas a Javier, y sonriente se dirigió al rancho para darle la sorpresa a su amo.

Cascabel.

Había llegado Gervasio, un peón enviado por Don Melchor con el encargo de llevar maíz a la tienda de la Nopalera. Juan Luís llamó a Sultán sin obtener respuesta, últimamente el can solía ausentarse por las tardes –¿En qué carambas andará metido? –Se preguntó Almadena. Silbó una vez más y como no acudía no quiso molestarlo. –No es demasiada carga podemos solos Gervasio y yo.

El ranchero se dirigió al granero y abrió uno de los costales para llenarlo. Apenas alcanzó a escuchar el súbito repiqueteo del cascabel y un siseo de rabia, una sombra borrosa saltó hacia su cuello haciéndole sentir un dolor agudo. Su mano se dirigió instintivamente al machete pendiente de su cintura y desenfundándolo, lo abatió sobre el costal. Almadena quedó pasmado contemplando la cabeza cercenada de la cascabel que yacía boca arriba rezumando sangre y veneno. Se llevó la mano a la garganta y sintió el daño dejado por los colmillos.

– ¡Gervasio, Sultán! –Llamó con voz estrangulada. – Estoy muerto –pensó mientras su vista se iba poniendo negra.

Despertó a un cuarto de camino a la Nopalera, sus pies atados al estribo de su caballo.

–Gervasio…– su voz burbujeaba, tan cambiada que sonaba extraña a sus oídos. – Sultán ¿dónde está Sultán?

–No hables Juan Luís, he hecho lo que he podido para extraer el veneno pero necesitas conservar tus fuerzas.

–Volvamos por Sultán…

–Guarda silencio –indicó el peón– debes estar delirando.

–Volvamos…

–No tenemos tiempo, vamos a la Nopalera, de allí mandaremos por tu hijo.

Almadena quiso seguir insistiendo pero la voz no le salía y el aire tampoco quería entrar.

El ranchero se balanceaba de atrás hacia adelante tratando de mantener el equilibrio sobre la silla. Conforme fue perdiendo fuerzas cayó lentamente hacia atrás derribado por completo sobre su montura con la cabeza colgando hacia sus cuartos traseros. Veía todo patas arriba, no estaba acostumbrado a verlo así, lo que hacía que le pareciera ver todo por vez primera. Contemplaba Rancho Escondido por última vez, lejos y

más lejos, con el corazón agarrotado de tristeza. Sabía que tenía que vivir y que no podría hacerlo. Todo su mundo se alejaba invertido, meciéndose suavemente al ritmo del trote del caballo.

–Paloma, ayúdanos, cuídanos.

Las aves volaban bajo su barbilla, era curioso que tuviera que bajar la mirada para ver el cielo. Se estremecía mientras su mente se ofuscaba y contemplaba las nubes acercándose, cada vez más cerca, como si estuviera lentamente cayendo hacia arriba. Sus pálidos dedos se aferraban cual raíces a los costados del caballo, raíces que lentamente se desgajaban de las rocas y eran arrastradas hacia arriba, todo él se volvía ligero. Apenas sentía dolor y su respiración se hacía cada vez más suave, no como si se ahogara, sino simplemente más tenue. Iba perdiendo fuerza, sus manos abiertas se desprendieron de la montura y quedó flotando, mirando hacia arriba, al rancho que se desvanecía entre la serranía. Nunca le había parecido tan hermoso como ahora que estaba a punto de perderlo. Rompió suavemente junto a sus oídos el canto cercano de las aves entre las que flotaba a la deriva, arrullado entre sus alas se perdía cada vez más y más lejos, entre el concierto de plumas y cantos, volando cada vez más alto y cada vez más lejos, contemplando a su rancho como no lo había visto nunca, como si en realidad nunca hubiera sido suyo, como si él fuera sólo una pequeña voz, una de tantas notas que se entretejían para formar la canción de su tierra.

–Nunca fuiste mío y eso era bueno, yo, yo fui parte de ti. –Y se dejó llevar. Sintió que del suelo brotaba un arrullo profundo, escuchó el rugir acompasado del arroyo y el río cantando al unísono, el eco de su respiración entrecortada y el ronco estertor de su garganta.

–Javier, Sultán, adiós.

Y el aliento fue escapando poco a poco de su boca, hubiera sido tan hermoso morir ahora mientras el cielo se abría para recibirlo… Mas, el vuelo de una paloma lo interceptó en su ascenso y escuchó que esta decía:

–Juan Luís, nuestro hijo va a quedarse solo y Sultán abandonado.

Almadena jadeó con fuerza tratando de agarrar aire, no podía vivir por más que deseara hacerlo, por más pendientes que dejara atrás, pero se esforzaba heroicamente por cada aliento, mientras la paloma lo arrastraba suavemente en su vuelo hacia la tierra.

No podía vivir, pero aún debía hacer algo por los que amaba, tenía que hablar con su hijo, con su retoño que se quedaría solo y mandarlo al rancho junto a Sultán, debía aguantar para poder decirle a su pequeño que buscara al perro y cuidaran uno del otro. Juntos podrían llevar el

rancho, serían felices.

Ahora que había decidido aferrarse un tiempo más a la tierra, comenzó el dolor. El aire lastimaba su garganta como si estuviera hecho de clavos, sentía su cuello hinchado y una mano gigante crecía dentro de él apretando su gaznate con fuerza.

–Gervasio… telegrama… mi hijo… ven pronto.

El peón asintió lentamente para que Juan Luís pudiera verlo, no había captado todas sus palabras pero esperaba y adivinaba el sentido de ellas, quería ver a su hijo.

Almadena yacía en la trastienda de Don Melchor, que solícito había telegrafiado y enviado por Javier a Zitácuaro y traído al médico con su propio dinero. A pesar de ser el dueño de la única tienda del pueblo, no podía decirse que fuera adinerado ni mucho menos, ni su carácter justo, no pagaba de menos o cobraba de más, ni el tamaño ni lo remoto de la Nopalera lo permitían. Pero tratándose de Almadena no había reparado en gastos y más le había dolido escuchar al médico decir que no había nada qué hacer de lo que le dolería gastar sus magros ahorros en remedios.

–Sólo puedo darle algo para el dolor, para que duerma.

El médico preparó la inyección y se acercó a la cama de Almadena, que desenfundando el machete lo apuntó lentamente hacia el doctor.

– ¡No! –Graznó.

Su amenaza sin embargo era inútil, apenas podía levantar temblorosamente el fierro y cuantimenos blandirlo. Sin embargo, Melchor entendió que su sobrino deseaba estar consciente, que esperaba la llegada de su hijo.

–Muchas gracias doctor, de aquí en más yo me encargo. –Y abrió la puerta para dejar bien claro al doctor que se marchase.

–Pero, el enfermo… –Balbuceó.

– ¿No dice que no hay nada qué hacer? Pues lo mismo puedo hacerlo yo que usted. –Completó dándole con la puerta en las narices.

El tendero se sentó junto al lecho de su amigo y le dijo con voz lenta y clara –Gervasio aguarda a tu hijo en la estación con su caballo, en cuanto llegue lo traerá al galope.

Almadena habría sonreído agradecido de poder hacerlo, pero sólo pudo mirar de manera inescrutable a su tío político, ahora venía lo más difícil,

esperar. No podía cerrar los ojos, no podía dormir, pues sabía que no despertaría.

Comenzaba la noche cuando tocaron a la puerta. Melchor la atendió extrañado, era pronto aún para la llegada de Javier.

Era el Cura.

– ¿Quién demonios habrá mandado por él? –Pensó.

Juan Luís contemplaba nervioso al sacerdote que le aplicaba los santos óleos, no le quedaba aliento para confesarse, lo reservaba para las palabras que diría a su hijo. Su alma no le preocupaba, en estos momentos lo que importaba era el destino de su hijo y su perro. Ya sabría Dios si quería recibirlo tal cual estaba.

El cura no hizo preguntas, no inquirió la lista de sus pecados pues conocía al ranchero y se figuraba que no habrían de ser ni muchos ni muy graves, se limitó a darle la absolución y a marcharse inmediatamente, lo que Almadena le agradeció en silencio.

Javier llegó de noche, aun no sentía tristeza, sólo un miedo cerval que le atenazaba las entrañas. Se acercó al lecho de su padre, que le hizo seña de querer hablarle, cerca, muy cerca, para no perder ninguna de sus palabras.

–Toma mi caballo… No esperes… Ve al rancho con Sultán y cuiden uno del otro.

Todo estaba dicho, no había esperado a su hijo para decirle lo que seguramente él ya sabía: que lo amaba o cualquier otra chorrada de esas. Con el implacable sentido común del campesino había dicho lo indispensable y esperaba que fuera suficiente. Sus últimas fuerzas, su último aliento y todo había terminado.

Javier escuchaba los susurros de su tío abuelo en la otra habitación, había llegado otro cable del hospicio de Zitácuaro, al amanecer se lo llevarían allí y no podría jamás cumplir el encargo de su padre. Mientras Don Melchor mandaba por el cura, el médico y el sepulturero y salían los recaderos con todas las instrucciones para el velorio de Juan Luís, Javier salió discretamente de la tienda.

Iba a cumplir la voluntad de su padre, su propia voluntad, o todo por lo que habían luchado y trabajado a lo largo de sus vidas se vendría abajo.

Noche sin luna.

El niño salió sigilosamente de la Nopalera y enfiló por el accidentado sendero hacia Rancho Escondido. El cielo estaba negro cual ala de calandria, ni luna ni estrellas derramaban la más breve luz, la escasa luminosidad del pueblo a sus espaldas se desvanecía poco a poco y los ojos de Javier se abrían desmesuradamente con las pupilas totalmente dilatadas buscando un poco de luz y engullendo sólo oscuridad completa. No podía ver más allá de las orejas del caballo y sentía cómo Pensamiento, el noble animal de su padre, se estremecía avanzando a ciegas por el camino sembrado de rocas lisas y rodeado de desfiladeros. Sus cascos resbalaban entre las piedras arrancando chispas, entre las que se vislumbraban abismos sin fondo en los que estaban a punto de caer a cada paso.

El chiquillo acariciaba el cuello del animal dándole suaves palmadas para acallar el miedo de su montura que se congelaba de terror y temblaba incapaz de dar otro paso, mas Javier tiró suave y firmemente de la rienda hincando al tiempo sus talones en los ijares y obligándola a continuar. Tenía que cargar con su propio miedo y el de la bestia, un miedo insensato que se incrementaba a cada paso: respiraba miedo, sudaba miedo y el vapor frio que salía de su boca sabía también a miedo.

Unos metros más, y el caballo se rehusó a continuar. El pequeño Almadena desmontó considerando que su pie era más firme que los cascos del caballo resbalando una y otra vez entre las piedras, y guiándolo por el cabresto consiguió convencerlo de seguir adelante.

Habían llegado al pleno de la sierra, allí el lodoso y húmedo sendero se cortaba a menudo y se inclinaba peligrosamente hacia el borde del abismo. El niño avanzaba casi a gatas, buscaba el camino rozando el suelo con los dedos en su ceguera de ojos abiertos, tirando con fuerza del reacio caballo. Más adelante, el camino desapareció completamente, deslavado por la ladera del monte.

Almadena se arrastraba echado sobre su costado izquierdo, aterido de frio y empapado en lodo mientras Pensamiento cada vez más renuente y asustado se resistía al cabresto. De pronto, sus cascos resbalaron y se deslizó metros abajo por el lodo. Javier no lo soltó, sabía que necesitaba el caballo si tenía alguna esperanza de llegar. La bestia logró ponerse en pie y trotó cuesta arriba, arrastrándolo. Las manos del pequeño sangraban por el roce de las riendas, a punto de arrancarse de ellas, mas, las enredó a ellas con presteza y hundió los talones en el fango poniéndose en pie y tratando de detener al caballo, que lo derribó de nuevo y continuó arrastrándolo mientras se desgarraba en las espinas de matorrales invisibles.

El penco, desorientado y temeroso, hizo un breve alto que el chiquillo aprovechó para tenerse en pie. El terreno era más llano, debían estar en una pequeña meseta. Javier trató de calmar a su montura, pero esta ya

había tenido demasiado y se encabritó, giró a su izquierda y tiró de él.

– ¡La pendiente está a nuestra derecha! –Se dio cuenta el niño– Pensamiento está tratando de volver a la Nopalera.

Entonces Almadena se plantó de un salto ante el caballo y este se alzó de manos y su relincho tronó como el grito de un demonio enloquecido. El niño resbaló quedando entre sus patas, con las manos tanteó el suelo buscando una vara mientras el jaco piafaba terriblemente, presto a arrollarlo, sólo podía verse el vapor blancuzco que despedían sus ollares y su piel, el pequeño se irguió y le plantó frente enarbolando una vara en alto.

– ¡Basta Pensamiento! –Rugió a la bestia, que encabritada sobre sus cuartos traseros cimbraba el suelo al choque de sus cascos, haciendo que el niño se estremeciera de terror al compás de los atronadores golpes.

–Mi padre te arrendó con sus propias manos, fuiste mi potrillo y sobre ti aprendí a montar. ¡Si vas a volver lo harás pisoteando mi cadáver!

Javier se aferró a las patas delanteras del caballo que relinchaba de angustia y se agitaba enloquecido, las lágrimas del niño salpicaban sus patas y Pensamiento fue calmándose poco a poco. Niño y penco quedaron de pie inmóviles en medio de la más completa oscuridad, se habían salido del camino y Javier no sabría volver a él, era tan estrecho que en medio de la oscuridad pasaría de largo sobre él sin advertirlo siquiera. Estaban perdidos y no tenía idea de qué podía hacer ahora.

Almadena reflexionaba desesperadamente en la oscuridad mientras se iba poniendo tieso por el frio. Se le ocurrió al fin una idea salvadora: que el caballo, acostumbrado a recorrer este camino una y otra vez, buscaría su querencia, que el noble animal, que se había mantenido fiel en su hora de desesperación, con su mayor instinto y sentidos más agudos, podría guiarlo en la oscuridad hacia el camino al rancho, por el olor del agua y el rugido del lejano Taracatío.

El niño acarició con cariño el cuello de Pensamiento y montando en él le dijo:

–Vamos amigo, llévame al rancho, confío en ti.

El caballo emprendió el paso, ahora iban en dirección correcta, con la pendiente a su izquierda.

Pronto incluso el peligro de despeñarse se volvió monótono, avanzaban a trompicones, bestia y jinete estaban ahora más allá del miedo, embotados al frío, al peligro, a la oscuridad, al silencio engañoso de la noche surcado de rumores más terribles y opresivos que el mismísimo silencio. El

pequeño cabeceaba de sueño sobre la silla y sólo cuando la sensación de caer lo despertaba se daba cuenta de que llevaba los ojos cerrados y los abría de golpe asustado de par en par sin que cambiara nada. Siempre la misma oscuridad, lo único visible: la silueta de las orejas de su montura meciéndose de lado a lado buscando el sonido de las aguas del río.

Mas, mientras observaba las orejas del caballo, a punto de caer nuevamente en la modorra, sintió el cuerpo de Pensamiento tensarse bajo sus piernas. El penco piafó, redujo su paso y, sus orejas, cual una providencial y salvadora brújula, apuntaron de golpe hacia la izquierda. Instintivamente siguiólas la ciega mirada del niño y, a la izquierda, sobre la ladera del monte, flotaban en la oscuridad dos globos ambarinos absorbiendo y reflejando en ellos la única luz de aquella noche. Su mano brincó a la funda del machete y lanzó un sablazo al espacio vacío entre aquellos ojos, mas la zarpa de la fiera, interceptando la arremetida, le desgarró la muñeca y su brazo salió despedido en dirección contraria. A pesar del dolor, el pequeño logró aferrarse al machete sabiendo que en ello le iba la vida, la fiera aprovechó el desequilibrio de su presa trató de aferrarla entre sus garras para derribarla, pero Pensamiento se encabritó y la fiera erró el golpe.

–Por supuesto –pensó el niño– el caballo es demasiado grande para un lince o para un puma, la fiera me está cazando a mí.

El caballo cayó pesadamente sobre sus patas delanteras y rompió al galope, Almadena tuvo apenas tiempo de volver el machete a la funda y se asió con ambas manos a la cabeza de silla. Pensamiento galopaba sobre la ladera resbalando y estrellándose de costado sobre ella cada pocos pasos. La pierna izquierda del niño estuvo a punto de ser machacada por estas caídas y Javier, retirándola del estribo, la montó arrodillada sobre la silla. Sosteniéndose sólo en un estribo y aferrado a la cabeza de silla, sintió que el penco caía hacia la derecha, rodando hacia abajo sobre sí mismo.

Javier se salvó por pura suerte de morir aplastado, escuchó al caballo ponerse de pie y salir trotando mientras él, adolorido y derribado en tierra, se esforzaba por pararse. Había perdido a su caballo, peor aún, la silla se llevaba la funda con el machete. Era un niño de siete años, solo, indefenso y desarmado y estaba siendo cazado por una fiera.

– ¿Lince o puma? Se preguntaba– Si es un gato montés tengo más esperanzas.

Almadena se puso en pie y echó a andar renqueando lo más rápido posible para dar alcance a Pensamiento. Sus manos tanteaban la negrura mientras caminaba con la ladera a su izquierda, buscando un tronco o piedra que pudiera servirle de arma. Tras él, acechando en la oscuridad,

las garras de la muerte siguiéndole los pasos.

Escuchó a lo lejos el rugido.

–Es un lince. –Dijo al tiempo al que aferraba entre sus manos un tronco que sería un buen garrote.

Javier prosiguió su marcha con prisa, de cuando en cuando se dejaban oír los gruñidos del lince cada vez más cerca, y desesperado redoblaba el paso resbalando y cayendo cada vez más.

– ¿Por qué ruge? –Se preguntaba el niño– ¿Por qué me deja saber que se acerca en lugar de acecharme en silencio?

Y en medio de su temor desbocado, lo entendió:

–Lo hace adrede, fiera astuta, quiere que el miedo y la oscuridad hagan su trabajo, está buscando que me despeñe. Y si se tercia, el caballo también. También trata de alejarlo de mí y ponerlo nervioso. No puede matar a Pensamiento en lucha directa, pero si se despeña también lo devorará.

Almadena respiró profundo y procuró tranquilizarse, echó a andar con determinación, sin pausa, pero sin apresurarse, cuidadosamente. Tenía razón, el lince no se acercaba sino muy lentamente, jugando con su miedo.

El niño había dejado atrás el lodo, ahora avanzaba por la parte rocosa, bordeada a ambos lados de barrancos. Si bien aquí el peligro de despeñarse era mayor, al menos el lince sólo podría atacarlo de una dirección: desde atrás, desde el camino. Conforme avanzaba reparó en el silencio que se iba extendiendo progresivamente. Se detuvo a escuchar, el silencio era aún más profundo y denso, los rumores de los animales nocturnos callaron por completo, se dio media vuelta enarbolando el garrote y dio de lleno con los ojos de la fiera brillando en medio de la nada. Sabía que el gato veía en la noche, que distinguía su garrote, su pequeño cuerpo tembloroso, mientras que él sólo veía las llamas de su mirada flotando en la negrura. Su única oportunidad era lo estrecho y resbaladizo del sendero que obligaba al lince a atacarlo en un solo sentido. Quería gritar, pedir ayuda, pero de antemano sabía que nadie acudiría. Agitó el garrote dando palos de ciego hacia los carbones encendidos ante él. La fiera se movía con cautela evitando aun abalanzarse sobre el tronco que se arremolinaba frente a ella, un golpe podía despeñarla, el pequeño comprendió que sólo su furiosa acometida de estacazos sin rumbo contenía aun al gato montés. Mas, ¿cuánto podía durar agitando el leño? Sus brazos ateridos ya comenzaban a cansarse.

– ¡Papá! –Gritó pidiendo ayuda. Aun sabiendo que era absurdo, que su

padre muerto nada podía hacer por él.

Sus golpes se volvían más lentos y los ojos de la fiera poco a poco se hacían más grandes y comenzaba a percibir el cálido aliento que lo mareaba con su dulce y nauseabundo olor a carne descompuesta. Pronto percibió en el aire el filo agudo de las garras buscando rasgarlo. Por fin, no pudo seguir blandiendo el garrote y lo extendió cuanto pudo frente a sí para apartar a la fiera. Los ojos se inmovilizaron un momento y bajaron lentamente, Javier supo que el gato estaba a punto de saltar y apuntó el tronco al medio de los brillantes ojos que se lanzaron violenta y velozmente hacia adelante. El choque fue terrible, la fiera lanzó un gemido de furia y de dolor mientras el palo salía desprendido de su mano hacia el vacío y el niño caía de espaldas, indefenso, arañando las piedras con las uñas tratando de no caer.

El gato se quejaba, pero no sonaba malherido. Era el fin.

Y de pronto, sobreponiéndose a los rugidos de la fiera, escuchó a su lado el prolongado y potente silbido de su padre rebotando entre las cañadas. En respuesta, a poca distancia, resonó el relincho de Pensamiento y el trote irregular de sus uñas golpeando las rocas. El lince se rehízo ante la cercanía de la ayuda para la presa que ya creía entre sus garras y brincó hacia adelante. Había llegado el Pensamiento, sus pezuñas arrancaron chispas de las rocas y entre esas fugaces luces Almadena percibió las garras que se abalanzaban sobre su cabeza. Apenas logró echarse atrás, sus manos tropezaron con las riendas del caballo y aferrándose a ellas, pegó brinco y logró trepar precariamente a lomos del caballo. Un relámpago surgió en el cielo desgarrando la oscuridad y las dos bestias se contemplaron frente a frente, a continuación el firmamento se cubrió de rayos que alumbraron al trío y el gato, acobardado, dio media vuelta y se alejó.

Entonces comenzó el aguacero, de golpe, después de solo unas cuantas gotas. El niño bajó del caballo y con dificultad dieron la vuelta sobre el estrecho sendero.

Lo conducía una vez más por la brida, entre aquellas rocas mojadas y resbaladizas, escuchando aun en la lejanía el rugido frustrado del lince. Metro a metro, paso a paso, recorrieron el camino sembrado de piedras sueltas, prestos a despeñarse a cada movimiento. El miedo, como nunca lo había conocido, el cansancio como en su vida lo sufrió jamás. Mas al fin lograron salir de los desfiladeros y llegaron a la Ziranda del descanso que marcaba la mitad del camino, la suave pendiente de la senda al río.

Y entonces la más negra desesperación lo invadió, se escuchaba el atronador rugido del Taracatío en plena crecida, escabroso e invadeable. Llegaron a la orilla. La corriente corría con tal fuerza que sentían el viento

golpearlos con su brisa húmeda y fría.

–Pensamiento –dijo el niño– por favor, haz un último esfuerzo, nadas mejor que yo y eres más fuerte.

Almadena trató de hacer entrar a su montura en el río, mas al llegar a la orilla, Pensamiento dio el sacón levantándose sobre sus patas traseras y dando media vuelta se encontró una vez más los ojos amarillos de la fiera. Estaban atrapados entre ella y el río. El caballo había llegado al límite de su tolerancia y al sentir al lince se encabritó. El niño alcanzó el machete desenvainándolo segundos antes de que Pensamiento, totalmente desbocado, se lanzara al galope dando con Javier en tierra.

De nuevo estaba solo frente al lince, que ahora podía atacar desde cualquier dirección. Pero esta vez tenía el machete. Los ojos habían desaparecido y el pequeño giraba con el arma en ristre tratando de encontrarlos y al menos saber de dónde vendría la acometida. Los relámpagos habían cesado, el repiqueteo del diluvio y la oscuridad absoluta ocultaban cualquier rastro del gato, Almadena respiraba tan quedo como podía, virando sobre sí mismo tan silenciosamente como le era posible, aguzando el oído y la vista tratando de captar el menor atisbo del inminente ataque.

Pero la fiera era paciente, aguardaba el momento adecuado para su embestida final, poniéndolo nervioso, dejándolo tirar tajos a ciegas, desesperarse y agotarse, esperando a que su muñeca herida se agarrotara, a que su presa sangrara y perdiera aún más fuerza. Dilataba astutamente su ofensiva rondando alrededor del pequeño, acechando sin ser vista ni oída, hasta que finalmente el agotado niño dejó caer su brazo entumecido y solo entonces brincó a su espalda buscando con sus fauces la garganta del niño. Mas la fuerza y el impacto del salto los envió a ambos rodando sobre el borde del río y cuando la bestia estaba a punto de alcanzar la gran vena de su cuello, cayeron juntos al agua.

El Taracatío los revolcó azotándolos contra el filo de las rocas. El lince aterrorizado desgarraba la carne del niño clavándole las garras en un desesperado intento por aferrarse a algo. Javier gritaba y tragaba agua lanzando cuchilladas a ciegas. Bestia y crío iban hiriéndose mutuamente, daban vueltas, se sumergían y sobrenadaban en las oscuras y escabrosas aguas. Fierro, garra, colmillos, agua y piedra y sus vidas pendiendo de un hilo. Y de golpe, un giro, un choque con una roca y el río decidió por ellos separando a los adversarios con su poder incontestable.

Almadena giraba bajo el agua sin saber dónde era arriba o abajo ni hacia dónde quedaba la orilla, rezaba y trataba de nadar. Sentía ocasionalmente el aire sobre su rostro y echaba una bocanada tan grande como podía y seguía siendo arrastrado y revolcado por las aguas. Cada vuelta lo mareaba y desorientaba más, no tenía faro ni guía ni dirección alguna.

Llegaba al límite de sus fuerzas y poco a poco se quedaba quieto dándose por vencido. Entonces llegó una tenue luz hasta sus ojos y el niño se aferró a ella con su última esperanza, nadó, se empujó y se abalanzó hacia ella.

–Ya voy padre –pensaba– ya llego al rancho.

Y cuando tocaba sus últimas fuerzas, dio milagrosamente con la orilla. El sol, la luz que había visto, amanecía bañando con su luz dorada el día que nacía ante sus ojos, de este lado del río, el lado donde se encontraba la Nopalera. Había regresado a la orilla de donde partió, había fracasado. Sus ojos se cerraron lentamente y se dejó caer de nuevo en la oscuridad.

Fue allí, donde al día siguiente lo encontraron medio muerto.

Los largos años.

Cuando Sultán llegó al jacal, ya entrada la noche, lo encontró vacío, ensimismado en sus libros había perdido la noción del tiempo. Salió a buscar a Almadena por el establo, recorrió los potreros, las parcelas y nada.

Con creciente preocupación marchó a la hondonada, a la barranca, al Cascabel, a la Taza, a la Mesa, al Cuirindal, llegó corriendo desesperado hasta el lejano Taracatío y remontó su curso hasta la laguna gritando desesperado:

– ¡Almadena! ¿Dónde estás?

Los días pasaban y su amo no volvía. Sultán había descuidado el rancho buscándolo noche y día sin descanso, mas después de reflexionar largamente decidió cuidar de él lo mejor que pudiera, para que a su vuelta su amo encontrara todo en orden y pudiera pagar la renta del mismo y la escuela de su hijo.

Sultán se levantaba muy de mañana y trataba de ordeñar a la vaca, pero sus garras eran más torpes que los dedos humanos y sus dientes le herían las delicadas ubres. También era torpe para desgranar el maíz de las gallinas y para empuñar utensilios; aprendía a hacerlo poco a poco; sin embargo se sentía impotente, necesitaba la ayuda de Almadena, era demasiado trabajo para él solo. Mas a pesar de todo no se daba por vencido, con gran esfuerzo ordeñaba a la vaca, alimentaba gallinas cerdos y chivas y llevaba a pastar al ganado.

Por las noches el can mestizo apenas podía dormir, acongojado por la ausencia de su amigo oteaba el horizonte sombrío hacia el rumbo de la Nopalera esperando verlo aparecer a cada instante, cuando se quedaba dormido haciendo guardia a la puerta del jacal despertaba sobresaltado al

menor ruido; confundía el rumor de las hojas secas arrastradas por la brisa con los pasos de Juan Luis que volvía, el soplar del viento en la cañada con su enérgico silbido llamándole, y salía disparado hacia allá solo para darse cuenta de que se había engañado, desesperado volvía a la casa de varas para trepar sobre su techo y con la mirada vuelta hacía la luna aullaba desgarradoramente llamando a su amo.

Cuando llegaba la época de la siembra Sultán lamentaba no haber ayudado a Almadena en esos menesteres. Trataba de arar la tierra, pero sólo conseguía trazar en ella terribles e irregulares tajos, escogía mal el lugar de la parcela, la tierra se escapaba erosionada colina abajo o se encharcaba, las plantas de maíz y frijol crecían salvajes y en completo desorden. Y a la hora de cosechar echaba vainas y rastrojos enteros junto con el grano, y como no sabía secar ni desgranar adecuadamente las semillas, éstas permanecían húmedas y se podrían en los graneros.

Los animales enfermaban, enflaquecían y se llenaban de llagas y parásitos. Así fueron pasando los años y el rancho se caía a pedazos ante las inhábiles e insuficientes reparaciones de Sultán, las herramientas se desgastaban, se llenaban de herrumbre y se rompían; y Sultán se quedó solo con sus garras y dientes para arar la tierra y levantar la cosecha. El can enflaquecía y se llenaba de pulgas y garrapatas, mas continuaba trabajando porque amaba y confiaba en su amo y estaba seguro de que un día regresaría y allí estaría él para recibirlo, con su rancho mantenido en las mejores condiciones posibles.

Así, siguieron acumulándose los años hasta formar décadas. Los animales caían muertos enfermos y decrépitos, el techo de la casa de varas había colapsado y Sultán, que no pudo volver a ponerlo, dormía a la intemperie bajo el sol o la lluvia, allí donde el cansancio lo derribara.

El trabajo se le iba acumulando y cada vez perdía más fuerzas, y débil y cansado, envejecido, cojo y medio ciego, se enfrentaba, más decidido que nunca, al deterioro y decadencia del rancho. El una vez fuerte can era ya solo un pellejo arrugado lleno de huesos que había perdido los dientes y las garras usándolos como herramientas para sus diarias faenas. Pero dentro de él alentaba el mismo corazón hermoso que seguía esperando la vuelta de su amo. Y así, sin darse cuenta, Sultán fue muriendo poco a poco de tristeza, de soledad, de dolor, de frío, de hambre y de vejez.

José Almadena.

José Almadena cabalgaba tristemente bajo la lluvia rumbo a Rancho escondido con un petate y dos grandes tinajas terciadas a lomos de su caballo. Iba a recoger el cuerpo de su padre.

– Padre mío –iba pensando. – ¿Por qué tenías que intentar llevar un

rancho a tu edad? No duraste ni dos años.

Las lágrimas de José se perdían entre las gotas que caían del cielo.

–Debí impedirte cometer esa locura, no debí dejarte solo, ya sospechaba que solamente volvías al rancho para morir.

Avanzaba con el corazón atormentado por los remordimientos, mirando con odio la tierra que matara a su padre y a sus abuelos.

Se dirigía allí con paso lento, temeroso de lo que encontraría al llegar. El año pasado había hablado con Don Melchor en la tienda de la Nopalera, unos días después de que su padre fuera allí a vender el producto anual de sus tierras.

– ¿Y cómo le fue? – Le había preguntado.

El tendero señaló unas cuantas anegas escuálidas de frijol y maíz cubiertas de barro.

– ¿Eso es todo?

–Sí, y también un puñado de reses muy maltratadas. Muchacho –dijo poniéndole una mano sobre el hombro, – tu padre no se veía nada bien, lucía agotado y triste. No creo que pueda con el rancho.

José le dio la espalda tratando de ocultar sus lágrimas y salió bruscamente de la tienda.

– ¡Tienes que regresar papá!

Y se encaminó al rancho a recogerlo, mas a medio camino pensó que su padre era muy orgulloso y que si él se presentaba para llevarlo a casa, se sentiría muy humillado y jamás volvería.

–Eres terco padre, y sólo regresarás si tú mismo te das cuenta de que no puedes más.

Y dando media vuelta regresó a Zitácuaro abandonando a su viejo a su suerte.

Y ahora, casi un año después, volvía allí con el corazón desgarrándosele dentro del pecho a recoger su cadáver.

Esperaba encontrar el rancho ruinoso y en un estado lamentable. Imaginaba a su pobre viejo partiéndose el alma completamente solo para arrancar apenas unas escasas anegas de grano y un puñado de reses

heridas.

– ¿Cómo pude dejarte solo y sumido en la desesperación tus últimos años?

José Almadena iba agarrándose el pecho que le quemaba de dolor, medio desfallecido y a punto de caer del caballo, sostenido sólo por la idea y el contacto con las dos tinajas de petróleo que llevaba consigo para incendiar Rancho Escondido y destruir para siempre la tierra que había acabado con su padre y sus abuelos, cuando llegó por fin ante los potreros y contempló atónito que estaban repletos de innumerables animales gordos y bien cuidados. Siguió su camino por los corrales que también estaban llenos a reventar de alegres y bulliciosas aves, chivas y cerdos. Y por fin llegó a la casa de varas, en donde encontró el enjuto cadáver de su padre abrazado a los huesos antiguos y blanqueados de un perro y con un papel estrujado fuertemente en su mano derecha. Era un mensaje para él.

–Hijo querido: –comenzó a leer. – Estoy muriendo y quiero hablarte sobre la carta que escribió tu madre antes de morir. Me la dio en su lecho de muerte, pidiéndome que la leyera hasta después de que falleciera; pensaba dejártela a ti cuando yo faltara, pero ardió en llamas cuando unos bandidos incendiaron el rancho. Aunque ya no existe aún la recuerdo palabra por palabra; pues cada una de ellas quedó grabada para siempre en mi corazón. Tú sabes cuánto amaba a tu madre, mas el recuerdo de su larga enfermedad y agonía es tan doloroso y me llena de tantos remordimientos que casi nunca hablo de ella. Sin embargo no puedo irme sin hacerte esta última confesión. Su carta decía así:

Mi amado Javier:

Aunque sé que nos amaste a mí y a nuestro hijo más que a nada en el mundo, sé que nunca fuiste feliz, tu mirada entristecida y llena de nostalgia me atravesaba el corazón. Pero cuando nos hablabas de tu infancia, de tu padre, del fiel perro lugareño y de tu tierra, tus ojos se iluminaban de dicha. Cuando aún estaba sana ahorrabas todo lo que podías para comprar Rancho Escondido y llegaste a hacerme compartir tu sueño. Hubiera deseado que un día me llevaras allí y que juntos viviéramos en ese lugar maravilloso. Pero enfermé gravemente cuando nuestro hijo todavía era niño y gastamos todos nuestros ahorros en médicos. Desde entonces jamás volviste a mencionar el rancho y tu mirada se volvió cada vez más triste y llena de nostalgia. Y a pesar de tu tristeza, notaba el inmenso amor que nos tenías.

Pero no eras feliz aquí con nosotros, eras como uno de esos árboles inmensos y dorados para los que sólo hay un lugar en el mundo. Renunciaste a ser tú mismo por amor a tu familia y tu corazón y tu vida se partieron en dos. Más tarde la educación de nuestro hijo consumió los pocos recursos que nos quedaban. Cada día trabajabas más duro, pero yo

podía ver que tu corazón no estaba en lo que hacías, el inmenso sacrificio que implicaba para ti trabajar horas extras de día y de noche en aquella oficina gris para mantener los estudios de tu hijo y la vida de tu esposa enferma.

Mi amor, sé que no lamentas habernos ofrendado tu existencia y que si tuvieras que sacrificar de nuevo por nosotros el sueño de tu vida lo harías sin dudarlo. Tanto así nos amabas. Pero por mucho que me doliera, te habría dejado ir de no haber sido por nuestro amado hijo. No sé si fui egoísta, mi larga y dolorosa enfermedad me convirtió en un lastre para ti; pero pronto moriré. Te pido amado mío que en recuerdo de nuestro amor me des este último consuelo: que desde el cielo pueda verte un día volver a Rancho Escondido y sepa que no perdiste por mí el sueño de tu vida.

Amor mío, por favor se feliz el tiempo que te quede y recuerda siempre que te amo con toda mi alma.

Esas fueron las últimas palabras de tu madre y nada podrá consolarme jamás de que en su larga agonía haya llegado a creer que no fui feliz con ustedes, sólo espero que desde el cielo pueda entender que ustedes me hicieron el más feliz de los hombres.

José estaba llorando, por un momento no pudo seguir leyendo, recordaba las duras y terribles palabras con las que se había despedido para siempre de él.

Hijo mío, me duele mucho pensar que ya no te veré y que, tal como me pasó con tu madre, jamás podré explicarte el lazo que me une a esta tierra que tanto amo. Por eso te escribo esta carta, para que puedas comprender por qué vine a este lugar tan alejado de ti y de mis nietos. Ahora será tuyo. Sal a los graneros, allí está nuestra cosecha. Ahora te pertenece. La levantamos entre mi perro y yo y es abundante y magnífica, puedes venderla en la Nopalera, pero recuerda dejar suficiente grano para la nueva siembra…

Pensó en la escuálida y lodosa cosecha en la tienda mientras observaba los viejos restos de un perro muerto hace mucho tiempo que su padre había aferrado con sus últimas fuerzas y creyó que el pobre había enloquecido de soledad y de cansancio.

Se encaminó con miedo a los graneros para cumplir las últimas voluntades de su progenitor esperando encontrarlos casi vacíos, abrió las puertas con desgana y un torrente de grano casi lo sepulta. Se preguntó atónito qué pasaba allí, cómo su padre había logrado esa magnífica cosecha y tantos animales gordos y bien cuidados después de un primer año tan desastroso.

José continuó leyendo la carta, siguiendo la voz de su padre por todo el rancho.

–…En nuestra casa de varas encontrarás una guitarra que tallé para ti con mis propias manos, tal como la que un día mi padre me hizo para nuestra última navidad juntos, y con la que una noche, Sultán, el perro que me heredó mi padre, y yo, improvisamos una hermosa canción a la amistad. Pruébala por favor hijo mío…

José tomó la guitarra y el campo se quedó quieto, tan quieto que era casi una dulce espera que se hacía más vasta y densa, hasta que fue rota por las primeras notas de la música.

José entonaba una vieja canción de tierra caliente que su padre había escrito hacía mucho tiempo, el recuerdo se levantó en los corazones de los animales y el joven escuchó un millar de voces entretejiéndose a la suya, y el cascabel del arroyo y el viento entre las hojas de las zirandas, el aullido del aire en la barranca y todos los sonidos del rancho se unieron al magnífico réquiem para Javier Almadena. Y dos voces se levantaron por encima de todo, el aullido acompasado, dulce y lastimero de un perro y la voz potente y embriagada de felicidad de su amo cantando las maravillas de la naturaleza y la amistad, de la vida y de la muerte. Hasta que de pronto José, asustado, soltó la guitarra y llevándose las manos a los oídos prorrumpió en sollozos.

Había escuchado la voz de su padre.

Salió al establo, tomó el petate que llevaba y se dirigió al cuerpo de su papá para envolverlo en él. Contempló con nostalgia el rostro de su viejo por última vez y se dio cuenta de que, aun en medio de su muerte, su expresión era la más dulce y feliz que jamás le viera.

– ¿Cómo pudiste morir tan feliz papá, en medio de la nada y abandonado, atacado a machetazos por un maldito ladrón?

No entendía nada y continuó leyendo la carta para ver si ésta podía darle algo de luz.

–…Te pido que lleves nuestros cuerpos a la cima de la mesa al atardecer para sepultarnos allí y escribas sobre nuestra tumba: Aquí yacen Javier Almadena y Sultán, amigos inseparables…

–Dejó de leer y contempló el cuerpo de su padre y los huesos del perro. Envolvió a su viejo solo en el petate, le parecía macabro y doloroso enterrarlo con los huesos de un animal muerto hacía mucho tiempo, que de ninguna manera podía haberle ayudado a llevar el rancho y que debía

ser tan sólo el fruto de la solitaria locura de Javier Almadena.

Sacó los huesos del can y los echó entre los desperdicios y basura del rancho. Ya se había hecho de noche y regresó al jacal a velar al lado de su padre.

Pasó rezando una buena parte de la noche sin experimentar consuelo alguno hasta que el cansancio y el dolor lo vencieron y cayó dormido, mas a pesar de eso despertó con el alba y a la luz de un nuevo día reanudó la lectura de la misiva de su padre.

–… Cuando nos lleves allí procura pasar por los lugares que tanto amamos para que podamos compartirlos, aunque sea simbólicamente, contigo…

Así, fue leyendo y visitando cada uno de los lugares más amados de su viejo, llevando con él su cuerpo y guiado por su voz muerta. Aquí estaba el tintineo suave y tranquilo del Cascabel, bordeado por una falda verde de parotas y acebuches, inundado por el canto de las primaveras, los clarines y cenzontles sobreponiéndose a los graznidos de calandrias, paitas y huilotas, el lugar donde Javier fue bautizado y donde él y su perro iban a bañarse y a cazar y donde Sultán construyó el canal que corría hacia la parcela. Visitó los recuerdos de su padre; la barranca en que el ranchero y su can se reencontraron y donde este último le salvo la vida, donde juntos detuvieron una terrible estampida bajo la furia de la tormenta. La prosa sencilla y poderosa de su viejo pintaba ante sus ojos la hermosa y cruenta batalla por mantener el rancho y cuidar de él, su amor hacia el campo salvaje e indómito al que dos amigos habían domeñado contra toda esperanza, le hablaba del cariño hacia los animales, las plantas y las zirandas de raíces profundas y extensas como los lazos de Javier con esta tierra. La carta cantaba la canción de la tierra caliente y lo embriagaba de ternura. Comprendió que su padre había sido feliz allí y que todo lo que narraba, hasta lo del perro fantasma que hablaba, montaba a caballo y sabía llevar un rancho, que todo lo que estaba allí escrito, por increíble que pareciera, era cierto.

Finalmente al atardecer arribó a la Mesa, allí las palabras de su padre revivieron para él la visión del monte y escuchó el latido del campo acompasándose al de su propio corazón, al de su padre, al de sus abuelos y al de Sultán.

Allí comenzó a cavar mientras las criaturas del rancho y del monte se juntaban en derredor para dar a Almadena su última despedida. Todas las aves del campo rompieron a cantar al unísono en un canto tristísimo que parecía desgranar en sus notas todo el dolor del mundo y que, sin embargo, consolaba y aliviaba el dolor de un hijo, exonerándolo de la culpa de abandonar a su padre. Y las ramas de los árboles se inclinaron hasta que sus hojas acariciaron el petate que envolvía el cuerpo de Almadena, y las estrellas y la luna se unieron al sol en el cielo llorándolo,

y la hierba desolada se cubrió de rocío, y el hijo empapado en lágrimas tomó el cuerpo del padre y momentos antes de acomodar sus restos inertes dentro del sepulcro, escuchó la voz del compadre Zamudio, que con solemnidad decía:

–Tu padre dejó bien claro que también trajeras a Sultán. –Y depositó los huesos del can entre los brazos de su ahijado.

Así, los dos amigos desaparecieron bajo la tierra que tanto habían amado y que ahora los abrazaba para siempre. Y una ziranda enorme y dorada se desprendió de pronto de las rocas y desplazándose lentamente sobre sus inmensas raíces cubrió la tumba de los amigos. Y en su corteza, José trazo con cuidado y amor el siguiente epitafio:

"Aquí yacen Javier Almadena y Sultán, amigos inseparables."

Con gran pesar Zamudio se despidió de sus amigos y después de darle un fuerte abrazo a José, se marchó para su pueblo.

José Almadena se encaminó a la casa de varas bajo la luz de la luna, con el corazón aun pesado de dolor, pero sostenido y consolado por el amor de su padre.

Al llegar allí cayó en un profundo sueño del que despertó hasta que el sol estaba ya muy alto. Montó en su caballo para marcharse y por el camino notó que en el establo la vaca estaba ya ordeñada, y que las gallinas, las chivas y los cerdos comían contentos en los corrales. Y desde la puerta abierta del potrero contempló a los cebúes a lo lejos emprendiendo el camino a pastar a la hondonada, guiados por dos hombres curtidos y dos hermosas mujeres a caballo, acompañados por un gallardo perro pinto, alto y esbelto que les ayudaba. Los hombres y las jóvenes voltearon hacia él haciéndole cálidas señas de despedida, el can ladrando y moviendo la cola también le decía adiós, y comprendió que lo que dejaba atrás era el paraíso de sus padres, de sus abuelos y de su perro.

FIN

Epílogo.

Décadas después, cuando José Almadena era ya muy viejo, contemplaba con tristeza la destrucción que había acaecido en la tierra caliente. Algunos de los lugares en que había vivido y crecido ya no existían. El éxodo masivo de los campesinos hacia las ciudades o el norte había despoblado las pequeñas rancherías, la Nopalera se había convertido en

un pueblo fantasma cuyas ruinas se desbarataban bajo la lluvia y el sol. En cambio las ciudades habían crecido atestadas de gente y rodeadas de cinturones de miseria. Las hermosas y frescas casas de adobe, de una sola planta, con sus fachadas achaparradas, de amplias ventanas, puertas bajas y molduras coloridas, con sus techos de vigas y tejas coloradas que se prolongaban en aleros bellamente adornados, rodeadas de huertas de exóticos árboles frutales, habían sido derribadas casi en su totalidad para remplazarlas por horrendas y asfixiantes cajas de ladrillo prefabricado, cemento y rematadas por techos de lámina.

Perdidas aquí y allí aún se veían algunas de estas pintorescas viviendas, habitadas por ancianos venerables, tercos y nostálgicos que pronto morirían, dejando que sus herederos completaran la labor de destrucción.

Los árboles frutales habían desaparecido de las urbes y sus alegres colores habían dado paso al monótono gris del concreto.

El clima, antes tan lleno de variedad y riqueza, y que cambiaba bruscamente y de un pueblo a otro, de bosque, a selva o a matorral secano, se había vuelto más seco y uniforme con la tala de los árboles.

Derribaron las zirandas de raíces gigantes, troncos, retorcidos y densísimo follaje, esos árboles maravillosos que no se dan en ningún otro lugar del mundo y que habían estado creciendo hasta alcanzar enormes dimensiones durante cientos de años. Las parotas desaparecieron por la codicia de su noble madera. Y el madroño, sirián, acebuche, bonete, capiro, guaje y tepeguaje, fueron cortados para crear tierras de cultivo, pastizales para el ganado o peor aún, para esterilizar la fértil tierra colorada bajo el asfalto de ciudades que crecieron como un cáncer. Los cerros, antaño cubiertos de verde, yacían erosionados y desnudos, dejando al descubierto un conjunto de rocas informes que sólo constituían un páramo desolado.

Los arroyos cantarines habían sido entubados o aprisionados en cauces artificiales y sus claras aguas se habían infestado de basura y desperdicios, muchos de ellos se convirtieron en drenajes de aguas negras. Las presas y represas habían dejado seco el cauce de los ríos haciéndolos parecer viejas heridas sobre la tierra.

Con el campo devastado, los animales se marcharon a los lugares más lejanos e inaccesibles o fueron exterminados por los cazadores furtivos. Los veloces venados se internaron en lugares muy apartados, también lo hicieron los astutos coyotes, el malhumorado tejón, las inquietas ardillas, los desconfiados zorrillos, los bulliciosos jabalíes. A otros, ni José ni nadie volvió a verlos jamás y es posible que se hayan extinguido por completo. El feroz rugido del puma ya no sonará más en el monte, los perros de

agua ya no volverán a jugar en ninguna corriente.

El cielo quedó silencioso y vacío. El ulular de los tecolotes dejó de resonar en la noche, y las ruidosas llamadas de paitas, huilotas y chachalacas por las tardes, y los maravillosos cantos matinales de primaveras, mulatos, cenzontles, clarines, calandrias y jilgueros no se escucharon más.

Pero lo más triste de todo ocurrió a los orgullosos campesinos y artesanos, los precios de sus cosechas, sus animales y los hermosos objetos salidos de sus manos se desplomaron, y hundidos en la miseria dejaron de trabajar la tierra, el barro, la piedra y la madera para emigrar a las ciudades o al norte en donde se convirtieron en obreros. Con su trabajo monótono y enajenante poco a poco fueron perdiendo sus raíces y sus tradiciones y dejaron de oírse los dulces sones calentanos, pirekuas y arribeños.

En las ciudades, los nobles perros lugareños de casta mestiza, correosos, inteligentes y fieles, dejaron de ser útiles y fueron abandonados en las calles, convirtiéndose en pellejos llenos de pulgas y parásitos, viviendo y buscando comida entre los basureros, temerosos de los golpes y malos tratos de la gente.

En el transcurso de una sola generación, la tierra caliente que José había conocido y amado había sido casi destruida.

Pero en medio de toda su tristeza por aquel mundo maravilloso que se había perdido para siempre, lo consolaba la idea de que en un lugar lejano y escondido su semilla sobrevivía en un pequeño edén resguardado por los fantasmas de su familia.